



CALIFORNIA BIBLICAL UNIVERSITY OF PERU

1

TRADUCCIONES: UN DIABLITO BUENO

**Por la Condesa de Ségur
(Sofía Rostopchine)**



**Traducción del francés
Por Moisés Chávez**



PROLOGO

Traducciones 1: Un Diablito Bueno, es el primer volumen de la Serie TRADUCCIONES de la página web Biblioteca Inteligente.

La Serie TRADUCCIONES consta de 13 volúmenes. Indicamos con letras negritas el lugar del presente volumen:

TRADUCCIONES 1	Un Diablito Bueno
TRADUCCIONES 2	El Juan que gruñe y el Juan que ríe
TRADUCCIONES 3	La hermana del Gribouille
TRADUCCIONES 4	Esa Otra América
TRADUCCIONES 5	La Cristiandad en la frontera
TRADUCCIONES 6	Herencia y Destino
TRADUCCIONES 7	El Hijo del JAMAS
TRADUCCIONES 8	Moré Nevojím – Guía de los extraviados
TRADUCCIONES 9	El Tratado de los Principios
TRADUCCIONES 10	La Nueva Era
TRADUCCIONES 11	Dios también trabaja en el turno de la noche
TRADUCCIONES 12	Crítica del Nuevo Testamento
TRADUCCIONES 13	Historia de Israel 1-8

TRADUCCIONES 1: *Un Diablito Bueno*, en francés, *Un bon petit diable* (1865) es quizás la obra más apreciada de la Condesa de Ségur, destacada escritora francesa de origen ruso. Es la historia de Charles, un niño huérfano de una pequeña ciudad de Escocia. El recurría a las diabladas para sobrevivir a los numerosos maltratos de una prima suya en la edad senil que se “comedió” a recibirlo en su casa, pero al final el niño se convirtió en un hombre de bien que trajo la felicidad a todas las personas de su entorno. Sobre la Condesa de Ségur encontrarás amplia información en el Volumen 27 de la Serie HISTORIAS ESCOGIDAS, que tiene el título de, *Literatura francesa*.

TRADUCCIONES 2: *El Juan que gruñe y el Juan que ríe*, en francés, *Jean qui grogne et Jean qui rit* (1865), escrito por la Condesa de Ségur en el mismo año que *Un Diablito Bueno*, es la historia de dos niños, primos, de caracteres totalmente diferentes. Se llega al extremo de que el primero, que casualmente era el más mimado, no es moral ni inmoral, sino amoral y perverso, y termina mal en la vida. Por otro lado, el segundo, que era bueno en el extremo de hacer todo lo que estaba al alcance de su mano para ayudar a su primo era risueño y querido por todos, lo que lo conduce a lograr el éxito.

TRADUCCIONES 3: *La hermana del Gribouille*, en francés, *La Sœur del Gribouille* (1862), escrito por la Condesa de Ségur es la historia de Carolina, la hermana mayor de un niño que sufría de un síndrome parecido al autismo. Ella asumió toda responsabilidad en el hogar a la muerte de su madre y cuidó amorosamente de su hermanito, el mismo que en agradecimiento, al sacrificar heroicamente su vida logró la unión de su hermana con un hombre de bien que trajo dicha y felicidad a su vida.

TRADUCCIONES 4: *Esa Otra América*, en inglés, *That Other America*, es una obra escrita por el gran misionólogo escocés John A. Mackay o Juan A. Mackay en el año 1935. Con su título hace un contraste entre la América Latina a la cual llama “esa Otra América” y Estados Unidos de Norte América, llamada por sus ciudadanos, “América”. Esta obra suya fue recién traducida por vuestro servidor en el año 2013 al tener 68 años para servir como caso de estudio en el aula de la California Biblical University of Peru (CBUP).

¿Por qué no tradujeron y publicaron esta obra las editoriales evangélicas dedicadas a la América Latina cuando esta obra trata casualmente de la empresa del evangelio en América Latina?

La responsabilidad recae sobre todos los siervos de Dios en que carecen de la inteligencia ideológica y emocional como para estar de pie en el mundo como servidores del Altísimo. Más inteligentes y mejores que todos ellos demuestran ser los misioneros del movimiento comunista.

TRADUCCIONES 5: *La Cristiandad en la frontera*, en inglés, *Christianity on the frontier* (1950) es una emotiva obra de Juan A. Mackay que ha permanecido sin ser traducida al español por un espacio de cerca de 70 años, hasta que por fin lo dimos a conocer al mundo de habla hispana en el año 2018, como un homenaje de la CBUP a su autor.

Juan A. Mackay es alabado por sus conceptos de Cristología y Misionología, no sólo más avanzados para su época, sino eternos por ser auténticamente bíblicos. También es alabado por su acendrada Eclesiología, que si hubiera sido seguida de cerca se pudo haber aliviado el proceso de apostasía de la Iglesia Evangélica a nivel global. Pero en *La Cristiandad en la Frontera*, nos sorprende también con su luminosa Bibliología y Pneumatología. El es quien ha definido por primera vez la Biblia como una carta de Dios dirigida “a quien concierna”. Y en lo que concierne a su Pneumatología, él no sólo demuestra tener el fuego pentecostal, sino también hace grandes contribuciones al estudio del rol del Espíritu Santo en la historia humana. Por algo han sido los estudiantes pentecostales de la CBUP los que más han reclamado que este libro sea traducido al español.

TRADUCCIONES 6: Herencia y Destino, en inglés, *Heritage and Destiny* (1943) ha permanecido sin ser traducida al español por un espacio de cerca de 75 años hasta el 2018 cuando fue enfocado como caso de estudio en el aula de la California Biblical University of Peru (CBUP).

Este libro de Juan A. Mackay es básicamente una antología de discursos o conferencias magistrales dadas en dos universidades de Estados Unidos. En este libro, más que en otros, el autor nos introduce a una nueva dimensión de la homilética, porque sus conferencias magistrales bien pueden ser tipificadas como homilías, aunque no de iglesia, sino de entorno académico. Por esta razón sugerimos a los profesores y estudiantes de homilética y predicación que en un nivel superior y más avanzado tomen también en cuenta los capítulos del presente libro como paradigmas homiléticos de tipo innovador.

En su estructura, cada conferencia magistral de Mackay se inspira en la Epístola a los Hebreos cuyo autor, tras su exégesis y comentario bíblico procede a la exhortación de sus lectores.

TRADUCCIONES 7: El Hijo del JAMAS, en inglés, *Son of HAMAS*, es la conmovedora historia de Mosav Hassan Yusef, el hijo del fundador y dirigente del JAMAS. Ha sido diseñado como que es él, Mosav, quien narra su historia. El libro ha sido producido originalmente en inglés en asociación con Ron Brackin, asociado con la Tyndale House Publishers e inmediatamente ha sido traducido al hebreo por Dafna Levi y publicado por la Modan Publishing House. Es a partir de la edición hebrea que he traducido este libro conmovedor para ser utilizado como caso de estudio en la California Biblical University of Peru, no para su difusión fuera del aula.

El libro tiene la característica de un testimonio personal de quien a corta edad (a los 18 años) llegara a ser Agente Secreto del Sherút Bitajón, el Servicio de Seguridad del Estado de Israel con el nombre codificado de “el Príncipe Verde”. Y hablamos de “testimonio personal” porque mientras cumplía su labor asistió de curioso a una reunión de estudio bíblico que era promocionada en Jerusalem donde empezó a conocer personalmente el Nuevo Testamento y a Jesús. Tanto su fe en Jesús como su servicio a favor de Israel constituyeron un grave peligro para su vida, por lo cual tuvo que abandonar el Medio Oriente para refugiarse en Estados Unidos.

TRADUCCIONES 8: *El Guía de los Extraviados* fue escrito en 1190 por Rabi Moshé Ben Maimón en “árabe judío”, es decir, en árabe escrito con letras hebreas. Su título original en árabe es *Dalalát Al-jaairín*, e inmediatamente fue traducido al hebreo con el título de, *Moré Nevujím*. Se trata de un “tratado” teológico-filosófico escrito con el enfoque paralelo de lo mejor de la ciencia de su tiempo, la Edad Media, sorprendiendo todo el mundo en su tiempo y aun hoy por su profundidad y exactitud que le ha merecido ser declarado en el entorno de la California Biblical University of Peru (CBUP) como “El Padre de la Teología Científica”.

Se trata de una obra en tres volúmenes de los cuales incluimos el primero en EL GRAN PBI y en nuestra página web Biblioteca Inteligente, traducido del árabe al francés por el sabio hebreo Salomon Munk (1856), con la guía de la versión hebrea moderna por Michael Schwarz, académico de la Universidad de Tel Aviv.

TRADUCCIONES 9: *El Tratado de los Principios*, en hebreo, *Pirquéi Abót*, es un corto tratado de la Mishnáh, el segundo corpus literario de Israel, basado en la reflexión de la Toráh y de los demás libros de la Biblia Hebrea con el aporte de la Tradición Oral de Israel.

Su texto funciona como un epílogo de la Mishnáh. Es la obra más tardía del movimiento sapiencial en Israel, inspirada en los Proverbios de Salomón y trata de las relaciones entre discípulos sabios (hebreo: *talmidím jajamím*) y los *rabanim* (plural de *rabí* o *rab*).

Al comienzo este tratado circuló suelto, de manera aislada. A fin de que fuera incluido en la Mishnáh, se lo adjuntó en el tomo de *Neziqim*, a manera de apéndice.

Aunque escrito en la modalidad de hebreo del primer siglo, su lectura es fácil y amena para el lector moderno. Tan es así, que ha sido incluido en el Sidur o libro de oraciones de la comunidad judía ashkenazí.

Por su estrecha relación con la Teología Práctica lo hemos incluido previamente en el Volumen 5 de la Serie EXITOLOGIA, seguido de un apéndice de historias cortas relacionadas con su temática.

TRADUCCIONES 10: *La Nueva Era - Descripción y evaluación de este nuevo movimiento socio religioso*, por Russell Chandler, publicado y difundido por la Editorial Mundo Hispano de El Paso, Texas. El texto de esta obra, traducido al español por vuestro servidor, no es incluido en nuestra página web Biblioteca Inteligente porque puede ser accedido en papel en las librerías evangélicas.

TRADUCCIONES 11: *Dios también trabaja en el turno de la noche*, por Ron Mehl, publicado y difundido por la Editorial Mundo Hispano de El Paso, Texas. Su texto tiene el formato de historias cortas utilizadas como efectivas homilías o sermones de exhortación. Traducido al español por vuestro servidor, no es incluido en nuestra página web Biblioteca Inteligente porque puede ser accedido en papel en las librerías evangélicas.

TRADUCCIONES 12: Crítica del Nuevo Testamento – Una perspectiva evangélica, por George E. Ladd, es una excelente obra de Crítica Textual aplicada al texto del Nuevo Testamento. Traducido al español por vuestro servidor, no es incluido en nuestra página web Biblioteca Inteligente porque puede ser accedido en papel en las librerías evangélicas.

TRADUCCIONES 13: Historia de Israel 1-8 han sido escritos en hebreo por Baruj Avivi y Natán Persky con el título de *Toldót Israel*, como textos para la enseñanza de la Historia de Israel en los colegios de secundaria de este país y en las escuelas judías de todo el mundo. La traducción de esta extensa obra al español ha sido culminada por vuestro servidor para su graduación en la disciplina de la Historia de Israel en la Universidad Hebrea de Jerusalem, y ha sido utilizada en parte en el aula de la California Biblical University of Peru (CBUP).

Hemos viajado a Israel para ubicar a los autores o a los propietarios de la edición de esta magnífica obra a fin de conseguir el permiso para compartirla con nuestros lectores de habla hispana en EL GRAN PBI. Por el momento no podemos darla a conocer hasta que se formalice el permiso correspondiente.

* * *

Las citas bíblicas en la Serie TRADUCCIONES provienen de la *Biblia Decodificada*, la versión oficial de la Santa Sede, accesible en nuestra página web:

www.bibliotecainteligente.com

Para tener acceso a la Serie TRADUCCIONES visita nuestra casa en internet. Aquí tienes la llave:



www.bibliotecainteligente.com

En cuanto a *MISIONOLOGICAS*, el Boletín Semestral de la Santa Sede, para recibirlos escribe a la Dra. Silvia Olano, Secretaria de la CBUP, al email:

cebcarcbup@gmail.com

¡Seas bienvenido al apasionante mundo de la literatura universal!

Dr. Moisés Chávez,
Editor de la *Biblia Decodificada*
Revisor Principal de la Biblia RVA
Director del CEBCAR Internacional
Director Académico de la CBUP



CONTENIDO



INTRODUCCION **LA CONDESA DE SEGUR**

UN DIABLITO BUENO Historia Motivacional Por Moisés Chávez

CAPITULO I **LAS TERRIBLES HADAS**

CAPITULO II **LA NIÑA CIEGA**

CAPITULO III **UN HECHO CRIMINAL**

CAPITULO IV **EL LATIGO Y EL CONTRALATIGO**

CAPITULO V **UN RECURSO PROVIDENCIAL**

CAPITULO VI
OJO POR OJO

CAPITULO VII
ACUDIENDO A LAS HADAS

CAPITULO VIII
BRILLANTE EXITO DE LOS DIABLOS

CAPITULO IX
VENGANZA DE LA MAC'MICHE

CAPITULO X
NUEVA HAZAÑA DE LOS DIABLOS

CAPITULO XI
MALDADES DEL HOMBRE DE NEGRO

CAPITULO XII
DE MAL EN PEOR

CAPITULO XIII
INVESTIGACION DE LOS CRIMENES

CAPITULO XIV
CARLOS CONFIESA Y ES DEJADO LIBRE

CAPITULO XV
A LA MAC'MICHE LE DA LA PATALETA

CAPITULO XVI
LA MAC'MICHE INMOVILIZADA

CAPITULO XVII
TORMENTO DE LA AVARA Y DEL GATO

CAPITULO XVIII
REMORDIMIENTO DE CARLOS

CAPITULO XIX
CARLOS HEREDERO DE TODO

CAPITULO XX
EL GATO PAGA EL PATO

CAPITULO XXI
IMPRUDENCIA DE GRAVES CONSECUENCIAS

CAPITULO XXII
¡POR FIN EN LA GRANJA!

CAPITULO XXIII
LE PROPONEN MUJERES Y EL NO ATRACA

CAPITULO XXIV
CARLOS Y JULIETTE SE COMPROMETEN

CAPITULO XXV
MARIANNE SE ENTERA DEL COMPROMISO
DE CARLOS Y JULIETTE

CAPITULO XXVI
CARLOS SE CASA
Y CALABAZA, CALABAZA ¡CADA UNO A SU CASA!

UN DIABLITO BUENO

Historia Motivacional

Los estudios científicos en la Universidad Hebrea de Jerusalem requieren, aparte del inglés, del dominio de un idioma académico en el nivel de Master y de otro adicional en el de Doctorado. Esos idiomas son el francés y el alemán, y el estudiante de grado ha de dominarlos y utilizarlos en su investigación bibliográfica.

Yo escogí estudiar el francés y tuve la oportunidad de practicarlo en casa, pues vivía con una familia israelí proveniente de Francia. Madame Ivette Kofsmann me tenía mucho cariño, y cuando le conté que estaba estudiando francés en la universidad, me dijo:

—¡Cómo me gustaría que pudieses leer un libro de la Condesa de Ségur que yo leí de niña: *Un bon petit diable* (Un diablito bueno). Cuando te miro a ti, no puedo dejar de asociarte con Charles, el personaje de ese libro infantil. ¡Tú eres para mí, *un bon petit diable*!

* * *

Entonces yo tenía 21 años y estaba abocado a mis estudios en la Facultad de Arqueología. Si habría que describirme con una sola palabra, ésta sería “seriedad”. ¡Cuánto más estando en la Tierra Santa me debía conducir con sabiduría y seriedad.

Es interesante que todo ese tiempo de mis estudios en la Universidad Hebrea nunca recurrí a mi don natural de reducir a las personas respetables a dos o tres trazos ridículos que provocan la carcajada.

Tampoco recurrí a las bromas pesadas para las cuales cuento con doble unción.

Sin embargo, ella me miraba, se reía en mi cara y me llamaba *un bon petit diable*.

¡No lo podía creer!

* * *

Al cabo de cuatro años, cuando terminé mis estudios y estaba a punto de viajar de regreso a casa en el Perú, ella volvió a decirme:

—¡Cómo quisiera que leyeras ese libro francés del que te hablé, porque tú eres igualito a Charles! Lamento no haberlo conseguido en Israel, pero ahora que pasarás por París, prométeme que lo adquirirás en cualquier librería de barrio, porque las obras de la Condesa de Ségur son lectura obligatoria en las escuelas de niños.

Luego entró en su cuarto y sacó un libro muy grande, *Le Petit Larousse Illustré*.

La editorial francesa Larousse, antes de producir sus afamados diccionarios Larousse para los idiomas de Europa (incluido en español) lo había producido en francés.

Me dijo:

—Este es un obsequio que te ayudará a profundizar tus conocimientos del francés.

Luego metió su mano en la bolsa de su delantal y sacó un billete, desconocido para mí, y me dijo:

—Aquí tienes 40 francos. Con esto podrás adquirir, no sólo *Un bon petit diable*, sino toda la colección de la Condesa de Ségur donde los venden de segunda mano.

La curiosidad respecto de este libro empezó a apoderarse de mí. Era como si presentía que estaba a punto de encontrarme en París con mi alma gemela.

* * *

En París adquirí toda la colección, y me puse a leer *Un bon petit diable*, que trata de Charles, un niño escocés, huérfano de padre y madre, y carente de todo familiar, excepto una prima mucho mayor que se refiere a él como “su sobrino”, para darse importancia. Se llamaba Celeste Mac’Miche, una viuda avara y perversa que asumió su cuidado, no por cariño sino por echar mano del dinero que su padre dejara para él al morir. Ella lo maltrata y humilla, pero el niño se ingenia para convertir el maltrato y la humillación en algún motivo para sonreír en la vida.

Las personas que le ayudan a sobrevivir son Betty, la mucama de la Sra. Mac’Miche, y dos chicas poco mayores que él, sus primas de segundo grado: Marianne, la mayor, y Juliette, la menor, que es ciega. Ambas, también huérfanas de padre y madre, viven solas en una casa aparte que sirve de refugio al pobre niño en los peores momentos de su existencia.

La historia se desarrolla en Dunstanwell una pequeña villa de Escocia cuyos habitantes e instituciones pertenecen a una minoría católica en medio de la población protestante. De allí que sus habitantes varones usen en ocasiones festivas la típica falda escocesa.

* * *

La Condesa de Ségur nació como Sofía Rostopshine y vivió 75 años, de 1799 a 1874. Sus obras, que he tenido el privilegio de leer la mayoría, sino todas, ocupan un lugar privilegiado en la biblioteca infantil de Francia y son publicadas hasta el día de hoy por la editorial Librairie Hachette. Ella habría escrito *Un bon petit diable* cuando Don Ricardo Palma completaba sus *Tradiciones Peruanas*.

Al llegar a casa después de recorrer hasta el cansancio las galerías del Museo de L’ouvre, me echaba a leer este libro suyo, y de veras encontré un gran parecido entre Charles y yo. Pero me intrigaba cómo pudo Madame Ivette imaginarme de niño.

Yo he nacido y crecido en la villa de Celendín, en un ambiente parecido al de Dunstanwell, incluso en el aspecto de nuestra “herencia escocesa”, porque la villa ha sido campo de misión de la Free Church of Scotland y la Misión Evangélica Presbiteriana. Pero a diferencia de Charles, yo crecí en un hogar feliz con papá y mamá, y con recursos suficientes. Aunque ha habido duros momentos en mi tierna infancia, lejos del hogar, que me hicieron actuar como Charles, para sobrevivir.

Entonces yo tendría diez años, la edad de él.

* * *

Antes que mis padres se trasladaran a Lima, en la casa de una tía sufrí mucho a causa de un pequeño corral o jaula de gallinas, que estaba justo encima de mi cuartito sin puerta, que daba a la azotea.

Nunca he olvidado las cosas que sufrí en ese cuartito de metro y medio de lado y metro y medio de alto, porque una sinusitis crónica adquirida allí me ha acompañado hasta mi vejez y seguirá hasta el final.

Lo único que separaba mi cabeza de las gallinas era un apolillado entablado, y todas las noches un gallo aplaudía con sus alas antes de cantar a viva voz.

Su canto interrumpía mi sueño y me llegó a enfermar de los nervios. Yo le rogaba a mi tía que se deshiciera de ese gallo, pero ella y su hija se reían de mi sufrimiento. Entonces se me ocurrió decirles:

—Yo quisiera revelarles un secreto que ustedes no saben. . .

Ellas pararon la oreja. Quizás era algo que desconocían de mi *curriculum vitae* en las calles, en las pampas y en los riachuelos de Celendín.

Después de un tenso silencio, proseguí:

—No sé si deba decirles esto. . .

Ellas empezaron a ponerse nerviosas.

Les pedí que acercaran y juntaran sus cabezas, y les revelé:

—Yo estoy compactado con el diablo, y poseo ciertos poderes que ustedes no podrán creer.

* * *

De buenas a primeras se rieron, pero vieron en mí tal seriedad que empezaron a tener miedo. Yo mismo me asusté de lo que dije, pero disimulé seriedad y añadí:

—Voy a darles una demostración de mi poder: Esta noche el gallo no cantará, porque yo le ordenaré que no cante, y me obedecerá.

El gallo me obedeció, y no cantó.

Al día siguiente les dije:

—Tampoco esta noche cantará, porque lo he hipnotizado y le he mandado que no cante, y me obedecerá.

El gallo me obedeció por segunda vez.

Al día siguiente, cuando les vi examinando disimuladamente el gallo mientras limpiaban la jaula, les dije:

—Esta noche tampoco cantará. Pero les aconsejo que no lo maten ni lo coman, porque está hipnotizado.

Ellas empezaron a mirarme con pánico.

* * *

Pero algo falló.

Ese gallo me tenía con los nervios destrozados, y antes del aleteo que precedía su canto, mis nervios me despertaban, porque hacía un sordo sonido con su garganta. Eso fue lo que utilicé para la demostración de mi poder en las dos primeras noches.

Yo me había conseguido y tenía lista una bombilla de jebe, cargada de agua. Era del tamaño de una pera grande, y su pico tenía unos tres centímetros. Era roja, como una pequeña pelota de jebe. Y al ser despertado por ese sonido que hacía con su garganta en el preciso momento en que iba a levantar sus alas antes de cantar, aplasté con fuerza la bombilla y le disparé un chorro de agua directamente a su axila.

El gallo dijo en francés, *hein* (pronúnciese de manera apagada, *he*), y no pudo cantar.

Las dos primeras noches el artificio resultó. Pero la tercera vez, ya acostumbrado al chorro de agua, el maldito gallo volvió a cantar, pero con menos entusiasmo.

Eso no me desacreditó, y toda su vida ellas me vieron como un ser poderoso a quien hay que respetar y temer.

¿Quieres que te cuente otra?

Si quieres meterte en mi infancia espectacular, bucea dentro de mis 1001 historias cortas que ha publicado la Editorial Juan Ritchie en su rubro virtual *Indice Expurgatorius-Libros Prohibidos*. Escribe para ello al Email cebcarbup@gmail.com

* * *

Esta escena que acabo de contar es parecida a cuando Charles le dijo a su malvada tutora, de su viva imaginación: “El Juez de Paz me ha dicho, ‘tú eres un verdadero diablo’. ¡Yo apuesto que tú llevas las marcas! Y yo le he respondido: ‘Las hadas me han prometido protegerme.’ Y el Juez ha tenido tanto miedo que me ha puesto de patitas en la calle, de miedo que yo pudiese atraer las hadas a su casa.”

La señora Mac’Miche le dice asustada: “Tú eres tan malo, que las hadas bien podrían hartarse de ti.”

Y Charles respondió: “Yo me hartaré de usted, y os entregaré a las hadas.”

La Mac’Miche exclamó: “¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Betty, corre rápidamente a la fuente de Fairy-Ring para traerme de su agua! Echaremos de ella sobre todo lugar, y también sobre este maldito.

* * *

El agua de la fuente de Fairy-Ring (el Anillo del Hada), se cree que tiene la virtud de alejar las hadas y de impedirles hacer mal. Una nota del libro de la Condesa de Ségur dice: “Hay en Escocia una multitud de personas que creen en las hadas. Dicen que habitan por los valles, por las fuentes, los arroyos y los ríos. En estos lugares a menudo se ven rodajas despojadas de hierba como si hubieran sido pisoteadas. Las llaman ‘*fairy’s rings*’ o ‘anillos de las hadas’, y pretenden que las hadas vienen a danzar en ellos durante la noche, y que son sus pequeños pies los que estropean la hierba.” —Los teóricos de los extraterrestres ancestrales creen que tales misteriosos anillos son producidos por las naves espaciales extraterrestres cuando aterrizan—.

Otra nota editorial añade: “En Escocia se nombra a las hadas lo menos posible por miedo a atraerlas. Cuando se habla de ellas dicen ‘*the ladies*’, es decir, ‘las damas’. Algo parecido se dice de los duendes en Celendín.

* * *

Entonces viene Betty para atizar el fuego, y le dice a la señora Mac'Miche: “¡Oh, señora! ¡Es ciertamente terrible! ¡Este pobre muchacho! ¡Mírelo, pues, en sociedad con las hadas! ¡Esta si que es una mala compañía! ¡Sabe Dios qué le enseñarán!”

La actuación de Betty, de quien alguien le dijo a Charles, “tu alcahueta Betty”, es descrita de manera magistral por Boxear, instructor del establecimiento correccional de Old Nick, cuando habla a sus pupilos con motivo de la expulsión de Charles: “Los crímenes de estos últimos días provenían de él, de Charles Mac'Lance. Habían sido concebidos por él, y ejecutados por él mismo. La presencia en medio vuestro de un ser tan corrompido, de este verdadero MEFISTOFELES, no podía ser tolerada. ¡El tenía una cómplice, Betty, que ha sufrido la misma ignominia!”

La verdad, la neta, es que ambos se habían hecho expulsar del péfido establecimiento correccional de la manera más ingeniosa y espectacular, como verás en mi traducción del libro, *Un bon petit diable*, que ha sido publicado por la Editorial Juan Ritchie-Ediciones CBUP-CEBCAR.

* * *

Nada de las aventuras de mi infancia conocía Madame Ivette Kofsmann en Jerusalem. Mi aspecto actual era el de un muchacho humilde y respetuoso, bien peinado con raya a la izquierda. De modo que por mucho tiempo he vivido con la inquietud de qué cosas vería ella en mí para decir que yo era *un bon petit diable*.

En el 2005 volví a leer el libro con más detenimiento y análisis crítico-literario. Y viendo que en el mundo de habla hispana existe una total ignorancia de la obra de la Condesa de Ségur, en especial de este hermoso libro que no he visto en la colección infantil de la *Biblioteca Billiken*, me propuse traducirlo al español para que lo leyese mi pequeña hija Lili Ester que se encontraba estudiando en la Alliance Française.

* * *

En el 2013, al prepararme para el curso que daría sobre el Movimiento Sapiencial en la California Biblical University of Peru, lo volví a leer en francés, y pensé: “¡Qué libro más maravilloso para sentar los fundamentos del Movimiento Sapiencial en nuestro tiempo!”

En primer lugar, por ser una obra tan divertida.

En segundo lugar, porque he logrado decodificar su mensaje CODIFICADO.

En tercer lugar, por ser tan, tan, tan sapiencial.

Las referencias a la sabiduría están sutilmente regadas a lo largo del libro, por lo que sospecho que poquísimos podrían captar la visión y misión sapiencial que derivan de esta obra genial, cuyos personajes centrales, Charles y Juliette, brillan con luz propia. Al final ambos se funden en un solo resplandor como la luz de una estrella binaria que alcanza a nuestro planeta.

La autora se refiere a Charles en estos términos: “Cuando crezca, ¿terminará por volverse sabio, sin perder su buen humor?”

Betty nos sorprende con sus expresiones tan discordes con su actuación: “¡Vamos, Charles, ¡nada de palabras imprudentes! Yo te voy a dar libertad, pero sé bueno; sé sabio.”

La situación del niño conmueve, pero sus palabras con que ruega al Juez de Paz, asombran. “Yo le ruego, mi buen señor, hágame cambiar de casa, ubíqueme con mis primas Daikins, que son tan buenas para mí, que me dan tan buenos consejos y buscan convertirme en sabio.”

Por fin confiado al cuidado de sus primas, Charles le dice a Juliette: “Estáte tranquila, Juliette, al presente que estaré con ustedes dos, tú verás como estarás contenta de mí, y como yo te escucharé dócilmente, sabiamente.”

Marianne le dice: “¿Desde cuándo el señor Charles ha pasado a las filas de la gente sabia?” Y él responde: “Tú no me conoces, pero estoy seguro que Juliette me encontrará cada vez más sabio.”

La autora escribe: “Juliette se reía de buen corazón y retomó su tejido, soñando con felicidad en la dulzura y la sabiduría de Charles.” Y añade esta observación: “Pero como nada es perfecto en este mundo, la sabiduría de Charles no impidió algunos intervalos, algunas violencias y algunas tonterías.”

Y Juliette exclama hacia el final: “¡Quién hubiera podido adivinar que este *pequeño diablo*, llegaría a ser el más sabio, el más excelente, el más consagrado de los hombres!”

En la misma tónica, Charles pregunta al Juez de Paz:

—Entonces, ¿usted no encuentra que yo cometa una tontería al desposar a mi querida Juliette?

—¿Tontería? ¡Esta es la acción más sabia, la mejor de toda tu vida! ¿Dónde encontrarás tú una mujer que valga más que Juliette?

Este criterio destaca cuando decodificamos su mensaje sapiencial en Juliette, que es de veras la personificación de la sabiduría, y en el nombre de pila de la autora, Sofía Rostopshine: Sofía es la palabra griega que se traduce “sabiduría”.

Si alguna vez visitas Estambul, la antigua Constantinopla, verás en la Iglesia de Santa Sofía, el mayor testimonio histórico de la cristiandad. Pero Sofía no es ningún ícono ni ninguna santa, sino la “Santa Sabiduría” personificada que la Biblia dice que está disponible a todo el que la pida a Dios.



CAPITULO I

LAS TERRIBLES HADAS

En una pequeña villa de Escocia, en la angosta calle de Los Combates, vivía una viuda de unos cincuenta años, la señora Mac'Miche. Ella tenía un aspecto duro y repulsivo. Ella no veía a nadie, de miedo de encontrarse arrastrada a hacer algún gasto, porque era de una extrema avaricia. Su casa era vieja, sucia y triste. Ella tejía de día dentro de un cuarto del primer piso, muy simple, casi miserablemente amoblado. Ella lanzaba de rato en rato una mirada a la ventana y parecía esperar a alguien. Después de haber dado diversas señales de impaciencia, grita:

—¡Este niño miserable! ¡Siempre tarde! ¡Detestable sujeto! Terminará en la prisión y la horca, si yo no intervengo para corregirlo!

Apenas había dicho estas palabras, la puerta de vidrio que daba a la calle se abrió, y un tierno muchacho de doce años entró y se detuvo ante la mirada enfurecida de la mujer. El tenía en la fisonomía y en toda la actitud de niño, una pronunciada mezcla de temor y de decisión.

La señora Mac'Miche le dice:

—¿De dónde vienes? ¿Por qué vuelves tan tarde, perezoso?

Carlos responde:

—Prima mía, yo he sido retenido un cuarto de hora por Juliette, que me ha pedido que le acompañe, porque ella se aburría en la sala del señor juez de paz.

La señora Mc'Miche le dice:

—¿Qué necesidad tienes de acompañarla? ¿Alguien del juez de paz no puede encargarse de ello? Tú siempre haces de amable, de atento. . . Tú sabes, sin embargo, que yo tengo necesidad de ti. Pero tú te arrepentirás de ello, diablillo perverso. . . ¡Sígueme!

Carlos, luchando entre el deseo de resistir a su prima y el miedo que ella le inspiraba, vacila un instante. La prima se da la vuelta, y al verle aún inmóvil, le toma de la oreja y lo arrastra hacia un calabozo negro dentro del cual lo empuja con violencia y le dice:

—¡Una hora de calabozo y de pan y agua para cenar; y la próxima vez esto será otra cosa!

* * *

“¡Mala mujer! ¡Detestable mujer!” —murmura Carlos después de que ella había cerrado la puerta. “¡Yo la detesto! ¡Ella me hace tan infeliz, que yo quisiera mejor ser ciego, como Juliette, que vivir en casa de esta criatura perversa. . . una hora! ¡Qué divertido es esto! Pero también yo no le haré la lectura durante este tiempo. Ella se aburrirá; ella no tendrá el final de *Nicolás Nickleby*, que le he comenzado a leer esta mañana! ¡Qué bien hecho! Yo estoy muy contento por esto.”

Carlos pasó un cuarto de hora de satisfacción con el agradable pensamiento del aburrimiento de su prima, pero él terminó por aburrirse también.

“¡Si yo pudiera escaparme! Pero, ¿por dónde? La puerta está cerrada muy solidamente. No hay manera de abrirla. . . Probemos, no obstante. . .”

Carlos probó, pero habiendo empujado bien, él no logró más que sacudirla. Mientras él se esforzaba en vano por su libertad, la llave giró dentro de la chapa. El saltó rápidamente hacia atrás, se refugió en el fondo del calabozo, y vio aparecer en lugar del semblante duro y severo de su prima, la figura jovial de Betty, la cocinera y mucama y mujer de cámara a la vez.

—¿Qué sucede? —dice ella en voz baja— ¡Otra vez en penitencia!

—Siempre, Betty, siempre. Tú sabes que mi prima es feliz cuando me hace daño.

—Vamos, vamos, Carlitos, ¡nada de palabras imprudentes! Yo te voy a libentar, pero sé bueno, sé sabio. . .

—¡Sabio! Eso es imposible con mi prima; ella ruge siempre; nunca está contenta. Eso me aburre hasta el extremo.

—¿Qué quieres tú, mi pobre Carlitos. Ella es la protectora y la única pariente que te queda. Es necesario que tú continúes comiendo su pan.

—Ella me reprocha bastante ¿y tengo me amarla? Yo te aseguro que un buen día yo la dejaré plantada allí y me iré muy lejos.

—¡Eso será aun peor, pobre niño! Pero, ven, sal de ese agujero sucio y negro.

—¿Y qué es lo que ella va a decir?

—A fe mía, ella dirá lo que quiera; ella no te ha de pegar siempre.

—¡Oh! ¡Por esto no! Ella no ha osado hacerlo más después que yo le he torcido bien la mano el otro día. . . ¿Te acuerdas cómo gritaba?

—Y tú, malvado, que no la soltabas —dijo Betty sonriente—.

—Y después, cuando yo dije que esto no había sido a propósito, que yo había sido presa de convulsiones y que sentía que eso sería siempre igual. . .

—¡Callate, Carlitos! Creo que su miedo ha pasado; y además es muy malo todo esto.

—Yo lo sé bien, pero ella me hace malo, malo muy a mi pesar, yo te lo aseguro.

* * *

Betty hizo salir a Carlos, volvió a cerrar la puerta, metió la llave en su bolsillo y le recomendó a su protegido esconderse bien lejos para que su prima no le vea. Y Carlos le dijo:

—Yo voy a reunirme con Juliette.

—Que así sea. Y como yo soy quien tiene la llave del calabozo, seré yo quien lo abrirá dentro de tres cuartos de hora; pero sé exacto para volver.

—¡Ah! ¡Así lo creo! Estáte tranquila. Cinco minutos antes de la hora yo estaré dentro de tu cuarto.

Carlos no dio más que un salto y se encontró en el jardín, en el costado opuesto del cuarto donde trabajaba su prima. Betty le siguió con los ojos, sonriente, diciendo:

—Mala cabeza, pero buen corazón! Si él fuera tratado con menos rudeza, lo bueno se sobrepondría a lo malo. . . ¡Siempre y cuando que vuelva! ¡Esto va a ser para mí un bello

affaire!

* * *

—¡Betty! —gritó la prima con una voz agria—.

—¡Señora! —respondió Betty, entrando—.

—No olvides de abrir la prisión de ese mal sujeto dentro de media hora, y que él traiga el libro de *Nicolás Nickleby*. El leerá en voz alta hasta la cena mientras yo trabajo.

—Sí, señora; yo no fallaré.

Al cabo de media hora, Betty fue al cuarto, y no encontró allí a nadie. Carlos no había vuelto a entrar. Ella contempló a la ventana. . . ¡Y nadie!

“Yo estaba segura de esto. ¡Aquí me tenéis al presente dentro de esas bellas sábanas! ¿Qué es lo que diré? ¿Cómo explicarlo? ¡Ah! ¡Una idea! Es buena para la señora, quien cree en las hadas y que les tiene un miedo espantoso. Al hablarle de hadas uno le hace creer todo lo que quiere. Yo creo, pues, que mi idea es buena, con todo lo otro esto no iría mejor.”

* * *

—¡Betty, Betty! —gritó la voz agria—.

—Aquí me tiene, señora.

—¿Y bien? ¿Carlos? ¡Envíamelo!

—Yo ya lo hubiera enviado a la señora, si tuviera la llave del calabozo; pero yo no puedo encontrarla.

—Está en la puerta; yo la he dejado allí.

—No está allí, señora; yo he mirado allí.

—Es imposible; él no podría haberla abierto desde dentro.

—Que la señora venga a ver.

La señora Mac'Miche se levantó, fue a ver y no encontró la llave. Y dijo:

—¡Es increíble! Yo estoy segura de haberla dejado en la puerta. ¡Carlos! ¡Carlos! ¡Tienes que responder, pícaro!

Ninguna respuesta.

La cara de la señora Mac'Miche comenzó a expresar inquietud, y dijo:

—¿Qué voy a hacer? Yo no tengo más que a él para leerme en voz alta mientras tejo. ¡Pero busca, pues, Betty! Tú te quedas allí como una estatua, sin venir a ayudarme.

—¿Y qué puedo yo hacer para venir a la ayuda de la señora? ¡Yo no estoy en relaciones con las hadas!

* * *

La señora Mac'Miche dijo asustada:

—¿Las hadas? ¿Cómo que las hadas? ¿Es que tú crees. . . que. . . las hadas. . . ?

Betty le respondió, con aspecto inquieto:

—Yo no quiero decirle nada a la señora; pero es extraordinario, sin embargo, que la llave haya desaparecido. . . así tan maravillosamente. . . Y después, ¡este Carlitos que no responde! Las hadas lo habrán estrangulado. . . o quizás han hecho que se escape.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué es lo que dices, Betty? ¡Esto es horrible, espantoso!

—La señora actuaría prudentemente, quizás, no quedándose aquí. . . Yo nunca he tenido buena opinión de este cuarto y de este calabozo.

La señora Mac'Miche giró sobre sus talones sin responder y se refugió en su cuarto.

* * *

“Yo he estado obligada a mentir”, se dijo Betty: “la falta es de mi señora y no mía, por cierto. Valía la pena salvar a Carlos. ¡Allí tienes! Creo que ella llama.”

—¡Betty! —Llama una voz débil—.

Betty entró y vio a su señora aterrorizada, mostrándole colgada de su dedo la llave puesta como buena evidencia sobre su tejido. Y Betty comentó:

—¡Como yo lo decía! ¡La señora vea bien! ¿Quién es que ha puesto esta llave sobre el tejido de la señora? Ciertamente, no he sido yo, pues yo estaba con la señora. . .

El aire risueño y triunfal de Betty hizo nacer sospechas en el espíritu desconfiando de la señora Mac'Miche que no podía comprender que alguien no tenga miedo de las hadas. Y dijo, mirando a Betty fija y severamente:

—Tú has salido de aquí después de mí

—Yo seguía a la señora; ciertamente, yo no habría pasado delante de la señora.

—Vé a abrir el calabozo y tráeme a Carlos, que merece un castigo por no haber respondido cuando yo le llamé.

* * *

Betty salió, y después de algunos instantes, volvió a entrar precipitadamente fingiendo un gran pavor.

—¡Señora! ¡Señora! ¡Carlitos está muerto. . . extendido muerto sobre el piso! ¡Como yo lo decía! ¡Las hadas lo han estrangulado!

La señora Mac'Miche se dirigió con terror al calabozo, y en efecto observó a Carlos extendido por tierra sin movimiento, la cara blanca como mármol. Ella quiso aproximarse a él y tocarle; pero Carlos que estaba muerto por completo, fue presa de convulsiones y asestó a su prima fuertes puñetes y patadas en la cara y en el pecho. Por su parte, Betty fue presa de una risa convulsiva que aumentaba a cada patada que recibía la prima y a cada grito que ella echaba. El pavor tenía a la señora Mac'Miche clavada en su sitio, y Carlos encontró buen juego en dejarse llevar por sus movimientos desordenados.

Un puñetazo bien aplicado sobre la boca de su prima hizo que cayera su dentadura postiza. Antes que ella pudiera recogerlos, y mientras que ella todavía estaba agachada, Carlos se rodó, se asió de la peluca postiza de la señora Mac'Miche, la arranchó, siempre mediante movimientos convulsivos, la entreveró entre sus dedos crispados, abrió los ojos, se rodó hacia Betty, y al tomarle las manos como para ayudarse a levantarse, le pasó la dentadura de su prima, y le dijo en voz baja:

—¡Dentro de su sopa!

* * *

Las convulsiones de Carlos cesaron. Su cara tan blanca había retomado su acostumbrado tinte rosado. Sólo las cejas seguían pálidas y como impregnadas de polvo blanco, probablemente el mismo que las hadas habían esparcido sobre su cara y que la agitación de las convulsiones había hecho desvanecer. Betty, menos feliz que Carlos, no podía aun dominar su risa nerviosa. La señora Mac'Miche no sabía más en qué pensar de esta escena. Después de haber paseado sus miradas enfurecidas de Carlos a la mucama, ella le jaló los cabellos al primero para ayudarle a levantarse, y él le dio una patada a Betty para inducir un relajamiento nervioso.

El medio resultó: Carlos saltó sobre sus pies y se mantuvo muy firme, y Betty recuperó su calma y una actitud más digna. Y la señora Mac'Miche dijo:

—¿Qué quiere decir todo esto, pequeño payaso?

Y Carlos respondió:

—Prima mía, ¡son las hadas!

—¡Cállate, insolente, diablillo perverso! Vas a tener que vértelas conmigo con tus ha. . . tú sabes bien.

Las personas que creen en las hadas en Escocia piensan que es peligroso hablar de ellas y de nombrarlas. Hay en Escocia una multitud de personas que creen en las hadas. Dicen que ellas habitan sobre todo en los valles, cerca de las fuentes, los arroyos y los ríos. En estos valles y praderas habitadas, dicen, por las hadas, a menudo uno puede ver rodajas despojadas de hierba como si hubieran sido pisoteadas. Les llaman *fairy's ring* o “anillos de las hadas”, y pretenden que las hadas vienen a bailar en ellos durante la noche y que son sus pequeños pies los que estropean la hierba. Las hadas son muy pequeñas, dicen los que pretenden haberlas visto.

* * *

Carlos prosiguió:

—Prima mía, yo le aseguro. . . yo me siento desolado por razón de sus muelas..

La señora Mac'Miche le dice:

—Está bien, devuélvemelas.

—Yo no las tengo, prima mía, —dijo Carlos abriendo sus manos—. Yo no tengo nada. Además, por su peluca. . .

—Cállate, no necesito de tus tontas excusas. Dame mis dientes y mis bucles de cabellos.

—Es verdad, yo no los tengo, prima mía. Vea usted misma.

La prima le registró, buscó por todos lados, pero en vano. Entonces dijo Betty:

—La señora no quiere creer en las hadas; por tanto es muy probable que son ellas las que se han llevado los dientes y los cabellos de la señora.

—Tontos. —dice la señora Mac'Miche alejándose precipitadamente—. ¡Venga a leer, señor! Y en seguida.

* * *

Carlos hubiera bien querido esquivarse, encontrar un pretexto para no leer, pero la prima le tenía asido de la oreja. Había que marchar, sentarse, tomar el libro y leer. Pero su suplicio no fue largo porque la cena fue anunciada una media hora después.

Las hadas le habían dado una hora de buen tiempo a Carlos. Los acontecimientos terribles que acababan de ocurrir borraron del recuerdo de la señora Mac'Miche el crimen y el castigo de Carlos, y ella le deja cenar como de costumbre.

Apenas la señora Mac'Miche había comido dos cucharas de sopa, apercibió un cuerpo duro contenido dentro del plato. Creyendo que era un hueso, ella buscó retirarlo, y vio. . . ¡sus muelas!

El gozo de volverlos a encontrar endulzó la cólera, pero no obstante su credulidad en las hadas y el pavor que tenía, conservaba sus dudas sobre el papel que habían jugado Betty y Carlos. Ella se hizo la promesa de ahora en adelante de redoblar la vigilancia y la severidad, pero no osaba hablar por miedo de despertar la cólera de las hadas.

* * *

La señora Mac'Miche dijo:

—No le des más, Betty; él come como cuatro.

Y Carlos dijo:

—Prima mía, yo no he tenido ni un pequeño bocado, y todavía tengo mucha hambre.

Y le dijo la señora Mac'Miche:

—Cuando uno es pobre, cuando uno es criado por caridad y no es bueno para nada, no come como un ogro ni se permite pedir más que un plato. Procure corregir su glotonería, señor.

Carlos miró a Betty, que le hizo señal de permanecer tranquilo.

Hasta el final de la cena la señora Mac'Miche continuó sus observaciones malévolas y perversas, como era su costumbre. Y cuando había terminado su café, llamó a Carlos para continuar leyéndole durante una o dos horas. Forzado a obedecer, él la siguió al interior de su cuarto, se sentó tristemente y comenzó a leer.

Al cabo de diez minutos él escuchó roncar. Levantó los ojos. ¡Qué felicidad! ¡La prima dormía! Carlos no iba a dejar escapar una ocasión tan bella. Colocó su libro, se levantó dulcemente, vertió el resto del café en la caja de tabaco de su prima, escondió su libro dentro de la caja de té, su tejido dentro del fogón de la chimenea y se esquivó ligeramente sin despertarla. Y fue a reunirse con Betty, que le da algo extra para cenar.

* * *

Betty le dice:

—No vas a hacer como otras veces, de desaparecer cuando la prima te reclama. Ella duda de algunas cosas. Vete; nosotros no tendremos éxito otra vez. ¡Esta llave que yo había

tan exactamente puesto sobre su tejido! Tu cara enharinada, tus convulsiones y las mías, todo eso no está del todo claro para ella.

—¡Yo me he presentado a tiempo para volver a entrar a mi prisión!

—¡Es igual, es algo demasiado fuerte! Ella cree en las hadas, pero no hasta este punto. Sé prudente, créeme.

Carlos salió, pero, en lugar de volver a entrar a la prima, abrió como en la mañana la puerta del jardín y corrió hacia Juliette. Ya eran tres veces que él iba allá; nosotros vamos a seguirle para saber qué es eso de Juliette.

CAPITULO II LA NIÑA CIEGA

—¿Cómo? ¿Tú allí otra vez, Carlos? —Dijo Juliette al escuchar abrir la puerta—.

—¿Como has adivinado que yo era?

—Por la manera como tú has abierto; cada uno abre diferentemente; es bien fácil de reconocer.

—Para ti, que eres ciega y que tienes la oreja tan fina. En lo que respecta a mí, yo no veo ninguna diferencia; me parece que la puerta hace el mismo ruido para todos.

—¿Qué tienes, pues, pobre Carlos? ¿De nuevo algún altercado con tu prima? Yo lo adivino por el sonido de tu voz.

—¡Oh! ¡Dios mío, sí! Esta mala, abominable mujer me hace malo a mí mismo. Es verdad, Juliette: Contigo yo soy bueno y jamás tengo ganas de hacerte una broma o de enfadarme. Pero con mi prima siempre me siento listo a exasperarme.

—Es porque ella no es buena, y porque tú no tienes ni paciencia ni valor.

—Es fácil decirlo, paciencia; yo quisiera mucho que tú te las vieras; tú, que eres un ángel de dulzor y de bondad, tú te enfurecerías.

Juliette sonrió y le dijo:

—Espero que no.

—Eso es lo que crees. Escucha lo que se me ocurre ahora, después de la primera vez que yo te dejé. En mi segunda visita yo no te dije nada porque yo tenía miedo que tú me hicieras volver a mi casa enseguida. Ahora tengo tiempo, porque mi prima está durmiendo y tú lo vas a saber todo.

* * *

Carlos le cuenta fielmente lo que había pasado entre él, su prima y Betty:

—¿Cómo quieres tú que yo resista esos reproches y estas injusticias con la paciencia de un cordero al que se degüella?

Y Julieta le dice sonriendo:

—Yo no te pido tanto: Tú distas mucho de ser un cordero. Pero, Carlos, escúchame: Tu prima no es buena; yo lo sé y lo reconozco; pero esa es una razón más para tratarla con consideración y buscar no irritarla. ¿Por qué eres tú inexacto, cuando tú sabes que cinco minutos de retraso la encolerizan?

—Pero es para quedarme algunos minutos de más contigo, pobre Juliette. No había nadie contigo cuando yo te acompañaba.

—Yo te agradezco, mi buen Carlos. Yo sé que tú me amas; que eres bueno y cuidadoso conmigo. . . Pero, ¿por qué no lo eres un poco con tu prima?

—¿Por qué? Porque yo te amo a ti y a ella la detesto. Porque cada vez que ella se molesta y me castiga injustamente, yo quiero vengarme de ella y hacerla enfurecer.

—¡Carlos, Carlos! —Le dice Juliette con un tono de reproche—.

—Sí sí, así es. Ella ha recibido los golpes en el pecho, en la cara. Yo he hecho

esconder por medio de Betty (a quien también detesto) sus feos dientes en la sopa. Yo le he arrancado y desgredado su peluca, y cuando ella se despierte encontrará su caja de tabaco llena de café, y su libro y su tejido desaparecidos. Ella estará furiosa, y yo estaré encantado y me habré vengado.

—¡Mira cómo te comportas! Tú golpeas con los pies, golpeas los muebles, gritas, te encolerizas. . . En fin, tú haces justo como tu prima, y tú debes tener el aspecto perverso como ella.

Y Carlos le dice, calmándose:

—¡Como mi prima! Yo no quiero hacer nada como ella, ni parecerme a ella en nada.

—Entonces sé bueno y dulce.

—Yo no puedo; te digo que no puedo.

—Sí; veo que no tienes el valor.

—¡Nada de valor! Pero yo no conozco a nadie para soportar a mi prima después de tres años.

—Tú la soportas haciéndola enfurecerse sin cesar, y tú eres cada vez más desdichado, lo que me da pena, mucha pena.

—¡Oh, Juliette! Perdóname. Yo estoy desolado, pero yo no puedo actuar de otro modo.

—Has la prueba; tú jamás has hecho la prueba. Hazlo por mí, ya que tú no quieres hacerlo por el buen Dios. ¿Quieres? ¿Me lo prometes?

Carlos le dice con cierta vacilación:

—Yo quiero, pero no te lo prometo.

—¿Por qué? ¿Por qué tú lo quieres?

—Porque una promesa, y a ti sobre todo, es otra cosa, y yo no podría fallar en ello sin ruborizarme, y. . . y. . . yo creo. . . que yo fallaría en eso.

—Escucha, yo no te pido gran cosa para comenzar. Habla, grita, dí lo que quieras, pero no hagas un acto de venganza como las patadas, los dientes, los cabellos, el tabaco, el libro, el tejido, etc. ¡Y tú has hecho otras muchas cosas!

—Yo lo intentaré, Juliette; te aseguro que lo intentaré. Para comenzar, voy a volver de miedo que ella se despierte.

—¿Y vas a poner en su sitio el libro, el tejido?

—Sí, sí, yo te lo prometo. . . ¡Ah! ¡Ah! ¡Y el tabaco! —añade Carlos, rascándose la cabeza; va a oler a café—.

—Haz una bella acción; confíesale la verdad, y pídele perdón.

Carlos, le dice, cerrando los puños:

—¿Perdón? ¿A ella, perdón? ¡Jamás!

Juliette le responde tristemente:

—Entonces haz como quieras, mi pobre Carlos. ¡Que el buen Dios te proteja y venga en tu ayuda! Adiós.

—Adiós, Juliette, y hasta la vista, —dice Carlos poniendo un beso sobre su frente—. Adiós. ¿Estás contenta de mí?

Ella le dice sonriendo:

—¡No del todo! Pero eso vendrá. . . con el tiempo. . . y la paciencia.

* * *

Carlos salió y suspiró: “¡Esta pobre, buena Juliette! Ella tiene paciencia, ¡ella! ¡Cómo es de dulce! ¡Cómo soporta su desgracia. . . porque eso es una desgracia. . . una gran desgracia es ser ciega! ¡Ella es mucho más desgraciada que yo! ¡Pedir perdón! —me ha dicho ella—. ¡A esta mujer que yo detesto! ¡Es imposible; yo no puedo!”

Carlos vuelve con un sentimiento de irritación. El entra en el cuarto de su prima, que todavía dormía, felizmente para él. El sacó el libro de la caja de té, y quería tomar el tejido escondido en el fondo del fogón de la chimenea. Pero cuando alargaba su mano para tomarla, él enganchó el palillo, que hizo caer con ruido; y la prima se despertó.

—¿Qué haces en mi chimenea, mal sujeto!

Carlos respondió, tomando su parte valerosamente:

—Yo no hago nada de malo en la chimenea, prima mía. Trato de retirar su tejido que está en el fondo.

—¡Mi tejido al fondo de la chimenea! ¿Cómo es que se encuentra allí adentro? Yo lo tenía junto a mí.

Carlos respondió resueltamente:

—Soy yo que lo he arrojado allí, prima mía.

Ella grita levantándose con cólera:

—¡Arrojar mi tejido! ¡Miserable!

—Yo he actuado mal, pero tú ves que busco sacarlo.

—¿Y tú crees, diablillo perverso, que yo soportaré tus canalladas! ¡Tú, mendigo, a quien yo alimento por caridad!

Carlos se puso rojo como un tomate. Sintió que la cólera se apoderaba de él, pero se contuvo, y respondió fríamente:

—Mi alimentación no te cuesta caro; eso no es lo que te va a arruinar.

—¡Insolente! ¿Y tu ropa, tu alojamiento, tu cama?

—¡Mis ropas! Están raídas, maltratadas como las de un pobre! Son demasiado chicas, demasiado estrechas con esto. Cuando salgo, me siento avergonzado. . .

La prima interrumpió con una sonrisa perversa y le dijo:

—¡Tanto mejor!

—¡Pero espera! Yo no he terminado mi frase: Me siento avergonzado de ti, porque cada uno me dice: “Tu prima tiene que ser maravillosamente avara para dejarte vestido como estás.”

—¡Para ser un golpe, es demasiado fuerte! ¡Espera, tú vas a tener uno!

* * *

La prima corrió a buscar una vara. Mientras ella la tomaba, Carlos cogió los fósforos y encendiendo uno corrió hacia la cortina y le dijo:

—Si te acercas, prendo fuego a las cortinas, a la casa, a tus polleras, a todo.

La señora Mac'Miche se detiene. El fósforo estaba a diez centímetros del borde de la cortina de muselina.

Púrpura de ira, temblando de terror y sin querer renunciar a la paliza que se había

propuesto darle a Carlos, no osando empujarle a ejecutar su amenaza y no sabiendo qué partido tomar, le dio miedo de Carlos por la expresión amenazante y casi diabólica de toda su persona Y él, al ver su fósforo a punto de apagarse, prendió un segundo fósforo antes de soltar el primero y resolvió concluir un convenio con su prima. Le dijo:

—Promete que tú no me tocarás, que no me castigarás de ningún modo, y yo apago el fósforo.

Y la prima le dijo, botando espumas:

—¡Miserable!

—Decide tú, prima mía! Si enciendo un tercer fósforo y no escucho nada, ¡tus cortinas arderán en fuego!

—¡Deja tu fósforo, desgraciado!

—Yo lo dejaré cuando tu hayas dejado tu vara. . .

La Mac'Miche la deja.

Carlos le dice:

—¡Cuando hayas prometido no apalearme, no castigarme! ¡Date prisa, el fósforo se consume!

La prima grita jadeante:

—¡Lo prometo, lo prometo!

—¿Darme de comer cuando tengo hambre? ¿Y bien? Yo saco el tercer fósforo. . .

—¡Lo prometo! ¡Bribón! ¡Bandido!

Carlos le dijo:

—Los insultos, me dan igual! Y presta atención a tus promesas, porque, si faltas a ellas, yo le prendo fuego a tu casa sin prevenirlo. . . ¿Está dicho? Yo lo soplo.

Carlos apagó su fósforo y le dijo:

—¿Tienes necesidad de mí?

Y ella responde:

—¡Lárgate! ¡No quiero verte, atrevido, canalla!

—Gracias, prima mía. Yo corro a la casa de Juliette.

—Yo te prohíbo ir a la casa de Juliette.

—¿Por qué así? No obstante que ella me da buenos consejos. . .

—Yo no quiero que tú vayas allí.

Mientras Carlos se quedó indeciso respecto de lo que haría, la prima avanzó hacia él. Le tomó la caja de fósforos que Carlos había puesto sobre una mesa, le dio rápidamente dos sopapos y una patada a las piernas de Carlos, que estaba estupefacto. Luego se lanzó fuera del cuarto y cerró la puerta con doble giro de llave, y le gritó a través de la puerta:

—¡Diviértete, mi niño, diviértete hasta la cena! ¡Yo voy a darle tus noticias a Juliette!

CAPITULO III UN HECHO CRIMINAL

Carlos, furioso de hallarse aprisionado como una rata en una ratonera se arrojó sobre la puerta para echarla abajo; pero la puerta era sólida. Tres veces él se arrojó con todas sus fuerzas, pero no logró más que magullarse la espalda. Después del tercer impulso él renunció de ello diciéndose: “¡Mala mujer! ¡Dios mío, cuánto la detesto! ¡Y Juliette que quería que yo le pidiese perdón! ¡Semejante harpía! ¿Qué puedo hacer para vengarme?”

Carlos miró por todos los costados y no encontró nada. Y pensó: “Yo bien podría desgarrar su tejido que ha dejado; pero de qué serviría eso. . . Ella tomará otro. ¡Cómo soy desgraciado de estar obligado a vivir con esta furia!”

Carlos se sentó, apoyó sus codos sobre sus rodillas, su cabeza dentro entre sus manos y reflexionó. A medida que pensaba su cara perdía su expresión perversa, su mirada se endulzaba, sus ojos se pusieron húmedos, y al fin, una lágrima rodó a lo largo de sus cachetes. Y dijo: “Yo creo que Juliette tiene razón; ella será menos mala si yo fuera mejor. Yo sería menos desdichado si fuera más paciente, si yo pudiera ser dulce y resignado como Juliette. . . ¡Pobre Juliette! Ella es ciega. Ella está sola todo el tiempo que su hermana Mary trabaja. Ella se aburre toda la jornada. Y jamás se queja; jamás se enfada; siempre es buena, siempre sonriente. Es verdad que ella es mayor que yo. Ella tiene quince años, y yo tengo trece. Es igual, a los quince años yo no seré más bueno como ella. No, no, con esta abominable prima yo no podré jamás enfadarme de ser malo. ¡Un momento! ¿Qué es lo que escucho?” —dice mientras se levanta— “¡Qué ruido? ¿Que será pues? ¡Y esta maldita puerta que está cerrada! ¡Ah! ¡Una idea! ¡Yo rompo un panel de vidrio y paso.”

Carlos tomó una tenaza, le dio un golpe seco a uno de los vidrios de la puerta que tenía paneles, y metió su cabeza y sus espaldas dentro del panel roto. El pasó después de grandes esfuerzos y haciéndose muchos pequeños cortes en las manos y en la espalda, una vez afuera bajó por la escalera, corrió a la cocina, donde no había nadie, después a la puerta que da a la calle, la cual abrió. Y se encontró ante de un grupo numeroso que escoltaba y acompañaba a la señora Mac'Miche.

* * *

Un hombre de mameluco la seguía, llevado, tirado por aquellos que los acompañaban. La señora Mac'Miche gritaba, el hombre juraba, y los del cortejo gritaban y juraban. A este ruido se mezclaban los gritos discordantes de Betty, que para complacer a la señora Mac'Miche agobió de injurias y de reproches a toda la gente del cortejo. Estando la puerta abierta por Carlos, todo el mundo entró. Colocaron a la señora Mac'Miche sobre una silla, Betty obtuvo agua fresca de la fuente y lavó los ojos de su señora que no cesaba de llorar diciendo:

—¡El juez de paz; yo quiero al juez de paz para hacer mi demanda contra este monstruo de hombre que me ha hecho ciega! ¡Que alguien vaya a buscarme al juez de paz!

Betty le dijo:

—Alguien ya ha ido, señora. El señor juez de paz estará aquí dentro de un cuarto de hora.

—¡Que vigilen bien a este canalla! ¡Que alguien le dé de garrotazos! ¡Que no lo dejen escapar!

Y el hombre de mameluco le dijo:

—¿Acaso yo busco escaparme, vieja? ¡Tanto grito y molestias por un simple fuetazo! Yo no sé cuántos he dado en mi vida; este es el primero que conduce a todo este alboroto.

Y Betty dijo:

—¡Ya lo creo! ¡Un fuetazo que usted le ha lanzado a los ojos, mal hombre!

Y el hombre de mameluco le dijo:

—¿Y por qué ella me hizo agonizar con insultos? ¡Pucha! ¡Qué lengua! ¡Dicen que las mujeres la tienen bien colgada! ¡Jamás no había visto una semejante! ¡Qué retahíla se me ha largado!

Cierto hombre por allí dijo:

—Eso no era una razón para golpearla con su látigo.

El hombre de mameluco dijo:

—¡Vaya! Pero. . . es que la paciencia se agota a la postre; con todo que yo la he tenido mucha.

Otro hombre dijo:

—Una mujer no es como un hombre; uno se ríe; uno no golpea.

El hombre de mameluco dijo:

—¡Una mujer como ésta! ¡Vaya! Esta vale por dos hombres, ¡por favor!

* * *

Todo el cortejo se puso a reír, lo que aumentó la exasperación de la señora Mac'Miche. Betty vio que su señora no estaba seriamente herida. Ella también se reía por lo bajo y empleaba todas sus fuerzas a mantenerla tranquila. Ella continuaba lavándole los ojos, que comenzaron a deshincharse. Carlos se mantenía prudentemente alejado de su prima, y preguntó a un joven del cortejo lo que había pasado. El le dijo:

—Parece que la dama ha estado a punto de ser atropellada por el carretero de mameluco que atravesaba la carretera para dar de beber a sus caballos. Ella se llenó de cólera, ¡había que verla! Ella le dijo de todos los colores. El se burló de ella de hecho, pues él ha replicado, ¡había que ver cómo! ¡Eso iba bien, pues! Con esto nos mantuvimos agrupados alrededor de ellos y nos reíamos. . . Tú sabes. . . A ella no le ha pasado nada malo. ¡Pero es ella quien le ha puesto la mano a él sobre su cara! Entonces el carretero se puso de todos los colores, y le ha lanzado un latigazo que desgraciadamente le ha rozado justo en los ojos. Ella cayó a causa del golpe, gritó, se revolcó, y ha pedido que venga el señor juez de paz. Y después, como la gente se detenía y comenzaba a aglomerarse, la señorita Betty ha acudido, la trajo y hemos forzado al hombre a seguirnos para hacer honor al señor juez, a fin de que él no venga en vano. Esto es todo.

* * *

Carlos, contento del relato, se aproxima todo dulcemente a su prima para ver de cerca sus ojos, siempre cerrados e hinchados. Mientras él observaba la hinchazón y el color rojizo extraordinario de los párpados, y buscaba ver si ella realmente había perdido los ojos, como ella decía, la señora Mac'Miche los entreabrió, vio a Carlos y estiró la mano para agarrarlo. Carlos dio un salto atrás y se refugió instintivamente cerca del hombre de mameluco, lo que hizo reír a todos los asistentes, lo mismo que al carretero. Y el hombre dijo riéndose:

—Ella no seguirá diciendo que yo la he hecho ciega. Yo te agradezco, mi niño. Yo temía de veras que le había reventado los ojos. Tú eres el que ha demostrado que ella sí ve.

Entonces dijo la señora Mac'Miche:

—¿Por qué está él aquí? ¿Por dónde ha salido? ¡Betty, vuelve a encerrarlo!

Betty respondió:

—Yo no puedo abandonar a la señora en el estado en que se encuentra. Que la señora permanezca tranquila y no se preocupe de nada.

Y la señora Mac'Miche dijo:

—¡Perverso diablillo, véte! ¡Tú no perderás nada de esto.

Carlos lanzó una mirada sobre el hombre, como para pedirle su protección.

Y el hombre dijo:

—¿Qué quieres que yo te haga al respecto, niño? Yo no puedo acudir en tu ayuda. Se requiere que te sometas; no hay nada más que decir al respecto.

* * *

Pero Carlos no escuchaba por esa oreja; él no quería someterse, y acordándose de la prohibición de su prima de ir a la casa de Juliette, salió diciendo en voz alta:

—¡Me voy a la casa de Juliette!

Y la señora Mac'Miche le gritó:

—¡Yo no quiero! ¡Yo te lo he prohibido!

Y continuó:

—¡Impídanle, ustedes! ¡Deténganlo, tráiganmelo acá! ¡Carretero, yo le perdonaré todo; yo no sentaré una demanda contra usted, si quisiera agarrar a este perverso diablillo y le administra una buena corrección con ese mismo látigo con que casi me hace ciega.

El hombre le respondió:

—Yo no le tocaré ni con un golpe de mi látigo. ¿Que le ha hecho a usted este niño? El le ha mirado tranquilamente cuando usted quiso arrojarle sobre él. El se ha refugiado cerca de mí, y a mi fe que yo le protegeré todas las veces que pueda.

—¡Ah! ¿Así es como usted me responde? He aquí el señor juez de paz que viene justamente ahora. Usted va a tener que pagar una buena multa.

Y el hombre respondió:

—Esto es lo que vamos a ver, mi buena dama.

* * *

El juez de paz pregunta:

—¿Qué hay pues? Usted me ha hecho llamar para constatar un hecho criminal, señora Mac'Miche?

—Sí, señor juez, ¡un crimen enorme que exige una brillante reparación y un castigo ejemplar! Este hombre aquí, que uno reconoce por su aspecto feroz (todo el mundo se ríe, y el carretero más fuerte que los otros), sí señor juez, tiene un aspecto feroz. El finge delante de usted y se hace pasar por el buen apóstol; pero usted va a ver. Este hombre me ha arrojado al suelo justo en la mitad de la calle, me ha injuriado, me ha llamado con toda suerte de nombres, y en fin, me ha dado un fuetazo a través de los ojos y me he quedado ciega. Y yo exijo cien francos por daños e intereses, más una multa de cien francos con los cuales yo me beneficiaré como es de toda justicia.

El carretero y su cortejo se reían de lo más lindo. Su alegría que no era natural le dio al juez, que era un hombre de sentido común y de juicio, ciertas sospechas sobre la exactitud del relato de la señora Mac'Miche. Y se dirigió al carretero:

—¿La cosa ha ocurrido como lo ha contado la señora?

* * *

El hombre respondió:

—Así no, señor juez, sino todo lo contrario. La señora se vino a lanzarse contra mí sobre la carretera en el momento en que yo me volvía para ver a mis caballos. Ella se cayó con las cuatro herraduras en el aire. Hizo creer que era más sólida sobre sus piernas; pero así yo no estoy en falta. Entonces la quise levantar; ella me empujó, buen puño, ¡vaya! Y me dijo insultos. Cuando me los decía, me largó una retahíla que me aburrieron al fin. A mi fe, en mi turno yo tomé la palabra, y yo no digo que no le haya dicho cochinas; uno no es carretero por nada. El señor juez lo sabe bien; los caballos no tienen una oreja tierna. Y cuando yo me dejo llevar, por mi madre, yo lanzo todo mi repertorio. Pero la señora, que no estaba satisfecha, como parecería, me lanza una cachetada en plena cara. ¡Por mi madre, por el golpe, se me subió la mostaza a la nariz, y yo fui apresurado, señor juez, no malo sino apresurado. Entonces he respondido con mi látigo. Uno no es carretero por nada, señor juez. . . Los caballos, usted sabe, se someten al látigo. La desventura ha querido que ella presentara los ojos ante mi látigo. Por mi madre, fue lanzado y ha tocado donde encontró resistencia. Pero no le ha hecho gran daño, vaya, señor juez. Ella ha mugido como si yo la hubiera despellejado, pero ella ve como usted y como yo. La prueba es que le ha visto entrar, y yo me río de sus daños e intereses. Yo estoy muy seguro que usted no le concederá un solo centavo.

Entonces los testigos dijeron:

—Señor juez, lo que él dice es la pura verdad. Nosotros todos somos testigos.

Y la señora Mac'Miche dijo:

—¡Desgraciado, cómo tomas partido contra mi, un compatriota, por favorecer la canallada de un extranjero, de un miserable, de un bandido!

Y le dijo el juez:

—¡Eh, eh! Señora Mac'Miche, usted me va a obligar a expresarme contra usted. Quédese tranquila; créame. Si alguien tiene razón, y es usted que ha injuriado y golpeado la

primera, y si usted intenta un proceso, será usted quien pagará la multa, y no este hombre, que me da la impresión en efecto de ser un hombre valiente, aunque un poco apresurado, como él lo ha dicho. Yo no tengo nada que hacer; yo me retiro y vendré ni bien sepa de sus nuevas para decirle dos palabras.

* * *

Antes de que la señora Mac'Miche volviera en sí de su sorpresa y hubiera tenido tiempo para replicar al juez de paz, él se apresuró a desaparecer. El carretero y el cortejo le siguieron y la señora Mac'Miche se quedó sola con Betty, que se reía para sus adentros y que estaba bastante satisfecha del facaso sufrido por esta señora violenta, injusta y exigente.

Para su grande sorpresa, la señora Mac'Miche se quedó inmóvil y sin palabra. Betty le pregunta si ella quería subir a su cuarto. Ella se levanta, empuja a Betty que le ofreció el brazo, sube rápidamente la escalera, como alguien que vé muy claro y se dio cuenta, al abrir la puerta de su cámara que uno de los paneles de vidrio estaba roto. Entonces dijo:

—¡De nuevo este malhechor! ¡Este Carlos de desgracia! Es por allí que se ha abierto paso. ¡Betty, anda a buscármelo! El se ha burlado de mí al decir que se iba a la casa de Juliette; allí tú lo encontrarás.

CAPITULO IV EL LATIGO Y EL CONTRALATIGO

Mientras que ocurría esto que venimos de contar, Carlos se había ido a buscar la calma junto a su prima y amiga Juliette. El la encontró sola, como él la había dejado, y le contó de los pocos acontecimientos de buen movimiento y del medio que había empleado para preservarse de una ruda corrección. Juliette le dice:

—Mi pobre Carlos, tú has tenido una gran suerte. No hace falta hacer a tu prima amenazas tan horribles, y que tú sabes bien que no puedes ejecutar.

—Yo la habría ejecutado perfectamente; yo estaba listo a meter fuego a las cortinas, estaba muy decidido a hacerlo.

—¡Oh, Carlos, yo no te creía tan malo! ¿Y a qué habría eso llegado? Te habrían metido dentro de una prisión donde serías dejado hasta los dieciocho años.

—¡En prisión! ¡Qué locura!

—¡Sí, mi amigo, en prisión; han condenado por incendio voluntario a niños menores que tú!

—Yo no sabía eso. Es muy oportuno que tú me lo hayas dicho, porque yo habría recommenzado a la primera ocasión.

—¡Oh, no! Tu no habrías vuelto a hacer eso, primero por la amistad conmigo, y luego porque Betty habría escondido todos los fósforos y no te habría dejado hacerlo.

—¡Betty! Ella detesta a mi prima; ella está encantada cuando yo le juego bromas pesadas.

—Está muy mal que Betty te aliente hacer mal.

* * *

Ellos continuaron conversando, Juliette intentando siempre calmar a Carlos, cuando entró Betty y dijo:

—Vengo a buscarte, Carlitos, de parte de tu prima que está maravillosamente de cólera, bah. Buenos días, señorita Juliette; ¿qué dice usted de nuestro mal sujeto?

—Digo que usted podría hacerle bien dándole buenos consejos, Betty. El le debe a su prima respeto y sumisión.

—¡Vaya! ¡Ella es muy mala, señorita!

—Eso es muy triste; pero ella de todos modos es su tutora. Es ella quien lo educa.

Entonces Carlos intervino:

—¡Ah! ¡Bruja! ¡Ella me educa muy bonito! Desde que yo sé leer, escribir y contar, ella no me deja más ir a la escuela porque pretende tener los ojos enfermos. Ella me retiene junto a ella para leerle en voz alta, para escribir sus cartas, hacer sus cuentas y todo el día así.

Juliette le dice:

—Eso te enseña alguna cosa, y eso no es de hecho tan aburrido.

—A veces no; al presente ella me hace leer *Nicolas Nickleby*. Eso es divertido; no lo niego, pero a veces se trata del periódico que es aburrido, o la historia de Francia, de Inglaterra. Yo me quedo dormido al leer. ¿Y sabes tú cómo ella me despierta? Punzándome la cara con sus grandes palillos de tejer. ¿Crees tú que eso sea divertido?

—No, esto no es divertido, pero eso no es una razón para encolerizarte y vengarte, como lo haces sin cesar.

Entonces Betty dice:

—Yo le aseguro, señorita, que si usted estuviera con nosotros no le gustaría mucho a la señora Mac'Miche aunque sea su prima también. Pero creo que usted nos ayudaría a. . . a. . . ¿cómo decirlo?

Y Juliette dice sonriendo:

—A vengaros, Betty; pero al vengaros le irritáis más y le hacéis más severa.

Carlos le dice:

—Más perversa, querrás decir.

—No. No perversa, pero siempre desafiándote y de cólera, como consecuencia. Hagan el intento los dos de soportar sus majaderías sin responder y sometiéndolos. Veréis que será mejor. ¿Tú no respondes, Carlos? Yo te ruego.

Carlos responde:

—Mi buena Juliette. Yo no puedo negarte nada; haré el intento, te lo prometo. Y si al cabo de una semana, ella sigue igual; yo voy a comenzar de nuevo.

—Está bien; comienza por obedecer a tu prima y por irte. Llega muy gentilmente diciéndole alguna cosa amable.

Carlos se levantó, abrazó a Juliette, suspiró y se fue acompañado de Betty. El no dijo nada a lo largo del camino. El buscaba darse valor y dulzura, recordando todo lo que Juliette le había dicho al respecto.

* * *

La señora Mac'Miche le dijo:

—¡Ah! ¡Por fin tú allí, pequeño canalla! Acércate más.

Para su sorpresa, Carlos obedeció, con los ojos bajos, con aire sumiso. Cuando el estuvo a su alcance, ella lo agarró. Carlos no hizo resistencia. Animada por su sumisión, ella tomó una vara y le dio un golpe fuertemente aplicado, después dos, después tres, sin que Carlos pusiera cara de resistir.

Ella se aprovecha de esta facilidad tan novedosa para abusar de su fuerza y de su autoridad. Ella le arroja al suelo y le da latigazos en regla, hasta el punto de dañar su pantalón, que ya estaba en mal estado. Y Carlos soportaba este rudo castigo sin proferir ni una sola queja. Y cuando ella sintió su brazo fatigado de golpear, exclamó:

—¡Vete, mal sujeto! ¡Vete, que yo no te vea!

* * *

Carlos se levantó y salió sin decir palabra, el corazón hinchado de una cólera que él reprimía a duras penas. El corrió a su cuarto para dar curso libre a los sollozos que le ahogaban. El se revolcó sobre su cama mordiendo sus sábanas para detener los gritos de humillación y de rabia que se escapaban de su pecho.

Cuando el primer acceso de dolor había pasado, se acordó de la dulce Juliette, de sus buenas palabras y de sus excelentes consejos. Después de algunos instantes de reflexión, sus sentimientos se endulzaron y a la furiosa cólera sucede una grande satisfacción de conciencia. El se sentía dichoso y orgulloso de haber podido contenerse, de no haber hecho uso de sus medios habituales de defensa contra su prima, de haber cumplido la promesa que Juliette le había por fin arrancado, y que él resolvió cumplir hasta el final.

Completamente calmado por esta resolución valerosa, bajó hacia Betty, a la cocina. Y Betty le dijo:

—¡Eh, bien! ¿Qué te ha dicho? ¿Qué te ha hecho tu prima, mi pobre Carlitos? Yo no he escuchado nada. ¿No estaba molesta?

—Ella lo estaba ya cuando yo llegué; y te aseguro que me lo ha demostrado bien por los golpes que me ha dado.

—¿Y tú?

—Yo me he dejado pegar.

Betty, sorprendida, le dice:

—La primera te habrá sorprendido, y tú no has desconfiado de la segunda. ¿Pero después?

—Yo le he dejado hacer; ella me ha arrojado al suelo, me ha revolcado, me ha golpeado con una vara que no era de paja ni de pluma. Yo te respondo.

—¿Y tú?

—Yo esperé que ella terminara. Cuando ella estuvo cansada de golpear, me levanté, me fui a mi cuarto, donde me puse a sollozar y a llorar, pero más de rabia que de dolor, lo he de reconocer. Después he pensado en Juliette. El recuerdo de su dulzura ha hecho pasar mi cólera, y he venido a pedirte si tú no pudieras darme algún fragmento viejo de cualquier cosa para reforzar el fondo de mi pantalón. Ella ha golpeado tan fuerte, que si la fantasía la llevara a hacerlo de nuevo, ella me levantaría la piel.

Y Betty le responde indignada:

—¡Pobre niño! ¡Mala mujer! ¡Cómo si él fuera malo! ¡Qué desdichado huérfano que no tiene a nadie que le defienda, que le recoja.

* * *

Betty se dejó caer sobre una silla y lloró amargamente. Esta prueba de ternura emocionó tanto a Carlos, que él se pone a llorar de su parte, sentado cerca de Betty. Después se volvió a levantar.

—¡Ay! —dijo—, no puedo estar sentado. Yo sufro demasiado.

Betty se levantó también, secó sus ojos, expuso sobre un trapo un parche derretido al fuego y se lo presentó a Carlos:

—Aquí tienes, mi Carlitos, pon esto sobre tu herida, y mañana no pensarás más en ello. Junta la servilleta con un alfiler, para que se sostenga, y mañana procuraremos hacer

cualquier cosa para amortiguar los golpes de esta prima malvada. ¡Porque ella tomará gusto en esto al ver que tú te dejas! Me temo que la señorita Juliette no te haya dado un triste consejo.

—No, Betty, sí es bueno; yo siento que es bueno. Yo tengo el corazón contento; eso es buena señal.

* * *

Carlos se aplicó la cataplasma de Betty y se sintió inmediatamente aliviado, y volvió a Juliette, su consoladora, su consejo y su sostén. Al pasar por la cocina vio a Betty ocupada en coser unas viejas placas de su prima Mac'Miche, y le pregunta que hacía.

—Yo te preparo una coraza para mañana, mi pobre Carlitos, cuando te hayas acostado yo te hilvanaré esto dentro de tu pantalón.

Carlos se rió de buen corazón de este “contralátigo” y estuvo encantado de la invención de Betty, e iba a salir cuando se escuchó que era llamado por la voz agria de su prima.

Betty se persignó.

Carlos suspiró y subió en seguida.

La señora Mac'Miche le dijo:

—¡Ven a leer, mal sujeto! ¡Vamos, rápido, toma el libro!

Carlos tomó el libro, se sentó con precaución sobre el costado de su silla y comenzó su lectura. La señora Mac'Miche le miraba con sorpresa y desconfianza. “Hay alguna cosa allí debajo”, —se decía ella—, “alguna maldad que él prepara y que disimula con una fingida dulzura. Jamás ha sido tan dócil; es la primera vez que se deja apalear sin resistencia. ¿Qué es esto? No comprendo nada. Pero si continúa así, será una bendición administrarle el látigo. . . y como esto es el mejor medio de educación, yo le emplearé a menudo. . . Y sin embargo. . .”

* * *

Carlos leía siempre mientras que su prima reflexionaba en lugar de escuchar. En el momento cuando su voz fatigada empezó a debilitarse, fue interrumpido por el juez de paz, quien dijo:

—¿Se puede entrar, señora Mac'Miche? ¿Está usted presentable?

—Siempre para usted, señor juez. Estoy muy halagada por vuestra visita. Carlos, dale un sillón al señor juez.

Carlos se levantó, pero no pudo contener un gesto de dolor y un ay sofocado.

—¿Qué tienes, mi amigo? Tú andas a duras penas, como si sufieras de alguna parte. —Le dice el juez—.

La señora Mac'Miche se puso púrpura, se agitó sobre su sillón, y le dice a Carlos que se diera prisa a irse de allí. Pero Carlos, quien todavía no había pasado al estado de dulzura y de caridad perfecta que le predicaba Juliette, no estuvo disgustado de tener la ocasión de revelar al juez los malos tratos de su prima. Le dijo:

—Claro, señor juez, que sufro; mi prima me ha golpeado tanto con la vara que está

allí junto a ella, que yo estoy todo magullado.

El juez le dijo a la señora Mac'Miche con severidad:

—¡Señora Mac'Miche!

—No escuche, señor juez, no le crea. El miente del amanecer al anochecer.

Y Carlos le dijo:

—Usted sabe bien, prima mía, que no miento; que usted me ha golpeado como lo he dicho, y es tan cierto que Betty me ha puesto un cataplasma de candela. ¿Quiere usted que yo se lo haga decir por ella misma? Esta pobre Betty lloraba al hacerlo.

—Señora Mac'Miche, continuó el juez, usted sabe que los malos tratos son prohibidos por la ley, y que usted se expone a. . .

Ella respondió:

—Esté tranquilo, señor juez. Yo le he dado de latigazos, es verdad, porque él quería prender fuego a la casa esta mañana. ¡Usted no sabe lo que es este niño! ¡Es malo, colérico, mentiroso, perezoso, terco. En fin, él tiene todos los vicios.

El juez respondió:

—Esa no es una razón para golpearle hasta el punto de impedir sus movimientos. Tenga cuidado, señora Mac'Miche. . . Alguien ya me ha dicho algunas cosas al respecto, y si las quejas se renuevan, yo estaré obligado a darles curso.

* * *

La señora Mac'Miche estaba abatida.

Carlos había triunfado. Sus buenos sentimientos ya se habían desvanecido, y concibe la horrible resolución de irritar a su prima para sacarle de sus casillas, hacerse golpear más, y por medio de Betty, aportar los testigos que irían a presentar demanda al juez.

El pensó: “Yo no estaré más enfermo, gracias a las viseras de mi difunto primo, y ella será llamada ante el tribunal que la juzgará y la condenará. ¡Si se la pudiera condenar a ser latigueada en su turno, cómo estaré de contento, que estaré de veras contento! ¡Y Juliette! ¿Qué me dirá ella? ¿Qué pensará ella? ¡Ah, bah! Yo le he prometido a Juliette no ser insolente con mi prima, de no resistirle, pero yo no he prometido de no buscar corregirla. Puesto que mi prima ha encontrado que el maltratarme es corregirme y hacerme mejor, debe pensar lo mismo para ella, que es cien veces más mala de lo que yo soy.”

CAPITULO V

UN RECURSO PROVIDENCIAL

Carlos, muy contento con su nuevo proyecto, salió sin que su prima se atreviera a volver a llamarle en presencia del juez. Descendió a la cocina, le participó a Betty de lo que le había dicho al juez de paz y de la idea que él mismo había concebido. Pero Betty le dijo:

—No, Carlitos, todavía no; esperemos. Puesto que las viseras te protegerán de los golpes de la prima, tú no podrás probar que llevas las marcas del maltrato. Ellos enviarán un médico para examinarte, y ese médico no encontrará nada. Tú pasarás por mentiroso, y ella será la que triunfará. Esperemos; yo encontraré alguna cosa para protegerte cuando se gasten las viseras.

Carlos comprendió la justicia del razonamiento de Betty, pero no renunció por esto a la dulce esperanza de encolerizar a su prima sin tener que sufrir él mismo. “Solamente” —piensa él— “esperaré a mañana, cuando el pantalón sea reforzado.”

* * *

El se fue, siguiendo su costumbre, a la casa de Juliette, que le acogió como siempre con una dulce y amable sonrisa.

—Y bien, Carlos, ¿qué nuevas traes?

—¡Muy buenas! A penas entré, mi prima me ha golpeado con tal furor, que estoy todo magullado y Betty me ha puesto un cataplasma de velas.

Juliette le dice cohibida:

—¿Es a eso que llamas “buenas nuevas”? ¡Pobre Carlos! Pero, ¿has resistido con insolencia? ¿Le has injuriado?

—Yo no he dicho nada; yo no me he movido; yo le dejé hacerlo. Ella me ha dado dos golpes con la vara, y al ver que yo no le resistía, porque te lo había prometido, ella me ha golpeado como enfurecida que es.

Juliette le dice con lágrimas en los ojos:

—¡Mi pobre Carlos! ¡Pero eso es horrible! ¡Yo estoy desolada! ¿Y tú has estado encolerizado contra mí y mi consejo?

—¡Contra ti, jamás! Yo sabía que era para mi bien que me habías hecho prometer eso. . . ¡Pero contra ella, yo tengo cólera! Oh, una cólera. . . En mi cuarto yo me he revolcado, he sollozado, llorado; y después he estado mejor; me he sentido contento de haberte obedecido.

Juliette le dice, enternecida:

—¡Buen Carlos! ¡Cómo serías bueno si quisieras!

—¡Eso vendrá, eso vendrá! Dame tiempo. Es necesario que tú me permitas corregir a mi prima.

—¿Cómo la corregirás tú? ¡Eso me parece imposible!

—¡No, no; déjame hacerlo, ya verás!

—¿Qué quieres hacer, Carlos? Alguna tontería, seguramente.

—En absoluto, en absoluto. ¡Tu verás, te lo digo, tú verás!

* * *

Carlos no quiso explicar a Juliette cuáles serían los medios de corrección que él emplearía. Solamente le prometía continuar siendo dócil y educado. Era necesario que Juliette se contentara con esta promesa.

Carlos se quedó aún algunos instantes; él saldría en el momento cuando Marianne, la hermana de Juliette, volvería de su trabajo.

Marianne tenía veinticinco años. Ella remplazaba, junto a su hermana ciega, a los padres que ellas habían perdido. La madre había muerto hacía cinco años en la casa que ellas habitaban. Sus recursos había sido más que suficiente para hacer llevar a las dos hermanas una existencia agradable, pero sus padres habían dejado deudas. Eran necesario años de trabajo y de privaciones para pagarlas sin vender nada de su propiedad.

Juliette no tenía más que diez años al momento de la muerte de su madre. Marianne tomó la valerosa resolución de ganarse con su trabajo su vida y la de su hermana ciega, hasta el día cuando todas sus deudas serían pagadas. Ella trabajaba sea en jornadas o en la casa, y Juliette, a pesar de ser ciega, contribuía un poco al bienestar de su pequeña unidad familiar. Ella tejía rápidamente y bien, y no le faltaban los pedidos. Cualquiera quería tener una enagua, o una camisa, o un chale o medias tejidas por la joven ciega. Todo el mundo la amaba dentro de esa pequeña aldea católica. Su bondad, su dulzura, su resignación, su sentido de humor, siempre el mismo, y sobre todo su gran piedad le daban una influencia dichosa, no solamente sobre los niños, sino también sobre sus padres. La señora Mac'Miche era la única que no soportaba esta influencia. Ella no veía casi nunca a Juliette, y no venía sino para decirle cosas insolentes, o por lo menos desagradables.

La señora Mac'Miche hubiera podido fácilmente acudir en ayuda de sus primas, pero a ella no le importaba y reservaba para ella misma los diez mil francos de ingreso que había amasado y que aumentaba todos los años a fuerza de privaciones que ella se imponía y que imponía a Carlos y a Betty. Más tarde veremos que ella tenía otra fuente de riquezas que nadie conocía; al menos ella así creía.

Hacía tres años que ella tenía a Carlos a su cargo. Betty estaba ligada a Carlos, que desde el comienzo le había dado testimonio de un vivo reconocimiento de la protección que ella le confería. Ella hubiera dejado a la señora Mac'Miche desde hacía mucho tiempo sin este vínculo de corazón que ella se había creado.

* * *

Carlos dejó, pues, a Juliette con su hermana Marianne y corrió a la casa para encontrarse allí a la llamada de su vieja prima. El dijo: “No hace falta que yo la encolerice hoy; mañana, ¡en buena hora!”

Carlos volvió a tiempo, escribió para la señora Mac'Miche algunas cartas, que ella encontró mal escritas e ilegibles. El le dice:

—¿Quiere que los vuelva a copiar, prima mía?

Y la señora Mac'Miche le responde con rudeza:

—No, no quiero. ¿Para malgastar el papel? ¿Para volver a escribir así de mal y así de sucio? ¡Siempre listo a hacer gastos inútiles! ¡Parecería que el señor tuviera rentas! ¡Te olvidas, pues, que yo te alimento por caridad, que sin mí tú serías un mendigo de las calles? Y en lugar de reconocer mis buenas acciones con una grande economía, tú aumentes al gasto, comes como un lobo, bebes como un pozo, rompes tu ropa; en una palabra, tú eres la plaga de mi casa.

Carlos hervía; él tenía a punta de lengua palabras cortésmente insolentes, dulcemente contrariantes, en fin, con qué encolerizarla. El se dijo: “¡Oh! ¡Si yo tuviera mis viseras!” Pero como todavía no las tenía, se tragó su humillación y su cólera, no respondió y no se movió.

* * *

La señora Mac'Miche comenzó a asombrarse de la dulzura de Carlos y dijo: “Yo veré bien lo que esto quiere decir, y si no es más que preparación para alguna canallada. El tiene un aire. . . que no me gusta. . . alguna cosa como rabia reprimida. Por ejemplo, si esto dura, es otra cosa. . . Pero, ¿dé donde viene? ¿Será de Juliette? Esa santita que nada tiene que ver con esto se las da de predicadora, de dar consejos. . . A mí no me gusta esa chiquita; ella me impacienta con esa figura eternamente calmada, dulce, sonriente. Ella quiere hacernos creer que es feliz aunque sea ciega, que no desea nada, que no tiene necesidad de nada. ¡Yo la creo sin esfuerzo! ¡Hacen todo por ella! Le sirven como una princesa. . . ¡Perezosa! ¡Tonta! Y en cuanto a este atrevido de Carlos, yo le daré fuertemente de latigazos, porque él no se defiende.”

* * *

Ella no se dio cuenta que ella había hablado en voz alta a partir de “A mí no me gusta esa chiquita”. Ella levantó la cabeza y vio a Carlos, siempre inmóvil, que la miraba con sorpresa e indignación. Ella exclamó:

—¡Y bien! ¿Qué haces allí haciendo girar los dedos de tus pies y mirándome con tus grandes ojos de bestia espantada, como si quisieras devorarme? ¡Vete a la cocina para ayudar a Betty; dile que sirva la cena lo más pronto posible; que tengo hambre.

Carlos no se hace decir dos veces y se esquivó rápidamente. El le cuenta a Betty lo que acababa de decir su prima sin darse cuenta que había hablado en voz alta. Y Betty dijo:

—Es necesario advertirle a Juliette y que te rebeles abiertamente.

Y Carlos le dice:

—No. Yo le he prometido a Juliette ser cortés y dócil durante una semana. Yo no faltaré a mi promesa; lo que no me impedirá de encolerizarla. . . inocentemente, sin dejar de ser respetuoso en la apariencia. . . cuando tenga mis viseras.

—Tú las tendrás mañana, mi pobre Carlitos; cuenta conmigo, y yo te preservaré todo lo que pueda.

—Yo lo sé, mi buena Betty, y porque siempre me has protegido, consolado, dado testimonio de amistad, es que yo te amo con todo mi corazón, como amo a Juliette. Ella también me ha amado siempre, alentado y aconsejado. . . Sólo que yo no he seguido sus

consejos a menudo, lo reconozco.

—¡A pesar de que son fáciles de seguir!

—A mí me parece que ella tiene razón en el fondo; pero yo no tengo su dulzura ni su paciencia. Cuando mi prima me molesta, me irrita, me humilla, yo me dejo llevar de la ira. Siento como si todo hirviera dentro de mí, y si yo no me contuviera, creo de veras que, en esos momentos yo tendría una fuerza mayor que la suya, que sería ella que recibiría la vapuleada, y yo sería el que la administraría.

—Pero es necesario decirle a Juliette lo que su prima piensa de ella..

—¿Para qué? Lo que he escuchado le causará pena a la pobre Juliette y no servirá de nada. Ella sabe que mi prima no la ama; eso basta.

* * *

La cena no tardó en ser servida mientras conversaban. La señora Mac'Miche fue avisada, bajó a la sala y comió copiosamente, después de haber servido escasamente a Carlos, que no sufrió de ello esta vez porque Betty había tenido esmero de darle un buen anticipo antes de servir la mesa. El comió pues sin diligencia y no pidió repetición de nada. La prima no pudo creer a sus ojos y a sus orejas. Carlos, modesto y apacible, sobrio y satisfecho era para la señora Mac'Miche un Carlos nuevo, un Carlos metamorfoseado, un Carlos cómodo.

Después de la cena, la señora Mac'Miche, fatigada de su jornada accidentada, le da descanso a Carlos, diciendo que se iba a acostarse. Carlos, quien también había sostenido más de una lucha, que había sufrido en su corazón y en su cuerpo, no estuvo enfadado como para regañar a su miserable lecho, compuesto de un jergón, de una vieja y andrajosa sábana, de una vieja frazada de lana raída y de una almohada de estropajo. Pero, ¿qué mala puede ser la cama para tener la facultad de impedir el sueño en la edad dichosa que tenía Carlos? Apenas acostado y la cabeza sobre el estropajo, él se quedó dormido con un sueño, no de justo, porque él estaba lejos de ameritar tal calificación, sino de la infancia o de la temprana juventud.

CAPITULO VI OJO POR OJO

El día siguiente, el día deseado y esperado por Carlos, este día que debía aportarle la satisfacción de una semi-venganza, este día que debía ser seguido por otros días no menos penosos, llegó por fin, y Carlos se puso con felicidad el calzón reforzado, acorazado por Betty. ¡Qué bueno estaba! Un golpe de maza fue amortiguado por este resto providencial de casquetes del primo Mac'Miche, muerto víctima de la continua violencia que le imponía el humor belicoso de su media mitad. Una enfermedad del hígado había sido detectada. El sucumbió a ella después de algunas semanas de duros sufrimientos.

Carlos entró radiante a la cocina, donde le esperaba su desayuno, en el momento cuando la prima entró por la puerta opuesta para hacer su inspección matinal. Carlos saludó cortésmente, tomó su taza de leche y metió la mano en el azucarero, y la prima se lanza encima.

—¿Por qué azúcar? ¿Qué es esta nueva invención? Tú deberías encontrarte feliz de tener leche en lugar de pan seco.

—Prima mía, yo estaré muy feliz de poder añadir el pedazo de azúcar que tengo en la mano.

—¿En la mano? ¡Suéltalo, señor! ¡Suéltalo rápidamente!

Y Carlos lo soltó, pero dentro de su taza. Y la prima exclamó:

—¡Ladrón! ¡Bandido! Tú mereces que yo beba tu leche.

—¡Cómo, pues! Pero yo estaré encantado de ello, prima mía; aquí está mi taza.

* * *

Carlos la presenta a su prima estupefacta; la sorpresa le abandona su presencia de espíritu acostumbrado. Ella toma mecánicamente la taza y se pone a beberla a tragos pequeños dirigiéndose a Betty. Mientras tanto Carlos, sin perder tiempo, tomó la taza de café con leche que calentaba tan dulcemente delante del fuego para su prima, come el pan mollete que empapó dentro, se dio prisa para tomar el café con leche y terminó su último trago, cuando su prima, algo avergonzada se dio la vuelta y le dijo:

—Tú tendrás entonces pan seco para desayunar.

—No, prima mía, yo ya he desayunado bien; ya acabé.

—¿Ya desayunaste? ¿Cuándo, pues? ¿Con qué?

—En este instante, prima mía, mientras que usted bebía mi leche, yo tomé su café con leche y el pancito que se tostaba a fuego lento.

—¡Mi café! ¡Mi pan mollete! ¡Miserable! ¡Devuélvemelos! ¡Inmediatamente!

—Me temo que eso es imposible. Pero yo no podía adivinar que usted lo pediría. Yo creí que usted tomó mi desayuno para dejarme el vuestro. ¡Ciertamente usted es demasiado buena como para tomar los dos desayunos y dejar mi estómago vacío!

—¡Ladrón! ¡Goloso! ¡Me la vas a pagar!

* * *

La prima tomó a Carlos del brazo, lo arrastró cerca del fogón tomó una vara, arrojó a Carlos a tierra como la víspera y se puso a golpearlo sin que él hiciese ni un movimiento para defenderse. Lo mismo que en la víspera, ella no se detuvo sino hasta cuando su reumatismo de su espalda comienza a hacerse sentir.

Carlos se levantó con un aire sonriente; las viseras le habían protegido perfectamente. El no había sentido nada. El creyó poder irse, pero no sin haber lanzado una frase vengativa.

—Voy a ir a hacerme vendar en la casa del señor juez de paz, prima mía.

—¡Imbécil! ¡Yo te prohibo ir allá!

—Perdón, prima mía, el señor juez me lo ha recomendado, y usted sabe que hay que someterse a la autoridad. El me ha recomendado ir para hacerme vendar en su casa en la primera ocasión.

—¡Serpiente! ¡Víbora! ¡Yo te prohibo ir allá!

Carlos no respondió y salió, dejando a su prima estupefacta de tanta audacia.

* * *

“¡Claro que irá!” —exclamó ella al cabo de algunos instantes después de haber entrado en su cuarto—. “¡El es lo suficiente malo para hacerlo! ¡Qué maldición que es este niño! ¡Qué serpiente yo he recalentado en mi seno! ¡Tunante! ¡Asesino! ¡Y justamente yo le he golpeado tanto que he tenido dolor de brazo! ¡El debe tener fuertes marcas! ¡Con esto que ayer yo no lo había tratado con consideración, y que debe quedar algo de ello! ¡Dios mío! ¡El señor juez! ¿Qué va a decir? ¡El que no estaba muy contento ayer! ¡El me ha dicho cosas que yo no esperaba de él, que yo no le perdonaré jamás! ¿Y cómo ha sabido él que este pequeño cretino de Carlos tenía dinero puesto a mi cargo por su padre? Yo había jurado por mis grandes dioses que esto era una invención infernal, una calumnia atroz, pero él no había tenido el aspecto de creérmelo. ¡Ojalá que él no vaya a hablarle de esto! De veras que bien me cuesta de cien a ciento veinte francos por año. Pero yo me aprovecho del resto; eso es una compensación de las molestias que me da este muchacho que yo detesto.”

No fue sino al cabo de algunos minutos que ella tuvo el pensamiento de correr tras Carlos para impedir de viva fuerza su visita a la casa del juez de paz. Pero era muy tarde; cuando ella bajó, Carlos ya no estaba allí.

* * *

—¿Dónde está? ¿Dónde está ese bandido, ese asesino?

Betty le dijo:

—¿Cuál bandido, señora, cuál asesino? Yo no he visto nada que se le parezca. Y la señora Mac'Miche continúa fuera de sí.

—¡Está aquí; él debe estar aquí!

Y Betty grita, abriendo la puerta de la calle:

—¡Al ladrón! ¡Al asesino! ¡Socorro! ¡Degüellan a mi señora!

Muchas cabezas se dejan ver en las puertas y en las ventanas. Betty continúa con sus gritos a pesar de los de la señora Mac'Miche que le ordenaba callarse. Betty se reía en sus adentros, porque ella había comprendido bien que el ladrón, el asesino, era Carlos.

* * *

Algunos vecinos llegaron, pero en lugar de ladrones y asesinos ellos encontraron a Betty ocupada con la señora Mac'Miche que agonizaba con sus tonterías y que buscaba de tanto en tanto a dar una cachetada o un arañazo, que Betty esquivaba rápidamente.

Los vecinos se reían y mascullaban a la vez por haber sido importunados sin necesidad.

El carnicero, que había tomado partido con Betty dijo:

—¡Ah! ¡Así! ¿Ya terminó señora Mac'Miche? ¡Ya basta de gritar! ¡No se escucha otra cosa de parte de usted! ¡Esto es fatigoso, palabra de honor! Mis becerros no mughen así de fuerte cuando se entran al matadero. ¿Hará falta que alguien vaya ya a buscar al señor el juez de paz?

Betty escondió su cara dentro de su delantal para reír a sus anchas.

La señora Mac'Miche le lanzó una mirada furiosa al carnicero y se retiró sin añadir una palabra. En las circunstancias difíciles en que ella se encontraba, la amenaza de hacer que interviniese el juez de paz golpeó de cerca a su cólera y la deja bastante inquieta de lo que habría de llegar tras la visita de Carlos al juez.

* * *

Mientras ella esperaba, mientras que tenía miedo y se estremecía al menor ruido, Carlos había corrido a Juliette, a quien hizo, como en la víspera el relato de lo que había ocurrido.

—Y bien, Juliette, ¿qué me aconsejas tú ahora? ¿Es necesario siempre que yo me deje golpear por esta mujer sin corazón, que no es desarmada ni por mi paciencia ni por mi docilidad ni por mi valor para soportar sin quejarme los golpes con que ella me agobia?

Y Juliette le responde emocionada:

—No, Carlos, no. ¡Es demasiado! ¡Realmente es demasiado! Tú puedes, tú debes evitar estas correcciones injustas y crueles.

Carlos le dice con presteza:

—Pero a menos que la golpee, a menos que le resista por la violencia, ¿cómo puedo yo defenderme? Ella no tiene corazón; nada le conmueve. Y yo no consentiré jamás a rogarle, a suplicarle, a acariciarla! ¡No, no, eso sería una bajeza! ¡Jamás haré yo algo parecido!

Y Juliette le responde afectuosamente:

—Veamos, Carlos, no aparento empujarte a hacer venganza, pero no te aconsejaría nada malo, espero. Yo no puedo alentarte a golpearla, como tú dices. Trata de encontrar medios inocentes como el asunto de las viseras; tú tienes invención y Betty te ayudará.

* * *

En eso entra Marianne y pregunta:

—¿De qué se trata? ¿Por qué casualidad estás tú aquí en la mañana?

Carlos le pone a Marianne al corriente de los acontecimientos:

—Lo que me deja desolado, —añade él—, es deberle el pan que yo como, la ropa que yo llevo, la cama sobre el cual yo duermo.

Y Marianne le dice:

—Tú no le debes nada de nada. Es ella que te debe a ti. Yo tengo la casi certeza de que tu padre había puesto en sus manos cincuenta mil francos que le quedaban y que son tuyos después de la muerte de tu padre.

Carlos brincó de sobre su silla:

—¡Cincuenta mil francos! ¡Yo tengo cincuenta mil francos! Pero, no; ¡esto no es posible! ¡Ella siempre me dice que yo soy un mendigo!

—Porque ella te roba tus recursos. Pero quédate tranquilo, será obligatorio que ella te lo entregue un día. Yo no lo he descubierto sino hace poco, y he hablado al juez de paz, rogándole de tener el ojo sobre mi prima con relación a ti. Además, mi primo, tu padre, me ha dicho algo más de una vez durante su última enfermedad, pero vagamente, porque tu prima Mac'Miche estaba siempre allí. En fin, yo he encontrado en estos días, al registrar un viejo portafolio de tu padre que me dio cuando él ya estaba bien mal y que había guardado en recuerdo de él sin pensar que pudiera contener nada importante. Yo he encontrado el recibo de cincuenta mil francos. Este recibo está escrito por mano de tu prima, y yo lo conservo cuidadosamente.

—¡Oh Marianne, dámelo rápidamente, para que vaya a pedirle mi plata a mi prima!

—No, yo no te lo daré, porque ella lo arrancarí de sus manos y lo haría pedazos, y tú no tendrías más pruebas. Además, porque tú eres demasiado joven para tener tu capital. Es necesario que esperes hasta los dieciocho años. Será el señor juez de paz quien hará que te la dé.

Juliette le dice:

—Y además, ¿qué necesidad tienes tú de plata al presente? ¿Qué vas ha hacer?

* * *

Carlos le responde rápidamente:

—¿Lo que haré? ¡Yo pagaré de inmediato todo lo que ustedes deben, para que podáis vivir sin privaciones, y que tú no estés siempre sola como estás desde hace tres años, pobre Juliette!

Y Juliette le responde conmovida:

—Mi buen Carlos, yo te agradezco por tu buena voluntad para nosotras; pero yo no soy desdichada. Yo no me aburro; tú vienes a menudo a verme. Nosotros conversamos, nosotros nos reímos juntos, y como yo tejo, estoy contenta de ganar algún dinero para nuestra casa. Y cuando yo me canso de tejer, yo pienso, reflexiono.

—¿En qué piensas?

—Yo pienso en el buen Dios que me ha hecho la gracia de que yo sea ciega. . .

—¿La gracia? ¿Tú llamas “gracia” a esta desgracia que hace temblar a los más

valientes?

—Sí Carlos, una gracia. Si yo viera, yo sería quizás despistada, ligera, coqueta. Dicen que yo soy bonita; yo sería vanidosa; yo quisiera hacerme ver, hacerme admirar. El trabajo me aburriría. No obedecería a Marianne como lo hago. No te amaría como te amo. No tendría el consuelo de pensar en el futuro que me prepara el buen Dios después de mi muerte y que cada hora de la jornada podría hacerme ganar soportando con dulzura y paciencia las privaciones impuestas a los pobres ciegos.

—¿Tú ves bien que tienes privaciones?

—¡Ciertamente! Grandes y continuas, pero las amo porque ellas me aprovechan para estar más cerca del buen Dios. Así yo puedo ver a mi querida Marianne que hace tanto por mí. Yo puedo verte a ti, mi buen Carlos que me das testimonio de tanta confianza y amistad. . . Yo he perdido la vista tan joven, que tengo un muy vago recuerdo de ella, de ti, de todo lo que los ojos ven. Pero yo espero. . . Yo me resigno.

—¡Oh Juliette! ¡Juliette! —exclama Carlos sollozando y arrojándose a su cuello—. ¡Oh Juliette! ¡Si yo pudiera devolverte la vista! ¡Pobre, pobre Juliette!

* * *

Juliette secó una lágrima que dejaron escapar sus ojos privados de luz, y escuchando los sollozos de su hermana que se juntan a los de Carlos le llama:

—¡Marianne! ¡Mi hermana, no llores! ¡Tú me haces la vida tan dulce, tan buena! Si tú supieras cuán feliz soy como si viera!

Marianne se acerca a Juliette, a quien aprieta contra su corazón y le dice:

—¡Juliette, yo te amo! Yo no puedo hacer gran cosa por ti, pero lo que hago es con felicidad, con amor, como si lo hiciera por una hija, por un hijo. ¡Tú eres todo para mí en este mundo, todo! Yo jamás te abandonaré. Yo ruego a Dios que me permita sobrevivirte para que yo pueda endulzar las miserias de tu vida hasta tu último suspiro.

Carlos no dijo nada más. El lloraba en silencio y reflexionaba. Todos los buenos sentimientos de su corazón se despertaron en él, y comparaba sus arrebatos, sus deseos de venganza, su orgullo con la dulzura, la caridad, la humildad de Juliette. Y secándose sus lágrimas le dijo a Juliette:

—Juliette, yo quiero llegar a ser bueno como tú. Tú me ayudarás, ¿no es cierto? Yo quiero volver a intentarlo; yo trataré de imitarte. . . previsto que esta mala mujer no me fuerce a volver a ser malo como ella.

Y Juliette le dice:

—Pide al buen Dios que venga en tu ayuda, mi pobre Carlos. El te escuchará. ¡Hasta la vista, mi amigo!

—Hasta la vista, Juliette; hasta la vista, Marianne. Es más del medio día, supongo. Carlos salió todo emocionado y formándose excelentes resoluciones.

CAPITULO VII

ACUDIENDO A LAS HADAS

Carlos volvió. . . Después de haber dejado el ambiente dulce y apacible de sus jóvenes primas, él volvió a aquel tan diferente de la señora Mac'Miche. Betty le recibió con una expresión asustada. Le dice:

—¡Rápido, rápido, Carlitos, tu prima te busca, te espera! Yo le escucho ir, venir, abrir su ventana. ¡Sube rápidamente!

Carlos suspira y sube lentamente, con los ojos y la cabeza bajos. Bien decidido a contenerse y a no dejarse llevar. En lo alto de la escalera le esperaba la señora Mac'Miche, con los ojos brillantes de cólera. Pero cuando Carlos levantó la cabeza, y cuando ella vio la huella de sus lágrimas, su fisonomía expresó un gozo feroz, y en lugar de regañarle y de golpearle, ella se limitó a empujarlo rudamente diciéndole:

—Date prisa, pues; tú avanzas como una tortuga. ¡Ah, ah, el señor tiene por fin los ojos rojos! ¡Tú no dirás esta vez que no has llorado!

—Me temo, prima mía, de quitarle la satisfacción de haberme visto llorar —respondió Carlos cuyos ojos y tez comenzaron a reanimarse—. Yo he llorado, es verdad, pero no fue por el dolor que me han causado vuestros golpes. ¡Yo he llorado de ternura, de admiración!

La señora Mac'Miche, fuertemente sorprendida le dice:

—¿Por qué?

Carlos sonríe irónicamente, y la señora Mac'Miche le dice picada:

—Yo también me asombro que un diablillo malo como tú pueda tener un buen sentimiento dentro de su corazón.

Carlos le responde con ironía:

—¿Para usted? ¡Oh, prima mía! No será justo de vuestra parte contrariar una ternura que usted no busca y que no tiene razón de existir.

—¡Tú lo has dicho bien! Yo estaría contrariada, descontenta de ver en ti afecto por mí; y yo te prohíbo de tenerla jamás.

—Usted esté segura de que será obedecida, prima mía.

—¡Impertinente!

—¿Cómo? ¿Es impertinente obedecerla?

—¡Cállate! Yo no quiero que hables. Yo no quiero más escuchar tu tonta voz . . . Toma mi libro y siéntate.

* * *

Carlos tomó el libro con una expresión astuta, ligeramente triunfante, y se asienta. La prima le miró y se sorprendió de no percibir ningún síntoma de sufrimiento en el aspecto de Carlos. “¡Esto es singular.” —piensa ella— “Sin embargo yo le he azotado de manera importante.”

—¡Eh, bien! ¡Carlos! ¡Comienza, pues!

Carlos tenía el libro abierto y leía, pero ningún sonido salía de su boca.

La señora Mac'Miche le dice:

—¡Ah, así! ¿Vas a leer, pequeño atrevido? ¿Es necesario que yo continúe la huasca de esta mañana?

Ninguna respuesta. Carlos seguía inmóvil y enmudecido.

La señora Mac'Miche le dice:

—¡Espera, espera; yo te voy a devolver la voz!

* * *

La prima toma la vara que estaba puesta cerca de ella; pero cuando ella se levantó, Carlos hizo lo mismo y corrió a la puerta. La señora Mac'Miche le persiguió y lo atrapó por las posaderas de su pantalón, mientras él daba vuelta a la llave en la chapa, difícil de abrir. La señora Mac'Miche le soltó de inmediato diciendo un “Ah” de sorpresa y se quedó inmóvil. Y ella exclamó:

—¡Pillo! ¡Cretino! ¡Es así que me sorprendes! ¡Es así que te burlas de mí! ¡Ah! ¡Tienes un cartón debajo de tu pantalón! ¡Y yo que me asombraba de verte tan ligero y desenvuelto como si no hubieras recibido más golpes de los que no podías soportar. . . ¡Ah, tú no has recibido nada! ¡Espera que te voy a pagar capital e intereses!

Pero Carlos había logrado a abrir la puerta. El corría ya, y antes de desaparecer le lanzó esta frase fulminante:

—¡Los intereses de mis cincuenta mil francos que han sido depositados en vuestras manos por mi padre! ¡Gracias prima mía! Yo voy a avisarle al juez de paz.

* * *

La señora Mac'Miche se quedó petrificada. La vara que tenía se escapó de sus manos temblorosas. Ella exclamó juntando sus manos en un gesto de desesperación: “¡El lo sabe! El se lo va a decir al juez de paz, quien ya ha escuchado hablar de estos cincuenta mil francos. . . Pero él no tiene ninguna prueba. . . ¡Este Carlos de maldición! ¿Cómo lo ha sabido? ¡Quién ha podido dárselo a conocer! ¡Nadie lo debe saber! Yo lo hice tan en secreto y mi primo estaba ya tan enfermo, que él no le ha podido decir a nadie. El no veía a nadie más que Marianne, y muy raramente. . . Y siempre en mi presencia. ¡Y el recibo! El lo ha quemado, así me ha dicho. ¿Es que Carlos se habrá apoderado de mi llave? ¿Habría él rebuscado entre mis papeles? ¡Si yo lo supiera. . . yo lo encerraía dentro de un sótano del cual yo sola tendría la llave! Nadie más que yo no le llevaría su comida! ¡Y allí él se moriría! Es necesario que yo vea; es necesario que yo me asegure de ello.”

La señora Mac'Miche sacó de un bolsillo ubicado sobre su estómago una llave que abría una caja disimulada por un viejo armario y empotrada en el muro. Con esta llave de una forma extraña y particular ella abrió la caja y sacó una cajita cuya llave se encontraba aparte en un rincón, sobre algunos papeles. Abrió la cajita y encontró todo en orden. Ella contó lo que ella tenía de ingresos, de capitales, y se dijo: “Yo tenía ciento veinte mil francos; al presente tengo doscientos mil, más los cincuenta mil francos de este Carlos, de los cuales el jamás no tendrá un centavo, porque nadie tiene una prueba escrita de este

depósito de su padre, y la plata ha sido después puesta en mi nombre! He aquí, pues, las economías del año. . . en oro, en hermosas piezas de veinte francos.”

Ella contó: “Once mil trescientos cincuenta francos. . . De los cuales he gastado en el año mil ciento cincuenta francos. ¡Es bastante! ¡Bastante demasiado! ¡Este Carlos me ha costado caro! Sin él, yo no tendría más que a Betty. Yo viviría sola. Es más económico y más agradable, por consecuencia. . . ¿Cómo puedo deshacerme de este Carlos? ¿A quién dárselo?

* * *

Mientras ella reflexionaba al manosear y contemplar su oro, Carlos se había ido a reunirse con Betty. Después de haberle contado lo que le había emocionado tanto en la casa de Juliette y las buenas resoluciones que se había hecho, le dijo:

—¿No es desolador, mi buena Betty que mi prima me impida ser bueno? ¡Yo lo quisiera tanto! Yo estoy muy contento de haber podido reprimir mis arrebatos o mis sentimientos de odio y de venganza. Pero no he podido. Con ella es imposible. ¡Ah, si yo pudiera vivir en casa de Juliette, cómo sería diferente, cómo sería dulce y obediente.

Y Betty le dice:

—¿Dulce? ¡Ah, ah! ¿Dulce? ¡Jamás, mi pobre Carlitos! Tú eres un verdadero salpêtre, ¡un torrente! ¡un volcán!

—Es ella quien me ha hecho todo eso, Betty. ¡Ah! Pero una cosa importante que me olvidaba de decirte es que ella ha descubierto que mi pantalon estaba reforzado.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Estamos perdidos! En el futuro, cuando ella quiera golpearte, te arrancará tu pobre pantalón, que ya no tiene nada. ¿Qué hacer? ¿Cómo impedirlo?

—Escucha Betty, no te aflijas. ¡Se me ocurre una buena idea! Tú sabes cómo es de crédula mi prima, cómo cree en las hadas, en las apariciones, en todas clases de cosas de género terrible y maravilloso. . .

—Sí, lo sé; pero, ¿qué quieres hacer de eso? Nosotros no podemos comenzar con la escena del otro día.

—No, de ninguna manera. Pero he aquí mi idea: Nosotros vamos a cortar dos cabezas de diablos en papel negro. Le haremos cuernos y una grande lengua roja. Le haremos una cola. Y tú pegarás estas cabezas sobre mi piel en el lugar que cubren las viseras de mi primo Mac'Miche. Cuando mi prima quiera golpearme, yo le dejaré arrancharme mi pantalón, y tú juzgarás el horror cuando ella vea estas dos cabezas de diablos que parecerán como si la estuvieran mirando.

* * *

Betty, encantada de la invención, se puso a reírse a carcajadas. Ella no tardó en escuchar los pasos pesados de la señora Mac'Miche que, inquieta al escuchar reírse así tan francamente, descendió sin hacer ruido, creyendo sorprender a Betty en falta. Antes que Betty hubiera tenido tiempo para preguntar a Carlos la explicación, la señora Mac'Miche entró y dijo:

—¿De qué se ríen? ¿Por qué Carlos está aquí? ¿Es alguna maldad que prepara este pequeño canalla?

—¡No, prima mía! Puede estar tranquila. Yo me reí porque el juez de paz me ha dicho: “Tú eres un verdadero diablo! ¡Yo apuesto que tú llevas las marcas de serlo!” Y yo le he respondido: “Eso no sería asombroso, porque las hadas, de hecho me han prometido protegerme.” Y el juez ha tenido tanto miedo que me ha puesto en la puerta, gritando que yo podría atraer las hadas a su casa.

Y la señora Mac'Miche le dice asustada:

—No hay nada risible en todo esto. . . ¡Esto es una gran tontería! ¡Esta es una broma muy mala, y yo te ruego no comenzar conmigo. ¡Y toma en cuenta que esto no te traerá nada de bueno! Tú eres tan malo, que las hadas bien podrían hartarse de ti. . .

—Esto sería mejor, porque en cuanto a mí concierne yo me hartaré de usted y os entregaré a las hadas.

* * *

La señora Mac'Miche, temblando, le dijo a Betty:

—¡Betty, Betty! ¿Crees tú realmente que este mal sujeto sea amigo de las hadas?

Y Betty le responde, simulando temblar de miedo ella también:

—¡Señora, señora! Yo creo. . . yo no sé. . . ¡yo tengo miedo! ¡Eso sería terrible! ¡En qué vamos a parar, buen Dios! ¡También, la señora mucho lo ha sacado de quicio! ¡La señora lo ha golpeado mucho! En su desesperación él se habrá vuelto de parte de las hadas.

La señora Mac'Miche dice, temblando:

—Pero él no ha sentido nada, porque yo he descubierto que había reforzado las posaderas de su pantalón con un cartón.

—¡Con cartón! ¿Y donde habrá conseguido cartón? ¿Quién es el que le habrá provisto de ello? La señora, vea: ¡Esta es alguna broma de las hadas!

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Betty, corre rápidamente a la fuente de Fairy-Ring (el Anillo del Hada), para traerme de su agua!

El agua de la fuente, se cree que tiene la virtud de echar fuera las hadas, y de impedirles de hacer mal.

Y continuó:

—Nosotros echaremos de ella por todo lugar; sobre él también, sobre este maldito, cuando venga.

Y Betty partió corriendo.

CAPITULO VIII

BRILLANTE EXITO DE LOS DIABLOS

Para entonces Carlos estaba en casa de Juliette. El entró como un huracán y dijo:

—¡Juliette, Marianne, denme algunos centavos con los cuales pueda comprar un pliego de cartulina negra.

Marianne le pregunta:

—¿Qué quieres hacer con cartulina negra, Carlitos?

—Es para hacer dos cabezas de diablos para asustar a mi prima.

Y Juliette le dijo:

—Carlos, Carlos, ¡otra vez con tus proyectos perversos! ¡Para qué asustarla? Eso está mal.

Y Carlos le dijo, afectuosamente:

—No me riñas antes de saber lo que quiero hacer, Juliette. Mi prima ha descubierto, al agarrarme para golpearme. . .

—¡Otra vez! —exclamó dolorosamente Juliette—.

—Otra vez y siempre, mi buena Juliette. Ella pues ha descubierto que las posaderas de mi pantalón estaban reforzadas. Ella creía que era con cartón. Y ya me ha amenazado con sacarme mi pantalón la primera vez que me golpee. Entonces he imaginado con Betty cortar dos cabezas de diablos con sus lenguas rojas, que Betty me las pegará sobre la piel, para remplazar las viseras. Y cuando mi prima me saque mi pantalón, y vea esos diablos, tendrá un miedo horrible y no osará más tocarme más. Tú ves que esto no es tan malo. . .

Marianne y Juliette se pusieron a reírse de la invención del pobre Carlos. Marianne rebuscó en su bolsillo, sacó de allí cuatro centavos y se los da a Carlos diciéndole:

—¡Este pobre Carlos! ¡Me da compasión, en verdad! Yo no comprendo cómo él soporta con tanto valor su triste situación.

Y Juliette dice:

—¡Pobre muchacho! Sí, él realmente tiene valor. Yo le riño a menudo, pero a menudo también yo admiro su alegría y su buena voluntad de hacer bien.

Y Marianne dijo:

—Es necesario decir que todo esto no dura mucho tiempo. En cinco minutos él pasa de un extremo al otro: Bueno para enternecer, y malo como un diablo.

Y Juliette dice riéndose:

—Sí, pero siempre un buen diablo.

* * *

Carlos compró con dos centavos cartulina negra, con un centavo cartulina roja, y con un centavo algo de cola de pegar. Entró a la cocina por la puerta del jardín, con precaución, mirando alrededor de sí si se percibía la sombra de la cabeza de la señora Mac'Miche, escuchando si se oía su ruidosa respiración. Todo estaba tranquilo. Betty estaba sola y trabajaba cerca de la ventana. Carlos le preguntó en voz baja:

—Betty, ¿está mi prima en su cuarto?

—Sí. Ella ha hecho bastante escándalo: yo te respondo. Allá está tranquila, ahora; ten cuidado que ella no nos escuche.

Carlos respondió con una sonrisa, le hizo ver a Betty su cartulina negra y roja, su cola de pegar, le hizo señal de no tocarlas y desapareció. El no tardó en volver, teniendo en la mano un diablo de papel para hacer sombras chinas. Lo calcó con un pedazo de carbón en el revés blanco del pliego negro, y le rogó a Betty para que lo cortase doblando el pliego para tener dos de golpe. Después trazó sobre el papel rojo una grande lengua que hizo doble por el mismo medio.

Cuando Betty había terminado los cortes él puso un poco de agua caliente en la cola, la extendió sobre el reverso de los diablos y los pegó sobre la piel de Carlos, quien se reía en sus adentros del miedo que tendría su prima. El estaba bien decidido a provocarle, de irritarle hasta que ella cediera al mal instinto que le llevaba a maltratarlo sin cesar.

Betty le recomienda dejar secar bien la cola, no caminar, sobre todo no sentarse hasta que esté bien seco. Carlos pues se queda inmóvil por aproximadamente un cuarto de hora.

* * *

Al cabo de este tiempo, ellos escucharon removerse algo, agitarse algo dentro del cuarto de la señora Mac'Miche. Después ella llamó:

—¡Betty! ¡Betty!

Betty subió, pero lentamente, porque ella temía que los diablos de Carlos no estuviesen aun bien pegados y sobre todo que fallara al dejarles subir sobre la espalda o descender a lo largo de las piernas. Ella le recomendó a Carlos volver su espalda al fuego y de acercarse todo lo que fuera posible.

—¿La señora me solicita? —dice Betty entreabriendo la puerta—.

Y la señora Mac'Miche le responde:

—Ciertamente, por eso yo te llamo.

Betty escuchó las órdenes de la señora Mac'Miche, a quien miraba, pero no decía nada.

Betty le dijo:

—¿Es que la señora sufre de algo?

—No. . . pero. . . estoy incómoda. . . Estoy inquieta. . . ¿Dónde está Carlos? ¿Ya ha vuelto?

—El está abajo, señora. El ha vuelto hace tiempo.

—Y. . . ¿qué aspecto tiene?

—Un aire alegre y resuelto. Yo creo que nosotras nos hemos equivocado, y que no hay nada en él. . . de las. . . de las. . . En fin, la señora sabe lo que quiero decir.

—Sí, sí, yo comprendo. Vale más, en efecto, no hablar más de. . . de. . . de ya tú sabes.

—La señora tiene razón. ¿La señora solicita otra cosa?

—No. . . sí. . . es que me aburro, y quisiera tener a Carlos para que él escriba una carta que yo le voy a dictar.

- Yo le voy a enviar a la señora.
 —¿Estás segura que no hay peligro, que él tiene una cara. . . ordinaria?
 —Para eso, sí, señora, como de costumbre. . . La señora lo sabe.
 —Sí, una cara tonta, mala, detestable. . . Envíamelo enseguida.

* * *

Antes de partir, Betty sacudió las almohadas del sofá, arregla los taburetes y pone uno debajo de los pies de su señora, secó la mesa, extendió los pliegues de las cortinas, etc. Entonces la señora Mac'Miche le dice:

- ¿Qué haces pues? Vé a buscarme a Carlos; ya te lo he dicho.
 Betty empujó aun algunos muebles y finalmente descendió a la cocina, donde encuentra a Carlos asándose de lo más lindo. Y le dice:
 —¿Está seco, mi pobre Carlitos? Tu prima te solicita para escribir una carta.
 —Seco, seco como un pergamino; yo voy allá. Vamos a tener una escena terrible. Deja la puerta abierta, y si tú me escuchas llorar, llega rápido. Eso significa que ella habrá adivinado la broma y que me golpeará por las buenas.
 Carlos subió y le dijo con un aire poblano:
 —¿Usted me pide para escribir, mi prima? Heme aquí, a sus órdenes.

* * *

La prima le miró con una expresión recelosa, y pensó: “¡Vaya, vaya, cómo es de dulce! ¿No habrá algún truco allí debajo?” Y le dice:

- Escribe, repitiendo en voz alta, y ten cuidado que sea bien limpio y legible.
 Carlos se sienta delante de la mesa, toma una pluma y escucha.
 He aquí lo que dictó la prima: “Señor y querido amigo, yo tengo algunas pequeñas economías para depositar; en realidad muy poca cosa porque mi sobrino me ocasiona un gasto terrible, pero privándome de todo, yo consigo poner algunos centavos aparte. Hágame saber cómo le puedo enviar este dinero; el correo es muy caro. Yo os saludo amigablemente. CELESTE MAC'MICHE.”

* * *

La prima tomó la carta y la firmó, pero antes de doblarla y de cerrarla, quiso releerla. Carlos no le quitó los ojos y sonreía al ver la cara de la señora Mac'Miche que se ponía morada y sus ojos que se inflamaban.

- ¡Miserable! —exclamó—.
 —¿Por qué esto, prima mía? —dijo Carlos ingenuamente—.
 Y la señora Mac'Miche le dijo:
 —¡Cómo, pequeño canalla, te atreves a deformar, cambiar mi pensamiento! ¡Tú te atreves, aun, a repetir esta infame mentira que has inventado esta mañana!
 Y Carlos dijo:
 —Yo no he escrito sino la verdad, prima mía.

—¡La verdad! ¡Escucha, yo te voy a hacer ver lo que vale tu verdad!

Y la señora Mac'Miche se lanzó sobre la vara.

He aquí lo que había escrito Carlos: “Señor y buen amigo, yo tengo mucha plata para depositar; mucha, porque mi sobrino Carlos no me cuesta casi nada. Yo lo privo de todo, y yo consigo poner aparte los intereses casi enteros de cincuenta mil francos que su padre ha depositado en mis manos antes de su muerte en nombre de su hijo, etc. etc.”

* * *

La señora Mac'Miche, acordándose del cartón que había descubierto en la mañana, arrancó los botones que sostenían el pantalón de Carlos. Ella iba a comenzar su ejecución cuando observó los diablos que le mostraban los cuernos y que le sacaban la lengua. Al mismo tiempo ella vio el humo que se elevaba y rodeaba a Carlos, y se sintió sofocada por un fuerte olor a azufre.

Los brazos tendidos, los ojos sobresaltados, los pelos erizados, se quedó un instante inmóvil. Después lanzó un grito que parecía un rugido antes que un grito humano, y se cayó sobre tierra todo lo largo que era.

Ese grito espantoso atrajo a Betty que se quedó atónita ante el espectáculo que se ofrecía a su vista: La señora Mac'Miche extendida sobre el suelo, teniendo aun la vara con la que quería golpear al desventurado de Carlos; y a éste, de espaldas a la puerta, sin haber aun vuelto a atar su pantalón ni cerrar su camisa, inclinado sobre su prima, a quien intentaba despertar. Pero cada vez que ella se sentía tocada por Carlos, ella se rodaba lanzando gritos. Carlos la perseguía, y ella se rodaba para escaparse de él, y él siguiéndola para socorrerla y presentando siempre a Betty los diablos que habían tenido tan brillante éxito.

Betty logró por fin aproximarse a la señora Mac'Miche y a decir a la oreja de Carlos:

—Vete, desaparecete. Yo arreglaré esto.

* * *

Carlos no esperó que le dijeran dos veces y se escapó sosteniendo a dos manos su pantalón que volvió a abotonar rápidamente. El puso de nuevo sobre la chimenea la caja de fósforos, disminuida en seis, que él había diestramente hecho estallar en el mismo momento cuando la señora Mac'Miche le desvestía y que habían tan felizmente contribuido a aumentar el pavor de la prima.

—¿Qué le ha sucedido a la señora?

Exclamó hipócritamente Betty, que había comprendido toda la escena y que se esforzaba por disimular la risa. Y continuó:

—¿La señora había estado sola? Yo creía que estaba con Carlos.

La señora Mac'Miche le dijo:

—¡Persíguelo! ¡Persíguelo! ¡El está poseído! ¡El juez tenía razón! ¡Yo no quiero que me toque! ¡Persíguelo!

Y Betty dijo:

—Pero la señora acusa a Carlos sin razón. El no está aquí. El no ha estado aquí.

La señora Mac'Miche le dijo:

—¡Sí está aquí! ¡Yo estoy segura que está aquí! ¡Son sus hadas las que le esconden! ¡Búscale! ¡Persíguele!

—¡Dios mío! La señora me hace tener miedo. Aquí no hay ni Carlos ni hadas.

—¡Se desvaneció! ¡Se desvaneció! ¡El diablo está en su pantalón! ¡Dos diablos!

Y Betty le dijo:

—¡Oh, señora! Los diablos no tendrían tan mal gusto como para alojarse en semejante lugar! Esa les resultaría una morada no muy limpia, con todo que el pantalón de este pobre Carlos está tan viejo y en tan mal estado. . .

—¡Yo te digo que los he visto; los he visto con mis propios ojos! Me han mostrado los cuernos y me han sacado la lengua, y Carlos estaba todo envuelto en fuego y rodeado de humo.

—¡Es por eso que se siente un raro aroma en el cuarto de la señora!

—¡Eso es lo que creo! ¡Se siente el azufre! El perfume favorito de las hadas y del diablo.

Y Betty dijo:

—¡Ah, Dios mío! ¡Entonces es verdad! Pero Carlos, ¿dónde está?

—¡Las hadas lo habrán llevado! ¡El no ha sufrido ningún mal! ¡Está a la vista que ellas no le dejan!

Y Betty dijo:

—¡Oh señora! ¡Es ciertamente terrible! ¡Este pobre muchacho! ¡Mírelo, pues, en sociedad con las hadas! ¡Esta sí que es una mala compañía! ¡Dios sabe lo que le enseñarán! Pero yo creo que yo le escucho en la cocina; yo voy a ver.

* * *

Antes que la señora Mac'Miche haya podido pararse, Betty corrió a la cocina para prevenir a Carlos de lo que acababa de pasar, para explicarle el rol que debería jugar y para decirle que no desmintiera cuando ella había sostenido ante la señora Mac'Miche que no habían ni hadas ni diablos impregnados sobre su piel. Ella volvió a subir, llevando a Carlos de la mano.

La señora Mac'Miche lanzó un grito de pavor.

Betty le dice:

—La señora no tiene necesidad de tener miedo. Todo esto es alguna cosa que ha pasado delante de los ojos de la señora. Que la señora le mire; no hay nada de nada, ni fuego ni humo.

La señora Mac'Miche dice con terror:

—¡Sí! ¡Pero los diablos! ¡Los diablos!

Betty le dice hipócritamente:

—No hay nada de nada; no más diablos de los que hay sobre mi mano. Que la señora misma lo vea. ¡Bájate el pantalón, mi niño! No tengas temor; es para confirmar lo que digo a tu pobre prima.

Carlos obedece y se da la vuelta hacia su prima en el momento en que Betty decía:

—¡Vea, señora! No hay nada más que algunas marcas de golpes ya viejas.

La señora Mac'Miche miró, lanzó un nuevo grito de terror, y con un gesto desesperado le indicó a Betty que hiciera salir a Carlos. Betty obedeció y se quedó abajo, donde ella dio curso libre a su alegría. Carlos también se reía de buen corazón el triunfo del éxito de su estratagema. ¡El había hecho mejor todavía!

El traidor había tomado la carta dictada, firmada por la señora Mac'Miche y el sobre preparado con anterioridad. El se había enterado también de la dirección del amigo de la señora Mac'Miche, que él había ignorado hasta ese momento.

Betty se reía y se ocupaba de la cena, mientras Carlos doblaba, cerraba la carta y completaba así la broma que acababa de hacer a su prima.

* * *

Cuando la cena estuvo lista, la señora Mac'Miche rehusó bajar, de miedo de encontrarse en presencia de Carlos a quien ella creía siempre en pacto con las hadas. Betty tuvo que esforzarse mucho para asegurarle y persuadirle que ella no debería tener nada que temer de Carlos, de no tocarle más y de no dejarse tocar por él.

Este último razonamiento convenció a la señora Mac'Miche. Cuando ella entró, se apresuró de arrojar algunas gotas de agua de la fuente del Anillo de las Hadas sobre ella misma, y al sentarse a la mesa, ella lanzó una fuerte dosis a la cara de Carlos, que no se esperaba esta aspersión, y fue enceguecido. El hizo un movimiento involuntario acompañado de un "Ah", bien acentuado.

Y la señora Mac'Miche le dijo:

—¿Tú ves, tú ves, Betty, el efecto del agua de la fuente sobre este protegido de las hadas?

Y Carlos le dijo:

—¡Pero usted me la había lanzado a los ojos, prima mía! ¿Cómo quiere usted que yo haya reprimido un primer movimiento de sorpresa?

Y Betty dijo:

—¡Mi Dios, sí! ¡No es el agua de las hadas lo que le ha hecho estremecerse, sino el agua en los ojos!

* * *

La señora Mac'Miche no dijo nada. Ella se sentó a la mesa y comió silenciosamente, teniendo mucho cuidado de no dejar que Carlos tocara alguno de los objetos de los que ella hacía uso. Después de la cena ella examinó la fisonomía de Carlos; no percibió nada sospechoso, sino una violenta gana de reír que él reprimía difícilmente.

La señora Mac'Miche le dijo:

—¿De qué te ríes, pequeño Satanás?

Y Carlos respondió:

—Del pavor que yo le inspiro, prima mía. Usted acaba de mirarme con un aire aterrorizado que yo no le había visto antes.

Y la señora Mac'Miche le dijo:

—Si yo hubiera sabido a tiempo hacer sociedad con un amigo de las hadas, tú me

hubieras visto mirarte también todas las veces que yo te vería.

—Pero yo no comprendo, prima mía por qué usted me cuenta en medio de los camaradas de las hadas. Yo me temo que no sería usted la que gozaría del favor de ellas, porque usted ve cosas que Betty no ve.

La señora Mac'Miche se sale de sus casillas y le dice:

—¡Cállate! ¡Cállate! ¡Horror! ¡Yo, amiga de las hadas! ¡Y tú te atreves a decir semejante blasfemia! ¡Ah, si yo no temiera tocarte, tú me lo pagarías caro!

Y Carlos dijo:

—Yo estoy muy agradecido a vuestras amigas las hadas del terror que ellos le inspiran a usted.

Y la señora Mac'Miche llama:

—¡Betty! ¡Betty! ¡Quítalo! ¡Mételo donde quieras! ¡Yo no quiero verle más ni escucharle!

La señora Mac'Miche subió a su cuarto, tomó su chale, su sombrero y salió amenazándole a Carlos con el puño. Y éste aquí estaba encantado del buen servicio que le habían prestado sus diablos de papel.

CAPITULO IX VENGANZA DE LA MAC'MICHE

En lugar de ir a hacerle la lectura a su prima, Carlos se encontraba libre. El aprovechó su ocio para ayudar a Betty a quitar los cubiertos, a lavar la vajilla, a restregar las cacerolas. Betty quiso en vano impedirle de hacerlo, pero Carlos le dijo:

—Deja, deja, Betty, yo no encuentro a menudo la ocasión de hacerte algunos pequeños servicios. Yo me exalto con esta satisfacción. Yo te amo y jamás te lo puedo probar.

—Yo también te amo, mi pobre Carlitos, aunque tú eres un poco diablo a veces.

—¡Oh! Pero nunca contigo, Betty.

—Conmigo, jamás. ¿Y qué vas a hacer cuando hayamos terminado? Yo tengo que acomodar mi ropa interior.

—Y yo iré a la casa de Juliette; yo les ayudaré allá abajo en su trabajo doméstico. Yo siempre encuentro algo que hacer.

* * *

Carlos continuó su trabajo, que nunca deja sin acabar. Cuando todo fue limpiado, arreglado y puesto en orden, él abrazó a Betty y corrió a la casa de Juliette. Ella lloraba. Carlos le tomó de las manos y las besó diciéndole:

—Juliette, mi buena Juliette, ¿qué tienes? ¿Por qué lloras?

—¡Oh, Carlos, Carlos! Acabo de ver a mi prima Mac'Miche; ¡yo tengo una gran pena!

—¡La malvada! ¡La miserable! ¿Qué te ha dicho? ¿Qué ha hecho? Dime rápido, Juliette, que yo procuraré vengarte.

Y Juliette le dijo:

—¡Desgraciadamente, mi pobre Carlos, si yo tengo pena es con relación a ti. Mi prima me ha dicho que desde esta noche ella va a meterte con los hermanos Old Nick, estos dos señores recientemente establecidos a media hora de la villa, en Fairy's Hall (el Vestíbulo de las Hadas), donde toman a los niños rechazados por sus padres, o bien a los pobres abandonados. Estos dos hermanos tienen una especie de institución particular donde los niños, como dicen, son tratados tan terriblemente. . .

—¿Cómo? ¿Me van a encerrar allá en esas viejas ruinas del viejo castillo a donde vuelven, como dicen, los espíritus? ¿Me van a encerrar y yo no te veré más, Juliette, que eres mi providencia? ¿Tú, que haces junto a mí el oficio de mi angel guardián? ¿Tú, que has conservado en mí lo poco de bueno que yo tenía?

—Sí, mi amigo, sí. Ella te meterá allá abajo, y yo no te escucharé más, yo no podré más aconsejarte, consolarte, hacerte bien, calmarte, endulzarte y darte testimonio de la amistad que yo tengo para ti. ¡Oh, Carlos! Si tú eres desdichado, yo también soy desdichada. Tú y Marianne, sois los únicos que yo escucho con placer cerca de mí, con

quienes yo no me incomodo para pedir un servicio, para decir mi pensamiento, a quienes yo espero con impaciencia y que veo partir con pena.

* * *

Juliette lloró más fuerte. Carlos se arrojó a su cuello, abrazándola, refunfuñando contra su prima, y reasegurando a Juliette:

—No te aflijas, Juliette; no te aflijas. Yo no me quedaré allí; yo te prometo que yo no me quedaré allí. Si la vieja harpía me hace entrar allí hoy día, antes de quince días yo estaré cerca de ti; yo te cuidaré como antes; yo te lo prometo.

—Es imposible, mi pobre Carlos. Una vez que tú estés allá, será mejor que tú te quedes allí.

—Yo haré que me boten; tú verás.

—¿Cómo lo harás? No irás a cometer alguna mala acción. . .

—No, no, solamente trucos. . . Pero antes de dejarme meter en el cofre, yo le voy a jugar una pasada a mi prima, una buenaza de la cual ella no se va a recuperar.

—¡Carlos! —exclama Juliette asustada—; yo te lo prohíbo. . .

Y añade:

—Yo te ruego dulcemente y tristemente.

—Pero, mi buena Juliette, yo no quiero ni golpearla ni matarla; yo sólo quiero escribir al señor Blackday (el señor Día Negro), quien se encarga de sus asuntos, para suplicarle venir a mi socorro, a defenderme contra mi prima y de librarme de su tutela, a fin de que yo me pueda alojar en cualquier otro lugar que en su casa. No hay nada de malo en esto, ¿no es cierto?

—No, mi amigo, ninguno, y harás bien en escribirle a ese señor.

—Ya que lo apruebas, yo voy a escribir inmediatamente.

—Sí, ponte a la mesa de mi hermana; en el cajón a la derecha encontrarás lo que se necesita para escribir. Yo no te perturbaré; yo tejeré.

* * *

Carlos se sentó a la mesa y se puso a la obra. El escribió largo tiempo. Cuando hubo terminado lanzó un suspiro de satisfacción:

—¡Está hecho! ¿Quieres que te lea mi carta, Juliette?

—Ciertamente, yo estaré encantada de escucharla.

Y Carlos lee:

“Señor, yo no le conozco a usted en absoluto, y yo creo que usted me conoce mucho y mal por mi prima Mac’Miche. Yo soy tan desdichado con ella que no lo puedo resistir más. Ella me golpea de tal modo, a pesar de todas mis invenciones para sentir menos sus golpes, que tengo sin cesar heridas sobre el cuerpo. Betty la sirvienta, y Marianne y Juliette Daikins, mis primas, certificarán que yo digo la verdad. Yo quisiera ser bueno, y eso me es imposible con mi prima Mac’Miche. He aquí que ella quiere encerrarme en el castillo de los señores Old Nick, donde no reciben sino a los canallas. Además, ella me dice siempre que yo soy un mendigo, pero yo sé que ella tiene cincuenta mil francos que me pertenecen,

porque es mi padre quien los ha depositado en sus manos. Usted no tiene más que hablar de ello con el señor el juez de paz. El le dirá cómo lo sabe. Yo le ruego, mi buen señor, hágame cambiar de casa, ubíqueme con mis primas Daikins que son tan buenas para mí, que me dan tan buenos consejos y que buscan convertirme en sabio. Al lado de ellas yo podré llegar a ser algo; al lado de mi prima Mac'Miche jamás.

“Adiós, señor; tenga compasión de mí, porque soy vuestro reconocido servidor,
CARLOS MAC'LANCE.”

* * *

Juliette le dijo:

—¡Está bien! Solamente que antes de pedir venir a vivir al lado de nosotras tú debes hablar de eso a mi hermana. Yo no sé si ella querrá encargarse de tu educación.

—¿Y tú, Juliette, quisieras dejarme vivir contigo?

—¡Oh! ¡Yo, tú sabes bien que yo estaré encantada! Yo te haré orar al buen Dios conmigo; tú me leerás buenos libros. Tú me conducirás a la misa, después a los pobres. ¡Yo estaré muy dichosa!

—Entonces bien, Juliette, si tú lo quieres, tú le pedirás a Marianne que tanto te ama y que no te lo negará. Tú se lo pedirás, ¿no es así?

—Pero, mi pobre Carlos, nosotros no sabemos si ese señor te escuchará y si hará lo que le pides. Esperemos a que te responda.

—¡A propósito, yo me estaba olvidando de darle mi dirección en tu casa!

Carlos añade al pie de su carta: “Calle del Bálsamo Tranquilo No 3, con las señoritas Daikins.”

Y dice:

—Eso hará que cuando llegue la respuesta, Marianne la abrirá, te la leerá y me la entregará cuando yo venga. Yo voy a ir a llevar mi carta al correo con estas de mi prima; están en mi bolsillo.

* * *

Carlos puso las cartas en el correo y antes de volver a la casa de Juliette, pasó por la casa para contarle a Betty lo que acababa de enterarse acerca de las malas intenciones de la señora Mac'Miche.

La señora Mac'Miche no había vuelto. Al salir de la casa de Juliette había estado con el señor Old Nick y le había propuesto tomar a Carlos en la pensión. Old Nick preguntó con un tono huraño:

—¿Tiene padre y madre?

La señora Mac'Miche respondió:

—Ni padre ni madre, ni tío, ni tía. Yo soy su única pariente y es por eso que lo he tomado conmigo y que dispongo de él sin que nadie tenga que meterse. Es un niño insoportable, odioso, que tiene todos los vicios, lo que no es de sorprenderse porque. . . yo creo. . . yo sospecho. . . que él es ayudado. . . apoyado por. . .

Y añade hablando muy bajo y mirando alrededor de ella con temor:

—Por. . . las hadas.

Entonces Old Nick le dijo:

—¡Hum! A mí no me gusta eso. . . A mí no me gustaría tener algo que ver con. . . con. . . esas damas. Eso hará aumentar su pensión después de esto que acaba de decir.

—¡Cómo! —exclamó la señora Mac'Miche con pavor—. ¿Aumentar. . . la pensión? Pero yo me equivoco, puede ser. . . Esto no es más que una suposición. . . una idea. . .

Y Old Nick le dijo:

—Idea o no, usted lo ha dicho, mi buena dama. Eso será seiscientos francos en lugar de cuatrocientos.

La señora Mac'Miche quiso en vano probar a Old Nick que no tenía razón de añadir fe a palabras dichas en el aire. El se mantiene firme y rehúsa desembarazarla de Carlos por menos de seis cientos francos. Al fin, ella aceptó suspirando y formando el proyecto de no pagar nada en absoluto. Y le dijo:

—Entonces, ¿quiere usted en tales condiciones, señor Old Nick, encargarse de mi pillo? El es difícil; yo os lo he prevenido. No se llega a la meta si no se lo muele a golpes.

—Esté tranquila, señora; nosotros conocemos esto. Nosotros llegaremos a la meta; yo ya tengo dentro una docena que me han sido confiados para reducirlos. Ellos no resisten más, yo le doy cuenta de ello. Nosotros le devolveremos el vuestro dócil como un corderito.

—Yo no quiero que me lo devuelva; cuídelo mientras viva. Yo no me hago cargo de ello.

Y Old Nick le dijo:

—Entonces convenimos que yo haré lo que quiera, que nadie le vendrá a visitar, y su pensión será pagada regularmente cada tres meses, y siempre por adelantado, sin lo cual yo no lo guardo ni un día. . . A mí no me gusta, añade Old Nick rascándose la oreja, que se sospeche de él de estar en pacto con. . . las damas.

En Escocia se nombra a las hadas lo menos posible, por miedo de atraerlas. Cuando se habla de ellas, dicen “the ladies”, es decir, “las damas”.

Y añadió:

—Pero como él paga docientos francos más. . . yo le tomo de todas maneras. ¿Cuándo me lo enviará?

Y la señora Mac'Miche responde:

—Mañana por la mañana; o esta tarde, si usted quiere.

—Que sea esta tarde; yo lo espero.

—¡Bien! Está convenido para esta tarde.

La señora Mac'Miche iba a salir, pero Old Nick la retiene y le dice:

—Nosotros no hemos reglamentado el pago de la pensión; tres meses de adelanto, a ser pagados esta tarde cuando traiga al niño.

Y ella responde:

—Está bien, está bien; yo le enviaré eso.

—¿Con el niño?

—Sí, sí, usted ya me lo ha dicho.

Y la señora Mac'Miche, a quien no le gustaba que alguien le hablase de dinero, se alejó precipitadamente.

* * *

Ella entró a su casa en el momento cuando Carlos salía para encontrarse con Juliette, después de haber puesto a Betty al corriente de los proyectos de su prima y de su resolución de detenerla a contrariarles por todos los medios posibles.

La señora Mac'Miche le dice:

—Quédate allá, señor. Betty, haz un paquete con los efectos personales de este pillo y llévale enseguida al señor Old Nick, a Fairy's Hall.

Betty, consternada, no se movió.

La señora Mac'Miche le dice:

—¿No escuchas lo que te digo?

—La señora no tendrá el corazón de poner al pobre Carlos en Old Nick. . . La señora sabe que esta institución es peor que las galeras; allí golpean a los niños que da lástima.

—El irá al señor Old Nick.

—Si Carlos deja la casa, yo no me quedaré ciertamente sin él.

Y la señora Mac'Miche le dijo:

—Tanto mejor, vete de inmediato. Yo quería justamente decirte que buscaras otra ubicación.

* * *

Betty no dijo nada. Ella subió a su cuarto, hizo su pequeña maleta, fue a hacer el paquete de Carlos, al cual ella añade algunos de sus pertenencias como pañuelos, medias, chaquetas tejidas, y descendió teniendo la maleta en una mano y en la otra el pequeño paquete del pobre Carlos. Y le dijo:

—Ven, mi amigo, tú no serás más desdichado ni más apaleado por el malvado Old Nick de lo que lo hayas sido aquí. No hay nada que extrañar de esta casa.

Y Carlos le dice:

—¿No te veré más, Betty?

—¿Quién sabe? Yo voy a procurar de ubicarme con Old Nick. El siempre busca sirvientas. Pueda ser que tenga vacante para mí desde hoy día.

Y Carlos le dice:

—¡Qué dicha, Betty! Yo no seré del todo desdichado, sabiendo que estás tan cerca de mí.

La señora Mac'Miche tomó una escoba para darle su último adiós a Carlos, pero de un salto él ya se había juntado con Betty cuando la escoba se cae y rompe un panel de la puerta. Ellos se escaparon dejando a la señora Mac'Miche gritando y llorando por su panel roto. Ella no quería hacer el gasto de un panel nuevo y tapó la abertura con una hoja de cartulina que ella retuvo con el resto del pegamento de Carlos.

CAPITULO X

NUEVA HAZAÑA DE LOS DIABLOS

Carlos le dice a Betty:

—Betty, déjame dar mi adiós a Marianne y a Juliette antes de entrar a esa institución. Yo no me quedaré allí por mucho tiempo; dentro de pocos días, espero haber vuelto a Juliette.

—¡Y yo pues! ¿Me dejarás con este viejo Old Nick?

—Yo te he advertido, precisamente para que tú no te comprometas por largo tiempo.

—Mejor; yo entraré en prueba, por jornadas.

—Muy bien, y al salir de allá iremos a Juliette.

—Pero tú hablas de salir de allí como si tuvieras certeza de ello. Ellos querrán guardarte una vez que te tengan.

—No hay peligro, ba; yo les haré la vida dura, y como mi prima no pagará, yo no les seré de provecho.

—Siempre el mismo! Tú no sueñas que con hacer bromas.

—Puesto que me obligan siempre a la venganza.

—Juliette te va a predicar, ¡ba! Aquí estamos acabados de llevar; quédate con ella mientras yo me voy a ver en Fairy's Hall si me puedo colocar allí el tiempo que tú estarás allí.

* * *

Betty depositó su maleta y el paquete de Carlos en la casa de las Daikins y partió para arreglar su asunto. Juliette le pregunta a Carlos con tal vivacidad que ella no mostraba de costumbre:

—Y bien, Carlos, ¿qué nuevas?

—Ella te lo había dicho bien: Betty me va a llevar esta tarde a Fairy's Hall.

—¡Pobre, pobre Carlos! Yo esperaba aún que ella no tendría el corazón para hacerlo.

—¡Corazón! Si ella tuviera uno, sí; se podría esperar. Pero dónde está su corazón? En su caja fuerte.

—Y cuando uno mete su corazón con su dinero, la maldición de Dios está dentro de la casa.

—También yo estoy muy cómodo de haber salido de allí. Yo tendré algunos malos días que pasar, yo lo sé; pero después yo estaré contigo. ¿Has visto a Marianne? ¿Le has hablado?

—No, todavía no; pero ella no tardará en volver para cenar. Yo quisiera mucho que tú fueses librado del señor Old Nick dentro de algunos días, como tú dices; pero. . .

—Pero tú no lo crees. Tú verás. Mientras esperas, Juliette, es necesario que vaya a

hacer una visita al juez de paz.

—¿Para hacer qué? El no puede hacer nada por ti.

—Por si acaso, le voy a prevenir de esto que ha hecho mi prima y de la carta que yo he escrito al amigo de mi prima Mac'Miche. Además yo le pediré que me proteja y que me haga vivir con ustedes. Hasta la vista, Juliette.

* * *

Carlos salió y volvió una media hora después. El tenía un aspecto encantado. Dijo:

—Yo he hecho bien de ir allá, Juliette. El señor juez ha sido muy bueno conmigo. El me ha pedido la dirección del amigo de mi prima Mac'Miche. El me ha prometido de venir para ver a Marianne por los cincuenta mil francos de mi padre. El me ha dado, riendo, el permiso para ser enviado de regreso de Fairy's Hall y de venir a vivir contigo, si Marianne quiere permitirlo. Y como yo le dije que ustedes son pobres, él me ha dicho que retirará mi dinero de manos de mi prima y que le confiará a Marianne, que será mi tutora. Yo estaré muy contento de todo esto ¡y de que Marianne sea mi tutora!

Juliette participa de la dicha de Carlos, y los dos hicieron proyectos para el futuro, en los que Carlos debería llevar la vida de un santo. Cuando Betty volvió, él se encontraba dichoso de esta esperanza cercana.

* * *

Betty les dijo:

—Esta tarde yo entro a la institución del viejo Old Nick, con acuerdo de que él no me pague por los días de ensayo que yo pasaré.

Juliette le pregunta:

—¿Cómo te ha parecido la institución, Betty?

—Nada bella, nada buena; es sucia y triste. Los niños tienen un aspecto miserable; los capataces tienen un aspecto malévolo; las domésticas tienen un aspecto desdichado.

Y Carlos pregunta:

—Pero. . . entonces. . . tú, mi buena Betty, ¿tú serás desdichada?

—Ah. . . ¡bah! Algunos días pasarán rápidamente. Y después, yo sabré defenderme. Yo tengo pico y garras, y en tanto que tú estarás allí, yo también estaré.

Juliette le dice:

—Gracias, Betty, gracias por mi pobre Carlos.

Carlos saltó al cuello de Betty y le dijo:

—Y yo también, mi buena, mi querida Betty, yo te agradezco del fondo del corazón. Y cuando yo esté aquí, tú también vendrás, y yo pagaré todo con mi dinero.

Betty respondió:

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Cómo te las arreglas!. Nosotros veremos, nosotros veremos. Mientras esperamos digámosle adiós a Juliette y marchemos a la victoria, porque nosotros llegaremos a la meta, a nosotros dos.

* * *

Marianne entró en el momento cuando Carlos pidió esperarla. El le contó todo lo que acababa de ocurrir, su carta al amigo de su prima Mac'Miche, su visita al juez, su vivo deseo de venir a vivir con ellas, etc.

Marianne escuchó con atención, reflexionó un instante, habló con Juliette que comenzó por llorar. Enseguida ella habló rápidamente y terminó por besar las manos de Marianne y por abrazarla tiernamente.

Marianne dijo:

—Juliette me lo pide; yo quiero mucho tomarte, Carlos, pero con la condición de que si tú atormentas a Juliette, si tú me desobedeces, si tú me encolerizas. . .

Carlos dijo:

—¡Jamás, jamás, Marianne; jamás, yo lo juro! Yo seré tu esclavo; yo haré todo lo que quiera Juliette, yo abrazaré a mi prima Mac'Miche si Juliette me lo ordena. Yo seré dulce, dulce como Juliette.

Betty se ríe y dice:

—¿Quieres callarte, plata viva? ¡Tú hablas demasiado al respecto! La buena voluntad hay, pero también lo de naturaleza. Tú serás tan bueno, , tan obediente, tan dulce que puedas ser; pero tú serás siempre un salpêtre.

Carlos miró con un aire inquieto a Marianne que parecía estremecida, y a Juliette, que parecía descontenta.

Y Juliette dijo:

—Pues Carlos promete, nosotros podemos creerle, Betty. El no ha faltado jamás a su palabra. Además, él será cruel y culpable si se le niega su último asilo. El no tiene familiares, aparte de la señora Mac'Miche, Marianne y yo. Y si nosotros he rehusamos, él estará a la merced del primer advenedizo. ¿No es así Marianne? Responde, Marianne, yo te lo conjuro.

Marianne responde con vacilación:

—Yo creo como tú que es un deber para nosotras. Depende de Carlos de hacerlo agradable o penoso.

Y Carlos dijo:

—Cree en mi palabra, Marianne; tú no tendrás nada que lamentar tu acto de condescendencia hacia Juliette y la caridad hacia mí.

Y Juliette dijo:

—¡Oh, Carlos! ¡Caridad! ¿Por qué dices eso?

Carlos responde emocionado:

—Porque es realmente una caridad que me hacéis. Tú lo sientes bien, aunque no quieras admitirlo, por miedo de herirme. Pero lo que es verdad no me hiere jamás, Juliette; sólo la mentira y la injusticia me irritan.

Marianne dijo:

—Vamos, todo esto es la pura verdad; es magnífico; es emocionante; pero hay que partir para llegar antes de que se acueste el señor Old Nick.

Carlos abrazó afectuosamente a Marianne, muy tiernamente a Juliette, corrió a la puerta y salió sin volver la cabeza por miedo de ver a Juliette llorar por su partida. Ni él ni Betty no dijeron una sola palabra hasta la puerta de Fairy's Hall.

Betty tocó, alguien abrió y ellos atravesaron el umbral de su prisión.

Un hombre de la institución estuvo encargado de conducirlos al conserje. Betty le dirigió algunas preguntas que no obtuvieron ninguna respuesta: El hombre era sordo hasta no poder oír el trueno. El era el campanero de la casa, conserje y azotador.

—Del mundo, señor —dice el hombre sordo al introducir a Betty y a Carlos dentro de la cabina del señor Old Nick—.

Y Old Nick le dice a Betty:

—¿Es usted que entra a mi servicio y que me trae este niño?

—Soy yo, señor, que entra a su institución gratis, en prueba, y que os trae a Carlos Mac'Lance en las mismas condiciones.

—¡Eh, qué! ¿GRATIS? Yo he pedido tres meses pagados por adelantado. ¿Dónde están? Démelos.

—La señora Mac'Miche no me ha dado nada, señor, salvo un pequeño paquete con los efectos de Carlos.

El señor Old Nick le dice secamente:

—Yo no recibo jamás ningún pupilo sin ser pagado por adelantado. Vete, mi niño; no te necesito.

—¿El señor no tiene necesidad de Carlos?

—¡Sin dinero, no!

—Entonces, nosotros nos vamos a volver. Buenas tardes, señor.

Old Nick le dijo rápidamente:

—¡Usted no, usted no! Yo la conservo; tengo necesidad de usted.

—Yo no entraré aquí sin Carlos, señor.

—¿Así? Pero, ¿por qué es que me toma, hija? Yo la he tomado gratis; pero él debe pagar.

—Es la señora Mac'Miche que se atiende de esto; yo no abandono a mi pupilo.

—¡Ah! ¡Es vuestro pupilo! Escuche, yo quisiera guardarle ocho días; pero al cabo de ese tiempo, si yo no soy pagado por el trimestre, yo lo boto a la puerta (ella me habrá siempre servido ocho días por nada; eso pagará más por la alimentación de este niño, se dijo a sí mismo). Tú, vete al estudio, mi niño; y tú vete a la cocina; mi mujer está sola allí; hay que ayudarla.

* * *

Betty condujo a Carlos hasta la puerta que alguien le indicó, y ella misma se fue a buscar la cocina.

Cuando Carlos entró al estudio, todos los ojos se posaron sobre él. El vigilante le miró con un ojo hipócrita y desconfiado. Los niños examinan con sorpresa al recién llegado. Su aire decidido y travieso parecía anunciar acontecimientos desacostumbrados e interesantes.

Esta primera noche no ofreció, sin embargo, ningún episodio extraordinario. Carlos

no tenía deberes que hacer. El se sentó sobre el extremo de un banco y allí se quedó dormido. El fue despertado de sobresalto por un grande gato negro que le dejó señalada la mano de un arañazo. Carlos respondió con un puñetazo que hizo que cayera rodando por tierra este nuevo enemigo del reposo y de la dulzura de Carlos.

El gato se refugió maullando sobre el banco del vigilante. Este allí lanzó al recién venido una mirada fulminante y pareció indeciso entre la paz y la guerra. Después de un instante de reflexión se decidió por una paz. . . provisional.

* * *

Dos días pasaron así apaciblemente para Carlos. El empleaba últimamente su tiempo en hacer reconocimiento de los usos de la institución y con los niños, entre los cuales él observó caracteres diversos. Pronto él había reconocido aquellos, muy numerosos, de los cuales él se podría fiar y aquellos, muy pocos, que le traicionarían en cualquier ocasión. El les interrogó sobre los ruidos que corrían en la villa, de las hadas que encuentran reposo de las noches, de las apariciones de fantasmas, de los hombres de negro, etc.

Todos habían tenido conocimiento de ello, pero jamás nadie había visto ni escuchado nada parecido; lo que no impidió a Carlos de concebir proyectos en los cuales las hadas debían ser la base principal.

Carlos veía a menudo a Betty porque era ella la que ayudaba en la cocina, que arreglaba los cuartos, que barría las salas de estudio, etc. El la tenía al corriente de todo, y Betty debía venir en su ayuda para las diversas bromas que él proyectaba.

* * *

Durante esos dos días, Carlos no había aun trabajado con sus camaradas. Le habían dejado adquirir conocimiento de los estudios y de la disciplina severa de la institución. Había sido testigo que muchos castigos, todos los cuales se reducían al látigo más o menos severamente aplicados.

El no había tenido ningún altercado con los vigilantes, no se había aun encontrado en un reporte de trabajo con ellos. Pero había tenido algunas discusiones con el protegido de los vigilantes, un grande gato negro que parecía haberle tomado odio y que no perdía ninguna ocasión de darle testimonio de ello. Carlos le mostraba con usura sus sentimientos de antipatía y de procederes malévolos. También desde los primeros días de su llegada, él tuvo un encuentro cara a cara con su enemigo en una cabina retirada; los dos se precipitaron el uno sobre el otro. Carlos atrapó un golpe de garra formidable, que retribuyó con un buen puñetazo.

El gato saltó al pecho de Carlos, quien le agarró de la garganta, mantuvo con su rodilla la cabeza y el cuerpo de su antagonista, sacó de su bolsillo un cordel, que amarró a la cola del gato después de haber atado al otro extremo una bola de papel. Después abrió la puerta y lanzó al animal, que desapareció en un abrir y cerrar de ojos, arrastrando tras de sí este papel cuyo ruido y los brincos le causaron un pánico pavoroso. Carlos entró en el estudio cuando el gato se precipitó adentro después de un pupilo que llegó; todos volvieron la cabeza ante este ruido.

El maestro llamó a su favorito, le libró de su instrumento de tortura y paseó una mirada furiosa y escrutadora sobre todos los pupilos. Pero él no pudo descubrir ningún síntoma de culpabilidad sobre sus fisonomías animadas por la curiosidad y por la satisfacción contenida. Todos tenían por qué quejarse de la maldad de este gato, y todos triunfaban con su primera derrota.

* * *

El tutor interrogó a los pupilos y no obtuvo más que respuestas insignificantes. Carlos pareció inocente como los otros. Su primera palabra fue: “¡Pobre animal! ¡Cuán perverso es esto!” El asunto quedó pues en el estado de misterio, y el culpable quedó impune.

Esta fue la primera vez que sucedió semejante cosa. Los pupilos, más listos que el vigilante, olfatearon el saber hacer del recién venido y le concedieron una parte más grande dentro de su estima y su confianza. Era necesario pues que Carlos comenzara a trabajar como los otros.

El tercer día, después de una serie de “ejecuciones” a las cuales asistían los niños como de costumbre, Boxear, el vigilante, dio a entender a Carlos que habría en adelante de asistir a las lecciones y hacer sus deberes como sus camaradas. Carlos estuvo satisfecho de ello. Esto era algo nuevo para él; él tenía el deseo de aprender y escuchaba con una atención sostenida.

* * *

Después de la lección se comienza el estudio. Los pupilos se ubicaron delante de sus pupitres; Carlos aun no tenía uno, y se preguntaba dónde debía trabajar. Boxear le dijo:

—A su pupitre, señor.

—¿Cual, señor?

—El primero vacante.

Carlos observó uno desocupado al lado del vigilante; era el del que lo remplazaba. Carlos se fue a ubicarse allí.

Boxear se volvió hacia él, cruzó sus brazos, le miró con un aire indignado y le dijo:

—¿Has perdido la cabeza, pequeño atrevido? ¿Ese es el lugar de un pupilo, al lado mío, sobre un estrado?

—¡Por favor! ¡Señor, es que yo no sé! ¿Es que yo puedo adivinar? Usted me dice: “El primero vacante”; yo veo este aquí, y lo tomo.

—¡Ah! ¡El señor es un buen hablador! ¡El señor es un razonador! El señor es insubordinado, revolucionario, etc. He aquí como nosotros acabamos con los buenos habladores (y le jala de los pelos); y de los razonadores (y le da de cachetadas); y de los insubordinados (y le da de reglazos); y de los revolucionarios (y le da de latigazos). Vaya, señor, a buscar un pupitre vacante.

* * *

Carlos no había lanzado un grito, ni había dejado escapar un suspiro. Las viseras del primo Mac'Miche, que ocupaban siempre su puesto de preservación, habrían estado por demás dentro de este coraje heroico. El dio una mirada dentro de la sala y fue a tomar lugar junto a un niño de su edad más o menos y que tenía lágrimas en los ojos. “Este de aquí es bueno” —se dijo él—; “él no me traicionará dado el momento.”

El maestro lo examinó con atención, pensando: “El no será fácil de reducir; ni una lágrima, ni una queja! Será necesario, pues, acabar con él.” Y el maestro llamó: “¡Minet!”

El gato negro de aspecto feroz respondió con un maullido enronquecido que más bien parecía un rugido, y saltó sobre la mesa de su amo. Este aquí hizo una grande bola de papel, la hizo ver al gato, que hizo una gran espalda, levantó la cola, enderezó las orejas y siguió con el ojo todos los movimientos de su amo, justo hasta que la bola lanzada fue a caer sobre la cabeza de Carlos. El gato lanzó un segundo maullido ronco, y de un salto fue sobre la cabeza y las espaldas de su enemigo, a quien se pone a morder y a arañar, como siguiendo la bola que rodaba bajo sus garras y sus dientes.

Carlos se defendió lo mejor que pudo, le jaló las patas para romperlas, le apretó el cuello para estrangularlo. El gato se sintió vencido y quiso saltar abajo, pero Carlos no le dio tiempo. El lo empuñó de las patas de atrás, y a pesar de los gritos desesperados del animal, le hizo dar vueltas en el aire y lo lanzó sobre el pupitre del vigilante, que recibió en sus brazos su gato aturdido y casi inanimado.

Los ojos del amo lanzan relámpagos. Descendió de su estrado, se dirigió hacia Carlos, le hizo rudamente avanzar hasta el centro de la sala, le forzó a recostarse a tierra y comenzó a desvestirlo para hacerlo sentir la dureza del látigo que tenía a la mano. Pero a penas le había quitado a Carlos su ropa interior, se volvió hacia atrás apavorido como lo había estado la señora Mac'Miche: Los diablos estaban todavía en su puesto, frescos y amenazantes.

* * *

Carlos adivinó y se levantó triunfante, y dijo:

—Yo soy un protegido de las hadas, de las cuales yo llevo las armas; ¡desdichado el que me toca! ¡Y tres veces desdichado el que me golpea!

Boxear no sabía qué pensar. Por tanto comenzó por volverse atrás. La casualidad quiso que al volver atrás se tropezara sobre un taburete que le hizo caer hacia adelante. El se encontró teniendo el pie torcido y la nariz muy dañada.

Los niños, al ver que él no podía volverse a levantar, dejaron sus bancos, y con el pretexto de llevarlo seguro, le jalaron los brazos, las piernas, la cabeza, haciéndolo caer después de haberlo levantado, y atormentándolo de todas las maneras, siempre al venir en su ayuda.

El hombre gritaba:

—¡Déjenme! ¡No me toquen, pequeños cretinos! ¡Vayan a buscar a alguien para levantarme!

Pero los niños no disminuían sus buenos oficios a pesar los alaridos del herido.

Carlos encontró un medio, entre el tumulto, de deslizarse a la oreja de algunos camaradas el origen de los diablos que les tenían a todos despavoridos. La nueva corrió muy rápidamente dentro de la sala, y Carlos llegó a ser desde ese momento el objeto de su admiración y de sus esperanzas.

CAPITULO XI MALDADES DEL HOMBRE DE NEGRO

Cuando el tumulto fue apaciguado, pues hombres de afuera acudieron, atraídos por la bulla, y el vigilante fue llevado, los niños rodearon a Carlos, le felicitaron por su valor y le suplicaron que se pusiese a la cabeza de ellos para vengarse de los rigores crueles de sus tutores. El se los prometió.

La campana sonó para la cena. Después de haber comido sin saciar su hambre, porque la comida no se componía más que de habas con mantequilla rancia y de ensalada con agua y sal, Carlos experimentó una recreación agradable al hacerse dar nuevos detalles por sus camaradas y en buscar los medios de sacar partido del hombre de negro y de las creencias populares acerca de las hadas y las apariciones dentro de este viejo castillo. El les recomendó procurar hacer llegar a las orejas de tutores historias de fantasmas y fingir terror a fin de dar alguna probabilidad a las bromas que él se preparaba a hacer y para los cuales Betty debía serle de gran utilidad.

Todos juran no traicionarle y se asombran de no haber recibido la visita del señor Old Nick enseguida del accidente que le ocurrió al vigilante. Ellos ignoraban que Boxear tenía un gran terror a las hadas, y que él no se había atrevido hablarle al señor Old Nick nada de lo que debía reportar de su accidente. Ellos quedaron inquietos hasta el final del día, pero nadie les había interrogado ni reñido.

El campanero sordo no había aparecido; era él quien estaba encargado de administrar el látigo a los niños. Al no poder ser atraído por los gritos que él no escuchaba, ni corrompido por las promesas, ni atemorizado por las amenazas, él se abocaba a su ministerio con una dureza y de la misma manera una crueldad que le hacían odiado por los pupilos y apreciado por los tutores, de los cuales él era el primer apoyo.

El día se acabó muy apaciblemente; la hora de acostarse sonó. Carlos había observado la campana que se encontraba entre dos ventanas del dormitorio y que uno podría alcanzarlo muy fácilmente.

* * *

Carlos les dijo a los niños:

—Mañana no nos levantaremos a las cuatro y media.

Uno de los niños le respondió:

—Eso hará buena falta; a las cuatro y media el sordo toca la campana para levantarse.

—El no la tocará mañana.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Ustedes lo sabrán mañana. Duerman, duerman contentos.

Los niños no pudieron arrancar nada de Carlos. Ellos se acuestan llenos de curiosidad y se quedan dormidos muy pronto. Carlos veló mucho tiempo. Cuando él vio a

todo el mundo profundamente dormidos, él se levantó, abrió sin ruido la ventana que daba sobre la campana, desenganchó el badajo, cerró la ventana y fue a esconder el badajo dentro de la ruma de porquerías. Después él se volvió a acostar contento de su expedición y se volvió a dormir como sus camaradas.

Al día siguiente, a cuatro horas y media menos un minuto, el campanero estaba en su puesto. El tomó la cuerda, la jaló en cadencia, como lo hacía habitualmente y la vuelve a colgar, sin dudar que no había producido ningún sonido.

Las cinco, las seis sonaron; pero todo dormía en Fairy's Hall. El campanero se asombró finalmente de esta calma inacostumbrada. El subió al dormitorio, y todo el mundo dormía. Entre los vigilantes, el mismo silencio. En el dormitorio del señor Old Nick, un ojo inquisitivo entreabierto le da al campanero la audacia de preguntar por qué no se encontraba a nadie levantado a las seis.

* * *

—¡Las seis, maldita sea! —exclamó el señor Old Nick saltando abajo de su cama—. ¡Las seis! ¿Y tú no has tocado todavía?

El campanero no entendía, pero comprendió que el amo esta descontento. El respondió al azar:

—No es mi falta; yo he tocado como de costumbre, con toda exactitud, y nadie se ha levantado.

El señor Old Nick hizo comprender por señas que él iba a ser castigado por no haber tocado. El campanero tuvo a bien protestar por su inocencia y exactitud. El señor Old Nick le hizo comprender que él habría de pagar una multa de dos francos, una suma considerable para el campanero que no ganaba más que sesenta francos al año.

Carlos se había despertado a las cuatro y media al ruido leve que había hecho el campanero al descolgar y colgar la cuerda. El se ubicó en la ventana y después que el campanero había entrado en su camerino, él volvió a amarrar el badajo, de modo que cuando el señor Old Nick subió a examinar la campana, la encontró en buen estado y él mismo la hizo sonar, a fuerza de brazos para despertar a los dormilones.

* * *

Los pupilos estaban encantados de sentirse reposados y de darse cuenta de que habían dormido hasta las seis. Y los vigilantes, fingiendo un grande descontento de esta hora y media perdida para el trabajo, se regocijaban de ello interiormente y se sintieron más dispuestos a la indulgencia. Cuando se reunieron y el señor Old Nick interrogó a los tutores y a los pupilos, nadie le pudo decir nada acerca del retardo de la campana.. Sólo Carlos dijo que él había visto un hombre de negro atravesar el dormitorio y desaparecer por la ventana.

El señor Old Nick dijo:

—¡Ah! ¡Ah! ¡Este es un indicio! Este hombre de negro, ¿qué talla tenía? ¿No habrá sido uno de tus camaradas?

Carlos respondió:

—¡Oh, señor! El era enorme; yo jamás he visto un hombre tan grande.

—¿Cómo estaba vestido?

—El tenía una grande toga negra que flotaba alrededor de él.

—¿Y por dónde ha pasado?

—¡Ah, señor! Yo no sé; yo he tenido temor cuando le vi pasar por el centro de la ventana. Yo he cerrado los ojos, y cuando los abrí, él ya no estaba.

—¿Es verdad eso que dices, pillito?

—¡Oh, señor! Es tan cierto que yo he tenido dificultad para dormir de nuevo y que tengo miedo ahora al pensar en ello.

Old Nick le miró algún momento, agachó la cabeza y dijo a media voz: “Yo no sé qué creer. . . ¡El hombre de negro! ¿Cómo lo habrá sabido? ¡Es singular, muy singular!” Y se fue.

* * *

Carlos les explicó el asunto a sus camaradas en el recreo. El también había encontrado el medio de ver a Betty, de ponerla al tanto de los acontecimientos y de encomendarle el malvado gato. Betty le había respondido: “Quédate tranquilo; eso no lo llevará al paraíso y no volverá a hacerlo; yo te respondo de él. No te asustes pues si tú me escuchas gritar. Eso será una trampa.”

La hora del desayuno tocó, los hermanos Old Nick y los tutores comen aparte, para tener una comida mejor que el de los pupilos, a los cuales les servían habas, como en la noche anterior y queso frito. Pero la comida no transcurrió sin incidentes.

Era Betty quien debía llevar la sopa a la mesa de “los opresores” (así la habían llamado los pupilos). En el corredor que estaba delante de la sala del comedor y que debía seguir Betty, se escuchó un gran grito, después un segundo. Uno de los tutores iba a levantarse para ver de dónde provenían esos gritos, cuando Betty entró, jadeante. Ella tenía en sus manos la sopera destinada a saciar el hambre de los tutores, pero temblaba tan fuerte, que al pasar encima del señor Old Nick mayor, la derramó sobre su cabeza y sobre su cara. Old Nick gritó a su turno; él tenía la cara quemada y vociferaba, amenazaba.

Betty dijo con una voz temblorosa mientras colocaba la sopera sobre la mesa:

—¡Perdón, señor, perdón mi respetable amo! ¡Yo he tenido tanto miedo en el corredor!

Old Nick replicó:

—¿Miedo de qué, tonta? ¡Aunque hubieras visto al mismo diablo, esa no es razón para quemarme la cabeza y la cara! ¡Yo no soy una cabeza de venado, supongo!

—¡Oh, señor, no creo si debo decirle eso!

—¿Cómo, insolente? ¿Tú te atreves a tratarme como a una cabeza de venado?

Betty responde con indignación:

—¡Jamás, señor! ¡Jamás un venado y mi señor han pasado por mi mente!. No, no; yo respondía a lo que mi señor me decía del diablo. Es que justamente eso es lo que yo he visto. Un grande hombre de negro, enorme, que me ha cerrado el paso. Yo grité, como mi señor puede bien pensar. Entonces él levantó la tapa de mi sopera y metió dentro algo negro como él mismo, y desapareció. Fue entonces cuando lancé mi segundo grito.

Old Nick levantó la tapa y vio flotar realmente al negro dentro de la sopera. El picó

con su tenedor, y retiró con gran esfuerzo un gato, un gato enorme, el gato negro del vigilante.

Betty se fue a buscar el segundo plato, que llegó sano y salvo y que fue colocado hábilmente sobre la mesa, sin perder ni una gota de su jugo. Era un buen bocado de vaca asada del cual Betty había levantado un extremo que ella encuentra el medio de pasárselo a Carlos durante el tiempo libre que siguió a la comida. Entonces le contó que ella había encontrado el gato muerto cerca del brasero, probablemente a consecuencia de su caída, y que ella se había servido de él para hacerles creer de una segunda aparición del hombre de negro.

El tiempo libre fue arruinado por cinco o seis “ejecuciones” ordenadas por los hermanos Old Nick. El campanero se vengó de los desdichados niños del injusto castigo que él había sufrido.

CAPITULO XII DE MAL EN PEOR

Al final de la jornada, los pupilos se lamentaron de no poder, para el día siguiente, prolongar su noche como la anterior. Entonces les dijo Carlos:

—Estad tranquilos; ustedes dormirán mañana como hoy.

—¿Cómo lo harás?

Ya tenían confianza en el genio inventivo de Carlos, y nadie le interrogó.

Carlos les dice:

—Ustedes verán, y a la espera de ello, dormid.

Cuando todo el mundo se quedó dormido, él se levantó, abrió la ventana, fijó la cuerda a un gancho que se encontraba en el muro a medio metro por debajo de la campana, volvió a cerrar la ventana, se volvió a acostar y durmió hasta que un pequeño ruido que se produjo debajo de la ventana lo despertó. El pasó la cabeza por la ventana, vio al sordo que tocaba tanto como podía sin producir ningún sonido. Esperó como en la noche anterior que el campanero volviera a entrar a su camerino, y desanudó la cuerda.

¡Las cinco, las seis! ¡Y como la víspera, silencio general!

“¡Esto es singular!”, se dijo el surdo. “¡Como ayer! ¡Nadie se mueve! ¿Qué es pues lo que les sucede? ¡Es conmigo que se las prende el amo! Como si yo estuviera en falta de estos que son un montón de perezosos. . . ¡Hoy día yo no subo, aunque ellos duerman hasta el medio día! ¡Tanto peor para ellos! Y si quieren hacerme pagar una nueva multa, yo me enfado y me voy de aquí. ¡Van a quedar bien atestados sin mí! ¡Yo les soy cómodo. . . y nada caro, por mi madre!”

* * *

El campanero surdo fue sacado de sus reflexiones por un gran puñetazo en su espalda. El se volvió bruscamente, y era el señor Old Nick que anunciaba así una nueva explosión de cólera. El campanero no le dio tiempo para explicarse. El mismo gritó contra los tutores, los hermanos Old Nick, contra todo el establecimiento, amenaza de irse de allí, de denunciarles ante el juez de paz, y terminó este flujo de palabras que en nada no pudo detener, exigiendo que le restituyan sus dos francos de la víspera, sin los cuales él se irá de allí en seguida y arruinará a la casa, contando lo que había pasado y que allí se relacionan con las hadas. . .

Old Nick lanzó al viento un oleaje de injurias de las más elocuentes, que el campanero no podía apreciar en su valor porque él no había oído nada de ello. Finalmente, Old Nick fue obligado a ceder, a sacar dos francos de su bolsillo y de ponerlos en la mano del sordo. Este se endulzó e hizo valer su delicadeza de no reclamar ninguna indemnización por la acusación injusta de la cual había sido objeto.

Por tanto terminaron por levantarse al son de la campana tocada por el señor Old Nick en persona.

* * *

Como en la víspera, la sorpresa y la satisfacción fueron grandes. Se hablaba mucho del hombre de negro y de sus bromas. Carlos se reservaba todavía una para la cena. El se había asegurado de la hora en la cual el sordo iría al sótano a buscar la bebida. Esta bebida era una mezcla horrible de cidra adulterada aguada en nueve décimas de agua.

Carlos pidió permiso de la cabina, se escondió dentro de un hueco negro a la entrada del sótano, esperó el paso del campanero sordo, le siguió audazmente pero de lejos, y cuando la bebida corría hasta el borde en el recipiente, Carlos se lanzó sobre el campanero y de un brinco lo lanzó a tierra, apagó la vela y volcó el recipiente. El sordo gritó con toda la fuerza de sus pulmones y Carlos se escondió en su rincón negro.

Un camarada del campanero llegó, portando él mismo una vela; Carlos aprovechó del momento cuando él se bajaba y trató de saber qué le había ocurrido a su camarada, para saltar sobre él como sobre el campanero, revolverlo, apagar la vela y soplarle dentro de la oreja: “¡El hombre de negro!”

El camarada lanzó gritos aun más penetrantes que los del surdo. El señor Old Nick llegó él mismo para saber de dónde provenía este escándalo. Y él, como los otros fue volteado, rodado, sumergido en la oscuridad y dentro del lodo de la bebida. Y él también juntó sus gritos a los de sus domésticos.

Ni bien terminada la expedición, Carlos cerró rápidamente la puerta, sacó la llave, que él lanzó por encima de los tejados, y se dio prisa para volver al estudio para tomar su lugar y su trabajo.

* * *

La hora de la cena había pasado; nadie tocaba; en las salas de estudio, en las cocinas, se admiraban, se impacientaban. Finalmente la señora Old Nick, inquieta por no escuchar la campana y de no ver a su marido, llamó, buscó y escuchó bulla proveniente del sótano. Ella se dirigió a ese costado y escuchó en efecto una bulla formidable. Los tres prisioneros llamaban, gritaban, golpeaban la puerta con los puños y los pies.

La señora Old Nick juntó sus gritos a los de su marido y de sus compañeros de infortunio. Ella llamó al señor Old Nick junior, a Betty, a los tutores, a los pupilos. Todos acudieron, y eso fue entonces un estrépito pavoroso: Los tutores daban su consejo, los prisioneros pedían su liberación, la señora Old Nick y Betty lamentaban esta inconcebible aventura. Los pupilos acusaban a las hadas, al hombre de negro, y les invocaban por turno.

Después de una media hora de vociferaciones, Carlos tuvo el feliz e inteligente pensamiento de hacer abrir la puerta por un cerrajero. Old Nick junior corrió para buscar uno, y lo llevó no sin dificultad, pero ya era tarde: La jornada de trabajo había terminado.

* * *

El cerrajero tuvo mucha dificultad en abrir. La cerradura estaba sólida y era necesario hacerla estallar. Por fin la puerta cedió y los prisioneros volvieron a ver la luz. Pero ella no les fue favorable; ellos estaban empapados de bebida amarillenta, cubiertos del lodo en el cual ellos se habían revolcado. Se había formado con el líquido que corría

siempre y que destemplaba la tierra del sótano.

La señora Old Nick se arrojó a los brazos de su marido, que se arrojó a los de Betty, que se arrojó a los del señor Old Nick junior, pero con una tal expansión de gozo que el hermano Old Nick tropezó y rodó sobre la escalera del sótano.

Los gritos volvieron a comenzar pero menos agudos, menos ensordecedores. Los pupilos ya no estaban más allí. Los encontraron más tarde en el refectorio donde esperaban la cena. Todo el mundo tenía tal hambre, que el señor Old Nick aplazó para el día siguiente la interrogación sobre lo acontecido.

Betty sirvió a los niños, que comieron apenas; la triste posición del señor Old Nick, del campanero y de su camarada les había impresionado tan tristemente, decían.

* * *

Cuando las víctimas de Carlos fueron limpiados, lavados, cambiados la ropa, vinieron a sentarse a la mesa. Los tutores se morían de hambre; Betty se apresuró a servir la sopa. Y Old Nick dijo:

—¡Puáh! ¡Qué mala que está tu sopa! Es de agua con sal.

Y Betty respondió:

—Es la señora que la ha hecho, señor.

—Vete a buscarnos el plato de carne —dijo Old Nick con humor.

—El plato de carne ya fue traído.

—¡Qué horror! —xclamó él— ¡Esto es pavoroso, de nervios a la vela!

—¡Ah! ¡Ya veo! Sin duda la señora se habrá equivocado; ella habrá vertido en los platos de estos señores el guiso de los niños.

—¡Vaya a ver! ¡Esto es detestable! ¡Yo me muero de hambre!

Betty correspondió con un aire consternado:

—Ya no hay nada más, señor; la señora dice que es exactamente el plato de los tutores lo que ella ha servido.

El señor Old Nick no osó dejarse llevar por su cólera. Su mujer había hecho la cena; fue ella que la había vertido en el plato. . . El no decía nada; Betty exclamó:

—¡Es el hombre de negro, señor! ¡Seguramente que es el hombre de negro!

* * *

Betty se reía solapadamente; ella sabía bien a dónde había ido a parar la cena de los tutores. Estaba ya dentro del estómago de los niños. Profiriendo gritos lanzados a la puerta del sótano, Betty le había dado a Carlos las instrucciones y él las había puesto a buen provecho. Los niños estaban eclipsados sin ruido y le habían seguido a la cocina abandonada. Ellos tomaron, según las indicaciones de Betty, la sopa, la carne y las legumbres de los tutores, y comieron todo con delicia. Después Carlos vertió sobre las cacerolas vacías la sopa, la vianda y las legumbres destinadas para los niños, y puso todo ello al fuego como lo había dejado la señora Old Nick. Ellos se habían ido al refectorio después de haber acabado de comer, y ellos estaban instalados allí pocos instantes antes de que los tutores hicieran su ingreso.

Nadie adivinó el truco; y por tanto Old Nick tenía sus sospechas. Los vigilantes participaban de la desconfianza de Old Nick, de suerte que por todo azar le dieron a Carlos, por la más ligera falta, latigazos, patadas, puñetes que le sacaban de sus casillas y lo exitaban a la venganza.

* * *

“Ya estamos en lunes”, pensó Carlos al despertarse al día siguiente a las seis. “Hoy día el señor Old Nick debe hacer una interrogación sobre los acontecimientos. Ninguno de los camaradas me traicionará; yo soy el amo de la situación y mañana martes yo me haré expulsar de esta pavorosa institución.”

También esta mañana, la campana no había sonado. Carlos había esta vez desanudado la campana él mismo. Cuando fue despertado a las cuatro y media por el pequeño ruido acostumbrado, él quiso, como en los días precedentes volver a meter la campana, pero en el momento cuando se aproximaba a la ventana observó al señor Old Nick que se había emboscado al pie del muro para aprehender al malhechor. El metió rápidamente la cabeza, volvió a cerrar sin ruido la ventana y se encontró poseedor de la campana.

“¿Qué haré yo?”, pensó. “Esconderla dentro de mi mi manta es imposible; la encontrarán enseguida porque es tan grande. . . ¡Ah! ¡Tengo una idea!”

Carlos tomó la campana, la metió dentro de una cabina que daba al dormitorio y la dejó allí. Tranquilo de este lado, se volvió a acostar y se volvió a dormir.

CAPITULO XIII INVESTIGACION DE LOS CRIMENES

Se despertaron pues, se levantaron, se vistieron, desayunaron, y a guisa de recreo fue anunciada la investigación del señor Old Nick en persona, y los niños fueron todos reunidos fueron puestos en fila alrededor de la grande sala de estudio. El señor Old Nick entró, trepó sobre el estrado, recorrió con una mirada majestuosa toda la asamblea, y comenzó su discurso:

“¡Señores! Vosotros sois unos pillos, unos canallas! ¡Vosotros os apoyáis todos entre vosotros contra vuestros estimados tutores! (Una sonrisa de satisfacción se manifiesta en medio de todo el auditorio). Yo quisiera poder azotarlos a todos y encerrarlos a todos en el calabozo. ¡Desgraciadamente, esto es imposible! Se hace necesario, pues, que aquel o aquellos de entre vosotros que es o que son el autor o los autores de las canalladas recientemente cometidas confiesen. Que si su cobardía les hace retroceder ante un castigo ejemplar, terrible, increíble que le ha sido preparado, ¡yo conjuro a sus amigos y camaradas a delatarlos, a nombrarlos, a abandonarlos a mi justa cólera!

“¡Eh, bien! ¡Señores, yo escucho! ¿Nadie dice nada? ¡Reclusión general hasta que el que es culpable sea nombrado y entregado. Habrá un castigo separado para cada uno de los hechos malvados, que yo llamo crímenes, cometidos desde hace algunas horas:

“Tres pretendidos maleficios arrojados sobre la campana de despertar:

“Dos atrocidades cometidas contra el gato del respetable señor Boxear. (Risas sofocadas)

“¡Silencio, canallas! Yo continúo. Primera atrocidad: Papel fijado a la cola de un inocente animal. (Sonrisas)

“¡Silencio! ¡Si uno de vosotros se ríe o se sonríe, será considerado como uno de los culpables! Yo continúo. . .

“Segunda atrocidad: Suplicio espantoso del inocente animal. . .”

Old Nick recorre con los ojos toda la sala. Nadie se ha movido, ni se ha reído ni se ha sonreído.

“que un monstruo cruel ha sumergido dentro de la sopa, ¡dentro de mi sopa, señores! ¡Doble castigo, porque se trata de un doble crimen: Contra el animal y contra la autoridad más sagrada, la mía! Yo continúo. . .

“Tres ataques nocturnos (porque era de noche dentro del sótano, ¡noche eterna!). Uno contra el infortunado campanero, que hacía las funciones de despertador. El otro contra su generoso camarada que, desafiando el peligro, acudió para ayudarlo. La tercera, más espantosa, más criminal, más satánica que las dos primeras, contra yo mismo que os hablo, yo, vuestro protector, vuestro padre, vuestro amigo. Sí, yo aquí presente, he sido asaltado, volteado, invertido, aplastado, golpeado, empapado, cagado, encerrado por el canalla que yo busco y que vosotros me ayudaréis a descubrir.”

Los pupilos se miraban con un aire burlesco.

“Sí, yo veo por fin una honesta y justa indignación que se manifiesta dentro de vuestras miradas y de vuestros gestos. . .”

Los pupilos gritan, silban, patalean. . .

—¡Basta, basta, señores! ¡Silencio! ¡Tres castigos por los tres hechos perversos; total, nueve castigos terribles, sobre todo la última: Nueve días de ayuno, nueve días de latigazos. Yo he terminado. A partir de mañana, nada de recreo, trabajo incesante, etc., hasta el descubrimiento del o de los culpables. Además, habrá todos los días, a partir de mañana al medio día, tres “ejecuciones” hasta que todos en la casa pasen por ellas, para castigar el silencio. Vosotros tenéis veinticuatro horas para reflexionar.”

* * *

Old Nick descendió de la cátedra, pasó delante de los pupilos y desapareció. Los vigilantes le siguieron. Cuando los pupilos fueron dejados solos, Carlos exclamó:

—¡Rápido, rápido, una última broma, un último castigo al tutor Boxear, que muy bien lleva su nombre!

Carlos sacó del bolsillo de su vestido un pequeño frasco que le había procurado Betty. El saltó sobre el estrado de Boxear y untó la silla con el pegamento que contenía ese frasco. Después el corrió a la cabina que daba a la sala de estudio, y arrojó a la fosa el frasco y la pequeña pala de madera que había servido para extender el pegamento, entró en la sala de estudio, y explicó a sus camaradas lo que acababa de preparar.

Un camarada le dijo:

—¡Todo esto es bello y bueno! Pero con tus invenciones tú haces a los tutores y al señor Old Nick más malos que nunca, y nos van a maltratar más que antes de tu entrada.

Otro niño dijo:

—Además, como tú no te quieres descubrir, tú vas a hacer que a todos nos dejen reclusos y que nos den de latigazos sin ninguna compasión.

Y Carlos les dijo:

—¡Quédense tranquilos, mis amigos! ¿Acaso creéis buenamente que yo dejaré que ustedes carguen con el castigo de mis “crímenes”, como dice Old Nick? ¡Quedad bien tranquilos! Mañana, antes del almuerzo, antes de la serie prometida de reclusiones y de latigazos, yo confesaré.

El primer camarada dijo:

—¡Pero tú vas a ser despellejado vivo por estos perversos tutores! ¡Es terrible pensarlo!

Y Carlos dijo:

—Yo no seré despellejado, ellos no me tocarán, y yo me iré de aquí tranquilamente para su gran satisfacción, y la mía sobre todo.

El segundo camarada dijo:

—¿Cómo harás?

—Yo les diré mañana, cuando esto se haga. Pero yo debo recordaros los placeres que os ha procurado mi estadía aquí:

Tres días de sueño prolongado.

El final de las persecuciones del malvado gato.

Varias interrupciones generales del estudio.

Finalmente, un buen almuerzo y el espectáculo de los horrores del viejo Old Nick y

de sus amigos.

—¡Es verdad, es verdad! —exclama toda la clase—.

* * *

En eso entra Boxear y les dice:

—¡Eh, bien! ¿Qué es lo que pasa? ¿Todavía gritos y vociferaciones?

Y Carlos le responde:

—Somos nosotros, señor, que obligamos a los malvados a confesar, y nosotros pensamos bien que mañana lo harán. Y si ellos no quieren hablar, yo hablaré por ellos, señor, está decidido. Yo diré lo que sé.

—¡En buena hora! En fin es un buen sentimiento que yo veo que manifiestas. Mientras esperamos, ¡a vuestros bancos, todos! ¡A estudiar!

Los pupilos se precipitaron a sus sillas; el tutor tomó la suya, y cada uno se pone a estudiar.

Media hora después el tutor quiso levantarse para tomar un libro fuera de su alcance. ¡Vanos esfuerzos! El parecía pegado a su asiento.

—¿Qué es esto? —exclamó él con una voz atronadora— ¿Qué me han hecho estos canallas?

Reanudó sus esfuerzos para levantarse, y dijo:

—¿Estoy acaso atado sobre este estrado? Pero, ¿por quién? ¿Cómo? Pero, ¡venid pues vosotros! ¡Ayudadme, jaladme de aquí!

Los niños, encantados, acudieron, jalaron, empujaron, pero Boxear no se movía. Seriamente aterrado, lanzó gritos, a los cuales respondieron con otros gritos que partían de diferentes puntos de la casa. El esperó, pero nadie llegó. El comenzó a llamar de nuevo y lanzó los mismos gritos que habían ya respondido a los primeros. De nuevo silencio, vana espera, pavor siempre creciente.

Los pupilos, fingiendo participar de su pavor exclamaron:

—¡Las hadas! ¡Las hadas! ¡Son ellas las que lanzan sus maleficios sobre usted! ¿Qué va a ser de nosotros? ¡El tutor Boxear está pegado a su estrado, de por vida, podría ser! ¡Desgraciadamente! ¡Desgraciadamente!

Y Boxear les dijo:

—¡Cállense, pillos! En lugar de venir en mi ayuda, me desalentáis, me aterráis. ¡Vayan a buscar gente, a los tutores, al señor Old Nick, no importa a quién!

* * *

Los niños, cada vez más encantados, corrieron hacia el campanero, a quien encontraron pegado a su banco como Boxear. Con risas inmoderadas insultaron su mala hora. La inamobilidad forzada del padre azotador les hizo audaces, de suerte que ellos no se apresuraron a darle socorro. Ellos se contentaban con brincar alrededor de él antes de desaparecer. Ellos corrieron a los cuartos de dos otros, que se encontraban solos, gritando como el tutor Boxear, y como él pegados a sus sillas.

Faltaba el señor Old Nick. ¡Cuáles no serían el terror aparente y el regocijo de los

niños cuando encontraron a Old Nick, también incapaz de separarse de su sillón como los vigilantes y el campanero! El furor del señor Old Nick había llegado a su colmo. Pero cuando supo que sus peones y su ejecutor de altas obras estaban en la horrible situación en que él mismo se encontraba, fue sobrecogido de tal manera, de tal manera asfixiado de rabia, que los niños tuvieron temor. Ellos creían (posiblemente lo esperaban) que iba a morir. Ellos corrieron a la bomba de agua, llenaron los recipientes y los cántaros que cayeron en sus manos y comenzaron una regada tan copiosa, tan prolongada, que Old Nick perdió realmente la respiración y el sentido, es decir, se desmayó.

—¡Está muerto! —dijeron unos a media voz—.

—¡Todavía respira! —decían otros. ¡Echad agua, seguid echando!—

Y Carlos dijo:

—¡Hay que advertir a la señora Old Nick y a Betty!

Y dejando a Old Nick en manos de los camaradas, corrió a buscar a la una y a la otra.

* * *

La señora Old Nick fue a su marido, pero sin diligencia, porque a ella no le gustaba mucho y desaprobaba su sistema duro y cruel con los niños. Betty la seguía con pasos aun más medidos, para poder decirle algunas palabras a la oreja de Carlos:

—¡Perfecto! ¡Todo ha salido como nosotros lo queríamos. Mientras estaban estudiando, yo he engomado sus asientos y el sillón de caña del viejo Old Nick. Cuando yo les he escuchado gritar a todos, vi que estaba bien y que los gritos del primero habían provocado los de los otros que querían ir a ver. Yo he tenido dificultad con el sordo; él estaba siempre allí. Por fin yo he aprovechado el buen momento y fue tomado como los otros. ¿Cómo van a salir de eso? Eso es lo que no adivino. . .

Tan pronto como se dijo se hizo. Cada uno siguió el consejo y pensó poder escaparse sin ser visto, pasando por el gran patio, siempre desierto a esta hora. La fatalidad quiso que ellos desembocaran al mismo tiempo sobre el lugar, y se encontraron todos, avergonzados de sus vestidos escoceses y acosados por el temor de ser vistos por los pupilos que miraban por las puertas y por las ventanas, y cuyas risas sofocadas llegaban hasta ellos.

* * *

El señor Old Nick detuvo a los supervisores para cuestionarles. El esperaba tener alguna reseña, algún indicio para llegar al descubrimiento de una aventura que le parecía incomprensible. De buenas a primeras, el señor Boxear metió muy seriamente a las hadas en quien no habían creído los otros hasta aquí. Pero la rareza de este último acontecimiento estremecía su incredulidad, y hasta el señor Old Nick, todos creyeron en ellas.

Después de esta deliberación, en vestuario tan extraño como la aventura que lo motivara, los consejeros extraordinarios se dieron la espalda, y cada uno volvió a su cuarto para reencontrar su dignidad con un pantalón. Betty no perdió el tiempo; ayudada por Carlos y los niños, ella arrancó los calzoncillos y la goma, lavó los estrados y los sillones,

llevó los calzoncillos que se podían despegar, los lavó con agua caliente y los volvió a poner en el lugar que ellos ocupaban.

Cuando el señor Old Nick y los vigilantes volvieron a entrar, uno a su cabina de trabajo y los otros a sus salas de estudio, su asombro fue grande al reencontrar sus calzoncillos mojados y sin estar unidos a la silla a la cual habían estado bien colados hacía una hora.

El viejo Old Nick llamó a su mujer para hacerla contemplar esta nueva maravilla. El tutor Boxear recorrió con su ojo a todos sus pupilos, estudiosamente inclinados sobre sus pupitres. El señor Old Nick junior y los dos otros vigilantes interrogaban a sus pupilos y no obtuvieron más que exclamaciones de sorpresa, de acusaciones contra las hadas, el hombre de negro, etc. Era necesario esperar hasta el siguiente día.

* * *

El estudio fue interrumpido por algunos gritos sordos y lejanos de los cuales los tutores no se dan cuenta y a los cuales no prestaron mucha atención.

Los niños reían solapadamente y se complacían en su venganza, porque habían adivinado que era el sordo, el campanero, el azotador de quien ellos escuchaban la llamada reiterada. Pronto un movimiento no acostumbrado se hizo escuchar en el patio; Boxear metió la cabeza a la ventana, hizo un gesto de sorpresa y salió inmediatamente.

Apenas estuvo afuera, los niños se precipitaron a las ventanas. Un espectáculo extraño excitó su alegría. El sordo estaba en el patio, sentado sobre un banco, arrastrándolo o más bien, llevándoselo consigo cuando cambiaba de lugar. Los señores Old Nick y los tres tutores de estudio estaban agrupados cerca de él, y medio riendo y medio de cólera, Old Nick Junior se esforzaba por hacerle comprender el medio que ellos mismos habían empleado para salir de una situación parecida.

El sordo hacía la oreja sorda; él no quería comprender ni emplear un medio que él encontraba humillante. Los hermanos Old Nick acabaron por cortar, a pesar de su oposición la parte del vestido adherida al banco, y libraron también al campanero a quien enviaron inmediatamente a la campana, con gran retraso.

Los niños se reían con ganas el uno del otro y cuando vieron la operación terminada y cada superintendente tomó el camino de su respectiva sala de estudio, volvieron a sus respectivos bancos. Boxear les encontró a todos trabajando con el mismo ardor silencioso que él había admirado antes de salir. “Ellos no han visto nada; no se han dado cuenta de nada”, dijo. “¡Yo no sé qué es lo que los lleva a ser tan atentos a su trabajo!”

CAPITULO XIV
CARLOS CONFIESA
Y ES DEJADO LIBRE

La jornada terminó sin accidentes y sin nuevas maldades del hombre de negro ni de las hadas.

Al día siguiente, el gran día de las revelaciones de Carlos, Old Nick previno a los niños que si los culpables no eran nombrados al medio día, comenzarían las reclusiones y las “ejecuciones”.

Tras el estudio de nueve horas, Carlos pidió permiso para salir. Boxear, adivinando las intenciones de Carlos, le concedió el permiso. Los pupilos, que le conocían aun mejor que Boxear se mostraban agitados. Ellos temían por el desdichado de Carlos y sentían cierto reconocimiento de sentimiento generoso que le llevaba a acusarse para disculpar a sus camaradas.

Carlos se dirigió hacia la oficina del señor Old Nick y le dijo al entrar:

—¿Señor?

Old Nick le dijo:

—¿Qué es? ¿Qué quieres?

—Señor, ninguno de los pupilos quiere hablar, nadie quiere indicarle los culpables. Entonces yo he pensado que no está bien, que usted debiera, como jefe de la institución, conocer los nombres de los que causan problemas al orden aquí. Yo pues me he decidido a decirle a usted, señor, pero con una condición.

—¿Cómo? ¿Con condiciones a mí?

—Sí, señor, a usted; una condición, una sola, sin la cual yo no diré nada.

—¡Yo sabré cómo hacerte hablar, pequeño atrevido!

—¡Oh, señor! Si yo no quiero decir nada, nadie me hará hablar. ¡Usted me matará antes de obtener de mí una palabra!

* * *

Old Nick miró a Carlos con sorpresa. Su aire calmado y decidido le hizo comprender que con un personaje de este temple no se llegaría a nada por la violencia. El reflexionó un instante y le preguntó:

—¿Y cuál es esa condición?

—Se requiere, señor, que usted jure por las hadas, y por la salud de vuestra institución, que usted no infligirá a los culpables ninguna penitencia corporal, cualquier otro castigo aparte de expulsarlo inmediatamente de vuestro establecimiento. Esta última cláusula es indispensable por la seguridad de vuestra alma, porque los culpables tienen aun otras bromas en la cabeza cuyos resultados podrían ser muy enojosos.

Old Nick estaba avergonzado. Renunciar al castigo de hechos así de enormes sería derogar la disciplina aterradora de su institución y sacudir la sumisión obtenida con tanto esfuerzo. Ignorar al autor de las últimas abominaciones que se habían cometido, guardar

seres tan emprendedores y tan irrespetuosos, sería prestar las manos a la decadencia, al desprestigio de su institución. Vendría un día cuando los niños, perdiendo todo temor, todo la discreción, ejercerían represalias terribles, podría ser que maltratarían a los supervisores y a él mismo. El perdería entonces el provecho que él sacaba de las pensiones pagadas por estos niños que él no podría guardar. El se decidió entonces a acceder a lo que Carlos pedía, no obstante la repugnancia que le inspiraba esta concesión. Finalmente dijo:

—Yo te concedo esto que exiges de mí.

Carlos le dijo:

—¿Quiere escribirlo, señor?

—¡Insolente! —exclamó Old Nick, lanzado al extremo—.

Y Carlos dijo:

—No es por insolencia, señor, sino por los camaradas que lo hago. Usted comprende, señor, que cara a cara a ellos mi posición es delicada y que yo debo tranquilizar a los culpables a consecuencia de mi revelación.

—¡Está bien! Dame una hoja de papel.

—He aquí, señor. . . No olvide, señor, por favor, que usted debe poner: “Yo juro por las hadas y por la salud de mi institución.”

Old Nick le dijo con humor:

—Ya lo sé; ya me lo has dicho.

Y escribió:

“Yo juro por las hadas y por la salud de mi institución, no infligir otro castigo a los pupilos culpables que debe denunciarme Carlos Mac'Lance, que la de una expulsión inmediata, comprometiéndome a no hacer gracia a ningún precio y a ejecutar la expulsión en el transcurso de dos horas a partir de la revelación.

“Firmado en Fairy's Hall, este 9 de agosto, fiesta del Santo Amor, a las nueve y media de la mañana, por mí, Pancracio Bambolín Zéfiro Rústico Old Nick.”

—Tómalo. Pienso que estás satisfecho. ¡Y ahora, los nombres de los culpables!

* * *

Carlos le dijo a continuación:

—Perdone, señor, todavía unos cinco minutos; yo voy a llevar este papel a quien concierna, y ya vuelvo.

Old Nick quiso oponerse, pero reflexionó que Carlos no tenía ningún interés a acabar su revelación y que este papel no podía servir sino a aquellos para quienes estaba escrito. Además, Carlos partió tan rápidamente que le fue imposible detenerlo.

El fue exacto; cinco minutos después estaba de regreso, después de haber entregado el papel a Betty explicándole que era su garantía contra los malos y crueles tratos con que habían sido amenazados los culpables. Le dijo: —Yo te lo doy para que no se tomen la fantasía los viejos Old Nick de destruirlo al arranchármelo de mis manos.”

Old Nick le dijo con humor:

—¿Y bien? ¿Hablarás al fin?

Y Carlos le respondió:

—Sí, señor; yo estoy listo. . . El culpable de todo esto que se ha hecho hace

algunos días es. . . yo, señor

—¡Tú! ¿Tú? —exclamó el señor Old Nick saltando de sobre de su sillón y mirando a Carlos con una profunda estupefacción—. ¡Tú!

—Sí, señor, yo solo.

—¡Es imposible! ¡Tú mientes!

—¡No, señor, yo digo la verdad, la pura verdad! Yo sólo he inventado todo, y lo he ejecutado todo.

—¿Cómo puede ser posible?

—Yo le voy a explicar todo, señor, comenzando por lo de la campana.

—¡La campana! ¿Eras tú que impedía que sonara? Pero yo te repito que es imposible; te habrían visto, escuchado; además ¿cómo impedir que una campana suene?

Carlos sonrió y comenzó sus explicaciones. La audacia de la concepción, de la ejecución, la simplicidad de los medios, sorprendieron tanto a los viejos Old Nick, que a pesar de su indignación, su cólera, no interrumpieron ni una vez el relato de Carlos. Sus narices infladas, su cara de color púrpura indicaban la cólera siempre creciente, la rabia que hervía dentro de sus cabezas y dentro de todas sus personas.

Cuando Carlos había terminado, Old Nick le dijo con furor:

—¡Yo creo, en verdad, bandido! ¡Canalla! Que si tú me habías extorsionado la promesa que he firmado yo mismo te hubiera hecho pedazos, con mi mano. Pero yo he firmado, tú has puesto el papel en seguridad; yo me abstengo. En cuanto a hacerte partir de aquí, y a tu Betty contigo, lo más pronto será mejor. ¡Tú eres demasiado peligroso dentro de mi institución! ¡Tú tienes demasiada invención, imaginación, voluntad, audacia, que pierdo en vez de ganar. ¡Vete, atrevido, he aquí un permiso de salida! ¡Y otro para tu alcahueta de Betty!

—¡Amén, señor! ¡Hasta la no vista!

* * *

Carlos saludó, salió y corrió para avisar a Betty, que participa de su gozo. Ella abandonó sus cacerolas, tiró su delantal, se fue a la lavandería, hizo en diez minutos su pequeño paquete y el de Carlos, y los dos se dirigieron hacia la puerta que era vigilada el campanero.

Carlos, aproximándose, le golpeó sobre la espalda. El campanero le dijo:

—¿Qué? ¿Qué es esto? ¿Cómo te atreves a tocarme, mal sujeto? ¡Espera un poco! ¡Tú verás hoy mismo, cómo yo toco, yo! ¡A medio día será la primera “ejecución”! ¡Tú eres el número 1, como sea! ¡El mejor! ¡Antes que el brazo se haya fatigado, uno golpea más firme! El señor Boxear, que ha repartido los tiempos, te ha destinado para cinco minutos. ¡Yo los emplearé bien, vamos!

Carlos le dijo:

—¡Y bien, Betty, yo le he escapado de manera linda! Hazle ver nuestros permisos de salida a este hombre malvado.

Betty le hizo ver los permisos al campanero estupefacto, que no pudo hacer de otro modo que de abrir la puerta. Antes de que fuera cerrada de nuevo, Carlos le hizo al portero un saludo burlón, le añadió cuernos y un toquecito de nariz, y le dio la espalda.

* * *

Los pupilos esperaron en vano el retorno de Carlos, por quien estaban muy inquietos. En la cena, al no verle aparecer, pensaron que el señor Old Nick lo había encerrado en un calabozo subterráneo.

A la entrada al estudio, Boxear, que había sido puesto al corriente por el señor Old Nick, les dio a los pupilos un discurso enérgico que les impresionó vivamente:

“¡Hoy día hay un lugar vacante en medio de vosotros, tira de pillos! Aquel que lo ocupaba ha sido vergonzosamente echado por nuestro padre, nuestro juez, el señor Old Nick.

(Boxear eleva su bonete y se lo vuelve a poner).

“Este transgresor, este malhechor ha tenido la audacia de declarar a vuestro tutor venerable que todas las maldades, los crímenes de estos últimos días provenían de él, Carlos Mac’Lance, que habían sido concebidos por él y ejecutados por él. La presencia en medio vuestro de un ser tan corrompido, de este verdadero MEFISTOFELES (es decir, el diablo) no podía ser tolerada. El ha sido expulsado. ¡El tenía una cómplice, BETTY, que ha sufrido la misma ignominia! He aquí, nosotros volvemos al orden, al régimen saludable del látigo, que va a ser aplicado con mayor rigor que nunca, al menor síntoma de insubordinación y de negligencia. ¡Vosotros estáis advertidos!”

* * *

Boxear se sentó. Los desdichados pupilos temblaron, pero rumiando la venganza a la imitación de Carlos se pusieron a trabajar soñando los medios de liberarse.

Vamos a dejarles continuar su vida de miseria para seguir a Carlos, que nunca se olvidará de sus desdichados camaradas, y que terminará pronto sus sufrimientos al hacerles a todos abandonar después de pocos días el establecimiento de Fairy’s Hall, por orden del juez de paz.

Pero él soñaba de hecho en sí mismo, y antes de irse a la casa de Marianne y de Juliette, él fue al juez de paz para solicitar su protección para no ser de nuevo puesto bajo la tutela de su prima Mac’Miche, y para ser confiado a la dirección de Marianne.

CAPITULO XV
A LA MAC'MICHE
LE DA LA PATALETA

El juez de paz, al ver volver a Carlos le dice:

—¿Cómo? ¿Estás aquí, mi niño? ¡Eh, bien! Tú no has tenido una larga estadía en Fairy's Hall. ¿Cómo has sido expulsado de allí? ¿Es para un largo tiempo?

Carlos le responde:

—¡Para siempre, señor juez! Y vengo para solicitarle vuestro apoyo para no volver a la casa de mi prima Mac'Miche, que, además, no me quiere tener; y para permitirme vivir en la casa de mis primas Daikins.

—Escucha, mi amigo; para mí, me da igual. Pero tú no dependes de ti solo. Tus primas Daikins no son ricas, tú lo sabes bien; puede ser que ellas no te quieran tener. Ellas no tendrán con qué mantenerte.

—Pero yo, yo soy rico, señor juez, y yo dejo a ellas de buen agrado todo lo que tengo.

—Tú ya me has tocado el asunto; me has dicho que tienes cincuenta mil francos. Tu prima Marianne me ha hablado de ello también; pero la prima Mac'Miche jura por sus grandes dioses que esto no es verdad, que tú no tienes nada.

—Ella miente; ella miente, señor juez. Pídale a Marianne que ella os haga ver sus pruebas; así sabréis de cual costado está la verdad.

—Yo veré; yo me ocuparé de ello, mi amigo. Mientras tanto, yo te concedo de buen agrado la autorización de vivir en la casa de tus primas Daikins. He aquí que son dos grandes chicas, ¡que en nada se parecen a la prima Mac'Miche!

—Gracias, gracias, mi buen señor juez. ¡Juliette va a estar contenta, tan contenta como yo!

Y el juez le dice sonriendo:

—¿Juliette ama a un pequeño diablo como tú? ¡Vamos, pues! ¡Qué broma!

—Ella me ama tanto, que lloraba cuando yo debí ir a la casa del señor Old Nick. ¡Además, no es un pequeño afecto, este! ¡Llorar! Es que no se llora salvo que el corazón haya sido conmovido fuertemente. ¡Yo sé de eso!

El juez le dice, sonriendo:

—¡Bien! Tanto mejor para ti si Juliette te ama; eso prueba que tú vales más de lo que yo pensaba. ¡Vamos, mi amigo, anda a la casa de tus primas. Yo me ocuparé de tu asunto. Justamente, yo espero a Marianne.

—Y usted dará lo que me pertenece a mis primas Daikins, señor el juez, ¿no es así?

—Eso no depende de mí, ya te lo he dicho. Yo solamente haré lo mejor que pueda para esclarecer el asunto.

Carlos salió medio contento. El temía estar a cargo de sus primas y que sobre todo Juliette no sufriera de su situación embarazosa. El se fue del costado de la calle del Bálsamo Tranquilo, y debía pasar delante de la casa de la señora Mac'Miche.

Carlos metió la nariz por la ventana y vio a la señora Mac'Miche con un señor que le era desconocido. Los dos volvieron su espalda a la ventana y conversaban con agitación, sobre todo la señora Mac'Miche. Su caperuza a través, sus movimientos desordenados denotaban una viva agitación y un gran descontento. Carlos se retiró prudentemente y continuó su camino.

Su corazón latía más rápidamente cuando el volvió el botón de la puerta y se encontró en presencia de Juliette, como era su costumbre. Al ligero ruido que él hizo al entreabrir la puerta, Juliette se volvió rápidamente, escuchó con atención y dijo con una voz ligeramente emocionada:

—¿Quién está allí?

Carlos sonrió, pero no respondió.

—¿Eres tú, Carlos? Responde pues. ¡Yo estoy segura que eres tú!

—¡Juliette, Juliette, mi buena Juliette! —exclamó Carlos—. ¡Soy yo, sí, soy yo! Yo vengo para no volverte a dejar; el juez lo ha permitido. ¡Yo viviré contigo!

Carlos se lanzó al cuello de Juliette con tal impetuosidad que faltó que la lanzara al suelo. Ella lo abrazó con grande gozo y le dijo:

—¡Mi buen Carlos, cuán contenta estoy de saberte fuera de esa horrible institución!

—¡Horrible! ¡Tú tienes mucha razón! ¡Horrible! ¡Está bien la palabra! ¡Yo he sufrido para salir de allí, vaya!

—¿Has sido muy infeliz, mi pobre Carlos?

—¡Infeliz, no! Yo he estado muy ocupado. Piensa, pues, qué trabajo para inventar cosas pavorosas, inauditas, y para ejecutarlas todo solo, sin otra ayuda que esta, tan rara y difícil que de Betty. Era necesario llegar a hacerme expulsar, y además a no ser jamás descubierto. Yo no he tenido tiempo para estar triste o infeliz.

—¿Así no has pensado en Marianne ni en mí?

—¡Al contrario, siempre! Todo lo que yo hacía, lo que inventaba, era para volver a juntarme con ustedes. ¿Y tú, Juliette, pensabas en mí?

—¡Oh!, ¡Todo el tiempo! Yo estaba inquieta, estaba triste. ¡Mis días han sido muy difíciles en tu ausencia, mi pobre Carlos! ¡Yo tenía tal temor que tú hicieras alguna cosa mala, realmente mala! Tú sabes que tú tienes siempre la idea de vengarte cuando alguien ha actuado mal con respecto a ti. ¡Y este es un sentimiento tan malo, tan contrario a la caridad que nos manda el buen Dios! Y cuando tú ofendes al buen Dios, mi pobre Carlos, yo experimento en ello tal pena que yo te tendría lástima si tú vieras el fondo de mi corazón.

—Juliette, querida Juliette, perdóname. Yo te aseguro que no es a propósito que yo soy malo.

—Yo lo sé, mi amigo; pero tú te dejas llevar demasiado lejos. Tú no recurres al buen Dios para que venga a tu ayuda y entonces. . . ¡Tú no tienes apoyo y caes!

—Quédate tranquila, Juliette, al presente en que estaré con ustedes dos, tú verás cómo estarás contenta de mí, y cómo te escucharé dócilmente, sabiamente.

Juliette sonrió, se calló y volvió a su tejido.

Carlos le dijo a Juliette:

—Sabes tú que tengo mucha hambre, Juliette. Yo he comido un bocado de pan seco a las ocho, y ya es pasado el medio día.

—Yo espero a Marianne para almorzar, pero si quieres comer una rebanada de pan, tú sabes dónde está; toma un pedazo.

—Voy a comer un bocado mientras espero; yo temía que tú no hubieras almorzado.

* * *

Cuando él acabó su trozo de pan entró Marianne, y le dijo abrazándolo:

—¡Ah! ¡Aquí estás, Carlitos! ¿Te has hecho expulsar? Eso no me asombra, yo lo reconozco. Cuídate de hacerte expulsar también por Juliette, que va a tenerte toda la jornada sobre la espalda.

—No, Marianne, yo trabajaré. Yo iré a la casa del señor cura, del maestro de la escuela. Ellos me harán trabajar, y yo no os aburriré. Yo no haré ninguna tontería. Al presente yo he llegado a ser razonable.

Marianne le dice sonriendo:

—¡Ah! ¿Desde cuándo el señor Carlitos ha pasado a las filas de la gente sabia?

—Tú, Marianne, tú no me conoces. Pero para Juliette, yo estoy seguro que ella me encuentra cada vez más sabio.

Juliette sonrió, Carlos la presiona a responder, y ella terminó por decir:

—No hablemos del pasado y soñemos con el futuro; me parece que Carlos va a ser otro con nosotros que lo que era con mi prima Mac'Miche.

—Yo me pareceré muy poco a lo que era, como vosotros os pareceréis poco a la vieja prima.

Y Marianne dijo:

—¡Vamos! ¡Que Dios te escuche, Carlitos! Yo no pido más que servirte y encontrar en ti a un segundo San Carlos.

* * *

En ese mismo instante se abrió la puerta con violencia y la señora Mac'Miche apareció sobre el umbral para el gran terror de Juliette que adivinó que era ella por su respiración ruidosa y por el grito sofocado de Carlos. Todo el mundo guardó silencio. La señora Mac'Miche, pálida y temblando se acercó a Marianne, que la esperaba con pie firme, y le dijo con una voz endulzada por la emoción:

—Marianne, ¿qué le has dicho al juez con respecto a mí?

Marianne respondió muy sorprendida:

—¡Al juez! Yo no sé lo que quieres decir. Yo no me acuerdo de haber hablado al juez.

—¿Verdad? —prosiguió la Mac'Miche, recuperándose de su emoción—. Entonces él lo ha inventado, ha mentado; sin duda para hacerme hablar. . .

Carlos, que estaba en un rincón oscuro de la sala y la señora Mac'Miche no había aun apercibido, dijo:

—El señor juez es incapaz de mentir.

Y al escuchar la voz de Carlos, la señora Mac'Miche se volvió rápidamente y lanzó un grito de horror. Dijo:

—¡Allí está! ¡Allí está de nuevo, esta pesadilla de mi pobre vida! ¿Cómo se ha escapado? ¡Vuélvanlo a meter allá abajo! Al recibirle, ustedes reciben una legión de hadas. ¡Expúlsenlo! ¡Rápido, rápido! ¡Yo no quiero nada de él, para empezar!

Y Marianne le dijo:

—Quédate tranquila, prima mía; tú no lo tendrás, aunque lo quisieras. El señor juez me lo ha confiado; yo lo guardo, él está bajo mi tutela.

La señora Mac'Miche le dice:

—¿Y con qué lo alimentará usted?

—Ese es asunto mío; no es más asunto tuyo.

Carlos intervino y le dijo:

—Usted sabe bien, prima mía, que usted tiene cincuenta mil francos que me pertenecen. Usted los entregará a Marianne, que es mi guardiana, y nosotros viviremos todos de eso.

—¡Canalla! ¡Mentiroso! —exclamó la Mac'Miche con una voz estrangulada—. Marianne, ¡no le creas; hija mía, no le escuches!

Y Marianne respondió:

—Perdón, prima mía; yo sé que él dice la verdad; soy yo quien le ha hecho conocer. Y ahora que tú me haces pensar en ello, yo me acuerdo haber hablado al juez de ello. Es quizás de eso que me preguntabas al entrar.

—¡Desgraciada! ¡Tú me asesinas! Yo no puedo entregar nada; yo no tengo nada.

Marianne dijo:

—Todo eso no me concierne; es el señor juez que se encargará de ello con el abogado.

—¡El abogado! ¡Pero son una infamia estos abogados! ¡Ellos siempre condenan! ¡En todos los asuntos ellos condenan a cualquiera! ¡Yo no tengo nada! Creedme, queridas mías, mis buenas primas. Tengan compasión de mí, una pobre viuda. . . Carlos, mi buen Carlos, intercede por mí. Piensa que yo te he alojado, alimentado, vestido durante tres años.

Y Carlos dijo:

—En cuanto a eso, prima mía, yo no tengo con usted una gran obligación; alojado como un perro, alimentado como un peón, vestido como un pobre, golpeado todos los días, saciado de humillaciones e injurias. Y mientras me reprochabais el pan que yo comía, y me llamabais “mendigo”, usted tenía mi fortuna, que disimulabais y que pagaba por demás el gasto de la casa. Mis primas Daikins son pobres, ellas no pueden guardarme por nada; es justo que mi fortuna pase a las manos de mi nueva tutora.

Y la señora Mac'Miche, juntando sus manos le dijo:

—¡Pero yo te digo, yo te repito que yo no tengo nada; nada que devolver, porque no tengo nada!

Carlos levantó sus hombros y no respondió. Marianne contempló con asco a esta vieja avara, caída sobre sus rodillas en medio de la sala, implorando compasión a todos.

La escena se complicó con la llegada del juez de paz, acompañado del viejo señor que Carlos había visto a través de la ventana de casa de la señora Mac'Miche. El juez dijo con ironía:

—¿Qué es esto, señora Mac'Miche? ¿De rodillas antes sus primas? ¿Qué maldad, qué crimen habéis pues cometido?

La señora Mac'Miche quedó aterrada; ella comprendió que la actitud suplicante en que la habían sorprendido su correspondiente y el juez, la denunciaba y la hacía prejuizar culpable de alguna gran falta. Ella no encontró palabras para excusarse.

El juez continuó:

—Señora Mac'Miche, yo estoy enfadado de decirle que a pesar de vuestras negativas, parece cierto que usted tiene realmente retenido en provecho suyo la suma de cincuenta mil francos que pertenecen a su primo y pupilo Carlos Mac'Lance, los cuales cincuenta mil francos os habían sido confiados por el padre de Carlos en provecho de su hijo.

Y la señora Mac'Miche dijo con una fuerza siempre creciente:

—¡Es falso! ¡Es falso! ¡Es falso! ¡Es falso! Yo no tengo nada de este niño, y yo no le doy nada.

El juez le dijo:

—Tenga cuidado, señora Mac'Miche. Hay pruebas contra usted, pruebas escritas.

—¡Es imposible! ¡No hay nada escrito! ¡Yo tengo certeza!

El juez le dice:

—Si usted persiste en negarlo, será necesario que yo remita el asunto a las manos de un abogado, y . . . una condena. . . sería el deshonor! Además. . . los gastos legales mermarían vuestros capitales, los que os pertenecen.

* * *

La señora Mac'Miche se revolcó en el suelo gritando:

—¡Mi plata! ¡Mi pobre plata! ¡Que nadie toque mi caja! Yo os haré condenar a todos con la deportación. . . ¡Pero ustedes no llegarán allí! ¡Ustedes no encontrarán nada!

El juez le dijo:

—Cálmese, señora Mac'Miche; no se trata de tomar vuestro dinero, sino de hacerle devolver el que no os pertenece. El señor Blackday (el señor Día Negro) quisiera hablar a la señora para hacerle ver claro dentro de este asunto —añadió el juez sonriendo.

El señor Blackday de adelanta y le dice:

—Señora, yo le he informado, por otro lado, que he recibido una carta dictada por usted y que me hablaba de esos cincuenta mil francos. Esta carta, me habéis dicho era una broma infame de vuestro pequeño primo, Carlos Mac'Lance. Yo le he hablado de otra carta que me había dirigido este pobre niño. El me describía su lamentable situación y él me volvía a hablar de esta suma de la cual el señor juez de paz decía tener conocimiento. Yo he sido conmovido por el llamado de este pobre huérfano, y he venido aquí para conversar con usted y con el señor juez de paz. Usted sin duda ha ignorado hasta aquí esta última

circunstancia que creo deber revelarles: Este papel es el recibo escrito de vuestra mano de los cincuenta mil francos de Carlos, y entregado al señor Mac'Lance padre, quien lo ha metido dentro de un portafolio que ha confiado en manos seguras. Este documento existe todavía; nosotros lo hemos visto, el señor juez de paz y yo.

* * *

La señora Mac'Miche, aterrada por estos testimonios acumulados, no respondía nada. Ella no veía ni entendía para nada lo que ocurría alrededor de ella. Cuando el juez le pidió por última vez si ella quisiera restituir a Carlos el capital y los intereses de la suma que le pertenecía, o bien sufrir los riesgos de un proceso que podría arruinarla, ella tembló con todos sus miembros. Espantada, fuera de sí, ella jaló maquinalmente y con esfuerzo, la llave escondida dentro de su estómago y murmuró de una manera casi ininteligible:

—La cajita. . . llave, caja. . . salvar. . . salvar todo.

El juez de paz le preguntó:

—¿Dónde se encuentra la caja?

—La pared. . . detrás del armario. . . —Y lanzando un gemido, ella perdió el conocimiento.

* * *

El juez de paz, dejándola en manos de Marianne, salió con el señor Blackday y fue a la casa de la señora Mac'Miche para abrir la caja y ver lo que contenía. Ellos encontraron la llave dentro de la cajita, pero tuvieron dificultades en descubrir la caja, empotrada en la pared y disimulada por el armario que ellos no pensaban poder desplazar, a causa de su peso. Sin embargo, al empujarlo, descubrieron que estaba sobre rueditas y que se desplazaba muy fácilmente.

Ellos pues abrieron la caja, y después de algunas dificultades para llegar hasta el interior, encontraron finalmente el tesoro. Los papeles relativos a los cincuenta mil francos de Carlos y las piezas de oro estaban separados de doscientos diez mil francos de la señora Mac'Miche. El juez los tomó, los contó, elaboró un proceso verbal de la toma de posesión, tomó enseguida seis mil francos en oro, proveniente de los intereses durante tres años, y dice: “Yo dejo a la señora Mac'Miche mil quinientos francos para pagar la pensión del pobre Carlos durante los tres años de privaciones y de martirio que él ha pasado con ella. Yo he entregado los seis mil a Marianne para el gasto corriente, y he guardado los cincuenta mil francos para entregarlos en sus manos cuando ella será definitivamente la tutora de Carlos.”

CAPITULO XVI

LA MAC'MICHE INMOVILIZADA

Estos señores volvieron a Marianne, donde encontraron a la señora Mac'Miche vuelta en sí de su desvanecimiento, pero con una lívida palidez. Al percibir las piezas de oro que el juez de paz entregó a Marianne, ella se incorporó lanzando un rugido como una leona a la cual le han quitado sus leoncillos, y recayó a los pies del juez de paz. El dijo mirándola con disgusto:

—¡Desdichada criatura! El amor del oro y la pasión de no perder una partida son capaces de hacerla morir. ¿Qué vas a hacer, Marianne?

—¿Si usted quisiera encargarse de ella, señor juez? Aquí no tenemos lugar; es imposible guardarla.

—¿Dónde está Betty? Si alguien pudiera encontrarla, ella aceptaría, yo pienso, cuidar de su antigua señora.

Y Carlos dijo:

—Betty está en casa de su hermana, la lavandera.

Mariane le dijo:

—¿Quieres ir a buscarla, Carlitos? Ella se establecerá en casa de la prima Mac'Miche.

Y Carlos dijo:

—Yo corro allá. . . pero. . . si yo podría llevar a la pobre Juliette que está tan pálida. . . El aire le hará bien.

Juliette le dijo:

—¡Oh, sí! Mi buen Carlos, ¡llévame! ¡Yo me ahogo! Yo tengo necesidad de aire y de movimiento.

* * *

Carlos puso el brazo de Juliette sobre el suyo y se fueron juntos para proponer a Betty a volver a tomar su servicio en casa de la señora Mac'Miche.

Betty rehusó de buenas a primeras; después cedió a las instancias de Carlos y de Juliette.

Carlos le dijo:

—Escucha, al cuidarla harás un acto de caridad, y tu allí estarás con mucho más agrado, porque al presente somos ricos y no te faltará de nada. Además, si ella es demasiado mala, si ella te aburre demasiado, tú te irás y vendrás a la casa nuestra o a la casa de tu hermana.

Estas razones hicieron que Betty se decidiera. Ella les acompañó a la casa de Marianne. En la ruta se encontraron con el carretero que había antes tenido una batalla con la señora Mac'Miche y que se había quedado en la comarca. Betty le preguntó si quisiera ayudarla a transportar a su señora a su casa. El entró pues en casa de Marianne, mientras que Carlos, que tenía dudas de hacer entrar a Juliette en presencia de la señora Mac'Miche,

le propuso continuar su paseo en las afueras de la aldea.

El carretero dijo al entrar:

—Muy buenos días, señora. ¿Está aquí la burguesa que hay que llevar a su casa? ¿Qué es lo que tiene, pues? Está blanca como un lienzo. ¡Uno hablaría de un muerto!

Betty respondió:

—No, no; ella no está muerta, ¡vamos! ¡Es que la gente mala se muere así! El buen Dios les conserva para darles tiempo de arrepentirse, y después viene el castigo de los vivientes.

—Veamos, ¿es necesario que yo la lleve?

—Sí, si lo quiere; ella no es pesada, yo pienso. Ella vive del aire, por la economía.

El carretero le dice riéndose:

—¿Y si ella vuelve en sí y le dan ganas de golpearme, ¿ustedes responden?

Betty le dice también riéndose:

—¡Oh! Yo no respondo de nada; usted tiene que protegerse.

El carretero responde con el mismo ánimo:

—¡Ah, pero! ¡Decidme! Es que yo no quisiera sentir sus garras sobre mi piel. Yo, de buenas a primeras, la suelto; ni uno ni dos, ¡al primer puñetazo yo la hago rodar por el suelo!

Betty le dijo:

—Haga como quiera; eso le concierne a usted.

El carretero dijo:

—¡Bien! ¡Levanto la encomienda! ¡Houp! ¡Allí voy!

* * *

La señora Mac'Miche se encontró cargada como un saco de harina sobre la espalda del carretero, con sus piernas colgando por detrás, su cabeza caída sobre el pecho del carretero. Betty les seguía. Ellos a penas habrían andado cien pasos cuando el fardo comenzó a agitarse.

El carretero dijo:

—¡Hey! ¡Burguesa! ¡No se mueva! ¡Es que se mueve como una anguila! ¡Pucha! ¡Agárrele de las piernas, señorita Betty! ¡Ella toca tambor sobre mis molletes como para romperme los huesos! ¡Vamos, pues, burguesa! Yo la voy a apretar un poco para hacer que esté tranquila!

El la apretó tan vigorosamente entre sus brazos de Hércules, que la señora Mac'Miche recuperó de hecho el conocimiento, y queriendo deshacerse del torno que detenía su respiración, ella apretó y pellizcó cruelmente el cuello del carretero. El lanzó un grito, o mejor, un alarido espantoso, y abriendo los brazos, dejó caer a su vieja enemiga sobre un montón de piedras al borde de la carretera. A su turno, la señora Mac'Miche gritó con toda la fuerza de sus pulmones. Betty le dijo con un tono de reproche:

—¿Por qué la ha arrojado?

Y el carretero le dice:

—¡Vaya! ¡Yo hubiera querido que usted vea eso! ¡Ella me ha pinchado hasta sacarme sangre, así de rabiosa que es!

—¡Pellizcado! ¡No es posible!

El carretero le dice:

—¡Allí tiene la marca sobre mi cuello!

—¡De veras que es cierto! ¡Es una traidora! ¡Ella no tenía más que los dedos libres, y se sirvió de ellos contra usted!

El carretero dijo:

—¡Yo le decía bien! Yo tenía como un presentimiento. . . Yo no me encargo más esta vez. Hasta la vista, señora Betty; estoy muy apenado de dejarla atada a este trabajo. Usted no la arrastrará sino dejándola calmarse al rodarse sobre las piedras. ¡Vaya! ¡Vaya! ¡Mire cómo se agita!

Y Betty le responde con un aire resignado:

—Envíeme algunas personas, por favor; yo voy a hacerla llevar a su casa.

* * *

El carretero, que era un buen hombre, se fue de allí, pero volvió pocos instantes después con una camilla y un amigo. Ellos levantaron a la señora Mac'Miche, a pesar de sus gritos, la pusieron sobre la camilla y la depositaron en su casa sobre su cama. A manera de agradecimiento, ella les prodigó fuertes injurias.

El carretero dijo:

—¡Vaya, vaya siempre! Yo me río de vuestros propósitos y de vuestras bofetadas. Yo tengo la oreja y la piel duras. No es por usted lo que he hecho; es por aliviar a la señorita Betty que es una chica valerosa y que tiene una reputación bien establecida en la comarca. ¡Hasta la vista, señorita Betty!

—¡Hasta la vista, señor Donald, y muchas gracias!

El carretero le respondió:

—¡Vaya! ¡Usted sabe mi nombre! ¿Cómo es eso posible?

—Yo lo he sabido desde el día cuando usted había tenido cierto agarre con mi señora. Dicen que usted debería establecerse en nuestra aldea; y usted aquí está de hecho.

El carretero le dijo:

—Es verdad, y yo espero encontrar un lugar para quedarme. Vamos, yo os dejo. ¿Vienes tú, Ned?

Y Ned le dice:

—Allí voy, allí voy. Buenas tardes, señorita Betty

—Buenas tardes y gracias, señor Ned.

El carretero le dijo:

—¡Ah, así! ¿Pero usted conoce a cada uno por su nombre?

—¡Esto no es difícil! Usted acaba de llamar a Ned; yo lo repito después de usted.

—Ella tiene el mismo espíritu —le dice Donald a Ned mientras se iban.

* * *

Betty se quedó sola junto a la señora Mac'Miche, le dio algunos cuidados que fueron rechazados con fuertes injurias. Ella gritaba:

—¡Yo quiero estar sola! ¡Yo quiero estar sola!

—Yo no puedo dejarla hasta que usted esté parada de nuevo sobre sus pies, señora.

La señora Mac'Miche intentó levantarse. Ella lanzó un gemido y volvió a caer sobre su almohada. Ella no podía ni enderezarse ni darse la vuelta sobre su cama. Betty, inquieta y dudando sobre alguna fractura, propuso a la señora Mac'Miche ir a buscar al médico, pero ella le dijo:

—¡Jamás! ¡Yo no quiero! ¡Mejor es morir que pagar a un médico!

—Pero la señora tiene quizás alguna cosa que le afecta en los huesos. Es necesario que alguien vea qué es.

Y Betty se esquivó para ir a buscar al doctor Killer (el doctor Matasanos).

* * *

La señora Mac'Miche dijo: “¡Desdichada, desafortunada que soy! ¡Me roban mi dinero; me quieren arruinar con médicos! ¡Mis pobres cincuenta mil francos! ¡Los han robado! ¡Y el oro, el oro! ¡Esas piezas tan lindas, tan encantadoras, las han tomado! ¡Oh, Señor mío! ¡Me han robado, me han asesinado, me han degollado! ¡Este bribón de Carlos! ¡Esa canalla de Marianne! ¡Ellos le han contado todo a este juez! ¡Un malvado juez de paz de cuatro centavos! ¡El me ha desvalijado! ¡Quién sabe cuánto me ha robado! Es necesario que vaya a ver ¡Mi llave! ¡Ellos se han llevado mi llave! ¡Me han robado mi llave!”

La señora Mac'Miche intentó de nuevo levantarse, pero sin más resultados que la primera vez.

“¡Dios mío! ¡Dios mío!” —exclamó, estallando en sollozos— “¡Yo no puedo llegar allí! ¡Yo no podré abrir mi caja querida! ¡Yo no sabré lo que me han robado, lo que me han dejado! ¡A dos pasos de mi tesoro, de eso que es mi vida, mi felicidad! ¡Y no poder llegar allí! ¡No poder tocar mi oro, acariciarlo, abrazarlo, apretarlo contra mi pecho, contra mi corazón! ¡Mi oro, mi querido y fiel amigo! ¡Mi esperanza, mi recompensa, mi gozo! ¡Oh! ¡¡Qué rabia y desesperación!”

* * *

Cuando Betty entró con el médico, la encontraron presa de un violento ataque de nervios acompañado de delirio. Ella no hablaba sino de su caja, de su llave, de su oro. El médico examina la pierna derecha, que no hacía ningún movimiento. El reconoció una fractura. Ayudado por Betty, desvistió a la señora Mac'Miche, la acostó sobre su cama, la vendó como se requería, puso el aparato requerido para que los huesos pudiesen soldarse, y mandó calma, mucha calma, de miedo que la cabeza no se comprometiera de hecho.

Betty creyó deber informar a Carlos y a las señoritas Daikins de lo que había ocurrido con su prima Mac'Miche. Ella pensó: “Yo voy a aprovechar de su momento de calma, para correr allá abajo.”

—¿Ya estás de regreso, Betty? —dijo Marianne, que ayudada de Carlos servía el tacu-tacu recocado, vuelto a enfriar y calentado—. ¿Almuerzas con nosotros?

Betty respondió:

—Yo no pediría algo mejor, seguro, pero no, ya que la prima Mac'Miche tiene la

pierna quebrada al presente.

Marianne le dice:

—¿Quebrada?! ¡Es posible! ¿Cuándo, pues? ¿Cómo, pues?

Betty contó lo que había ocurrido. Y continúa:

—Cuando el carretero la arrojó. El no tiene la culpa, porque ella lo ha pinchado. ¡Había que ver cómo su cuello se puso negro! ¡El dolor le ha hecho dejar la presa, y para mala suerte ella ha rodado sobre las piedras! Allí habrá sido que ella se ha fracturado, como dice el médico.

Y Marianne le dice:

—Escucha, Betty, almuerza con nosotros; justamente lo tenemos listo; el juez nos había dado un pollo que yo he frito. Está un poco seco a fuerza de haber esperado, pero todos nosotros somos jóvenes con buenos dientes y buen apetito. Además, aquí hay una omeleta para festejar el regreso de Carlitos.

—¿Y la señora Mac'Miche? Ella está sola.

Marianne le dice:

—Ella no tiene necesidad de nada, sino de reposo, ha dicho el médico, y tú, tú tienes como todos nosotros necesidad de comer. ¡Vé, pues! Es más de las tres, y nosotros acostumbramos almorzar a la una. Ven, mi Juliette, tú estás pálida y fatigada. ¡Siéntate a la mesa!

Marianne conduce y acomoda a Juliette en su lugar acostumbrado, se sentó al costado, y le sirvió una porción de omeleta bien caliente.

—¿Y bien, dónde está Carlitos? —dice Marianne al mirar por todos lados después de haber servido a Betty—.

Juliette le dijo:

—El va a volver, me ha dicho; nos pide que no le esperemos.

No hacen más observaciones y los comensales comen con un apetito agudizado por un retraso de dos horas.

* * *

Marianne comenta:

—Es singular que Carlos no vuelva, —dijo Marianne mientras guardaba la parte de pollo que le tocaba—. ¡Ojalá que no esté haciendo alguna tontería!

Juliette respondió rápidamente:

—¡Oh, no! ¡Al contrario!

Marianne pregunta:

—¿Cómo que al contrario? ¿Etonces tú sabes dónde está?

—Sí, él me ha dicho.

—¿Dónde está? ¿Por qué no me lo dices?

—Porque él me ha pedido no decirlo hasta que Betty haya terminado su almuerzo, para que ella pueda comer tranquilamente a gusto.

Betty dijo:

—¡Vaya! ¿Por qué esto? ¿A dónde se ha ido?

Juliette responde:

—El a ido para estar al lado de la prima Mac'Miche, en caso de que ella se fuera a despertar y tuviese necesidad de alguna cosa. El me ha pedido permiso para ir allá. Este es un buen sentimiento, y yo le he alentado a hacerlo.

Marianne le dijo:

—Tú has hecho bien, Juliette, y Carlos tiene un buen corazón, es un gran niño. ¡Está bien así! Lo que tú me dices me apeg a él y me da gran placer.

Juliette abrazó a su hermana. Ella tenía lágrimas en los ojos. Betty, que terminaba su almuerzo, dobló la servilleta, agradeció a Marianne y desapareció.

CAPITULO XVII TORMENTO DE LA AVARA Y DEL GATO

Carlos se había conmovido con el accidente enojoso ocurrido a su vieja prima. El tuvo el buen pensamiento de expiar las bromas innumerables que le había hecho, ayudando a Betty a cuidarla durante su enfermedad, que podría ser larga. El pues postergó su almuerzo a su regreso y corrió a la casa de su prima Mac'Miche. Cuando él llegó, ella ya había recaído en su delirio. Ella llamaba pidiendo socorro para guardar su oro que le robaban. Ella pasaba de las lágrimas de desesperación a los gritos de cólera y de terror. Ella no reconoció a Carlos, y le suplicó que le diera su oro, su pobre oro.

Carlos pensó que esta grande y peligrosa agitación quizás sería calmada por la vía de este oro tan amado, tan lamentado. El encontró una copia de la llave que estaba dentro de un cajón, abrió la cajita donde encontró otra llave, la de la caja, y al acordarse del lugar indicado, empujó el armario, que era fácil de remover, vio la chapa en la pared, la abrió, y encontró, después de alguna búsqueda el bien amado tesoro. El tomó las piezas de oro, volvió a cerrar el resto, y colocó las piezas sobre la cama de la señora Mac'Miche, al alcance de sus manos. Después él se sentó y esperó.

Ella no tardó en abrir los ojos, y al mirar sus manos vacías, decía a media voz:

—¡Nada! ¡Nada!

Después, al percibir sus piezas de oro, lanzó un grito de gozo, los tomó, los pasó de una mano a la otra, los bajó, los abrió, los contó, incluso los besó. Entonces percibió a Carlos y le miró con pavor:

—¿Por qué vienes tú? ¿Tú quieres robarme mi oro?

Carlos le dice:

—¡Esté segura, prima mía! ¡Al contrario, soy yo el que los ha vuelto a traer!

—¡Tú! ¡Carlos! ¡Mi amigo y mi salvador! ¿Eres tú? ¡Eh! ¡Carlos, que eres bueno! No se lo digas a nadie. ¡El me lo va a tomar de nuevo, este infame juez! ¿Dónde meterlo? ¿Dónde esconderlo?

—¡Debajo de su almohada, prima mía! ¡Nadie va a buscarlo allí!

La señora Mac'Miche le miró con desconfianza y le dice:

—Yo prefiero mejor guardarlo todo en mis manos.

Ella se agita, tiene el aire de buscar y dice:

—Tengo sed; Betty no me ha dado nada.

Carlos corrió a buscar algunas grosellas en el jardín, las aplastó dentro de un vaso de agua y añadió azúcar, y la presentó a la señora Mac'Miche. Ella bebió con avidez y dijo:

—¡Está bueno! ¡Está muy bueno!

Y después de un instante de reflexión dijo:

—¿De dónde has tomado el azúcar? Yo no quiero comprar azúcar.

—Es de Marianne; es ella la que os la proveerá, prima mía.

—¡En buena hora! ¡Eso está muy bien! Eso me hace bien. Dame aun más de eso, Carlos.

Carlos le alcanza un segundo vaso que ella bebe con la misma avidez que la primera vez y le dice:

—¡Está bueno! Yo me siento mejor. . . ¿Pero tú estás muy seguro que es Marianne quien paga el azúcar?

—¡Muy seguro, prima mía! No nos atormentéis más por ello.

—¿Y Betty? Yo no quiero pagarle.

—Usted no le pagará; ella no pide nada.

—¡Bien! Pero yo tampoco quiero alimentarla.

—Ella comerá en casa de Marianne. Cállese, prima mía. Se va a hacer todo para lo mejor.

—¿Y el médico? Yo no tengo por qué pagarle.

—Marianne pagará todo.

Estas promesas reiteradas calmaron a la señora Mac'Miche, que se quedó dormida apaciblemente.

* * *

Cuando Betty entró, Carlos le explicó lo que había ocurrido, lo que él había dicho y prometido, y recomendó bien que nadie le despojara de sus piezas de oro. Después él se retiró y corrió hasta sus primas. Al entrar, dijo:

—¡Aquí me tienes, Juliette! ¡Tengo una hambre terrible! Pero he hecho bien en ir allá. Yo te contaré eso cuando haya comido.

Marianne abrazó a Carlos antes de que comenzara su almuerzo. Juliette dejó su sillón, marchó tanteando hacia él, y tomándole la cabeza entre sus manos, ella le besó la frente varias veces.

Carlos le dice mientras come:

—¡Gracias, Juliette, gracias! Tú estás contenta conmigo. Lo que he hecho, no era sin embargo difícil. Esta desdichada mujer da lástima.

Juliette le dice:

—¡Piedad y horror! ¡Tal amor al oro es indignante! Yo preferiría más mendigar mi pan que verme rico y pegarme así a las riquezas.

Marianne les dice:

—¡Ay de los ricos! —ha dicho nuestro Señor—, los ricos que aman sus riquezas. Allí está el mal y la desdicha. . . Esto de amar este oro inútil. . . Esto de ser avara. . . Eso de no dar lo que nos sobra a aquellos que no tienen lo necesario.

Carlos le dice comiendo:

—Si yo alguna vez me hago rico, yo donaré todo lo que no me será absolutamente necesario.

Juliette le dice:

—¿Y cómo harás tú para reconocer lo que no es absolutamente necesario?

Carlos le dice comiendo:

—¡Vaya! Esto no es difícil. Si tengo un redingote, no tengo necesidad de tener un segundo. Si tengo una sala y un cuarto, no tengo necesidad de tener más. Si tengo un almuerzo a gusto, yo no tengo necesidad de tener otros diez platos para hacerme morir de

empacho. Y así con todo.

Juliette le dice:

—¡Tú tienes razón! Si todos los ricos hiciesen como tú dices, y si todos los pobres quisieran trabajar, no habría muchos pobres.

Carlos dice:

—Marianne, ahora que nosotros somos ricos, ustedes no iréis más a trabajar en jornada como antes.

Marianne responde:

—¡Todo será igual, mi amigo; ¿acaso no tenemos deudas que pagar? Y yo no las quiero pagar sobre la fortuna de nuestros padres, de la cual Juliette tendrá necesidad si yo le llego a faltar. Cinco años más de trabajo, y quedaremos liberadas.

Carlos le dice:

—¡Marianne, yo te ruego, paga con mi dinero! ¡Yo tengo más de lo que nos hace falta! Piensa pues, ¡dos mil cien francos por año!

Marianne responde:

—Ni tú ni yo tenemos derecho de hacer generosidades con tu fortuna, Carlitos. Tú eres un niño; y yo voy a ser tu tutora. Yo debo hacer lo mejor para ti y también para mí.

Carlos no dijo nada más. El se sentó junto a Juliette y arregló con ella el empleo de sus jornadas.

* * *

Juliette le dice a Carlos:

—Para empezar, tú me llevarás a la misa a las ocho. . .

Carlos le responde:

—¡Todos los días! Me temo que esto no sea un poco aburrido.

Juliette le dice sonriendo:

—Sí, todos los días. Y la misa no te aburrirá, yo estoy segura, cuando tú pienses que tú me procuras así felicidad y consuelo. Además, eso no es largo; es una pequeña media hora.

Carlos le dice:

—Bien, ¿Y después?

Juliette responde:

—Después nos iremos a darnos un paseo. Visitaremos algunas pobres gentes. Nosotros les haremos bien conforme a nuestros medios. Después volveremos y tú te ocuparás mientras yo tejo. Después del almuerzo nos daremos aun otro paseo, y después trabajaremos.

—Y yo ayudaré a Marianne a hacer el aseo de la casa. Y después yo jugaré un poco con el gato. Yo amo mucho a los gatos.

Juliette le dijo:

—¿No lo atormentarás?

—¡Oh, no! Yo me divertiré haciendo que él se divierta.

—Entonces está arreglado. Comencemos en seguida. Dame mi tejido, te lo ruego. Yo no sé en qué han venido a parar las historias de la prima Mac'Miche

Y Carlos le dice al darle su tejido:

—A propósito de la prima Mac'Miche, será necesario que yo vaya a menudo a ayudar a la pobre Betty a cuidarla. ¡Y ello puede durar largo tiempo! Betty no se aguantaría allí si ella no tuviese alguien que le vaya a ayudar. . . ¡Vaya! ¡He aquí el gato! ¡Minet, Minet, ven mi Minet, ven a conocer de tu nuevo amigo!

* * *

Minet se aproxima sin desconfianza e hizo la espalda arqueada y el ron-ron al frotarse a las piernas de Carlos, que le acaricia, le toma sobre sus rodillas y lo abraza. El gato se sintió a todo dar y cómodo, y frotó su cabeza contra el cachete de Carlos. Carlos le dice:

—Bien, mi amigo, tú eres un buen Minet. Yo seré tu amigo y te enseñaré a hacer cosas bonitas. . . Para empezar, ¿sabes aserrar? Tú vas a ver cómo es bonito y divertido.

Carlos colocó entre sus piernas las patas traseras del gato, tomó con cada mano una de las patas delanteras y una de las orejas y le hizo doblarse como los aserradores cuando aserran entre dos un tablón de madera. Después lo hizo pararse, después lo hizo doblarse otra vez.

El gato, no hallando el juego de su agrado, se debatía, pero en vano. Carlos cerraba aún más las piernas para sostener las patas del gato y sostenía con más fuerza las patas delanteras y las orejas. A cada reverencia que él le hacía ejecutar, el gato daba un semi maullido furioso. Y Carlos exclamaba:

—¡Bravo! ¡Muy bien! ¡El imita el ruido de la sierra! ¿Lo escuchas, Juliette? —Y hacía aserrar al pobre gato con vigor redoblado—.

Juliette le dice:

—¿Qué es lo que haces, Carlos? Me parece que tú lo atormentas. El maúlla como si no estuviera contento.

—¡De ninguna manera! El imita el ruido de la sierra, y está encantado. Si él fuera un obrero aserrador, le escucharías reír. . . o quizás proferir lisuras, porque todos ellos profieren lisuras. . . ¡Ay! ¡Ay! ¡Maldito animal! ¡Qué arañazo que me ha dado! ¡Allá va, que se escapa! ¡Espera, imbécil! ¡Tú vas a recibir por el arañazo!

* * *

Antes que Juliette hubiera tenido tiempo de detener a Carlos en sus proyectos de venganza, él había desaparecido. Ella escuchó correr, gritar lisuras al gato. Después escuchó varios maullidos desesperados, dos o tres gritos lanzados por Carlos, y después de un poco, nada. Dos minutos después, Carlos volvió junto a Juliette, quien le dijo riéndose:

—Carlos, ¿qué has hecho del pobre gato? ¿Por qué ha maullado y por qué has gritado?

Carlos responde emocionado:

—Porque tu gato es un mal animal que me ha mordido, arañado, y me hubiera hecho pedazos si yo no lo hubiera sostenido con todas mis fuerzas. ¡Así que le he dado un latigazo de importancia!

—¿Pobre animal! Este gato siempre ha sido muy bueno; eres tú el que le ha dado cólera al atormentarlo, ¡y yo estoy bien enfadada contigo!

—¡Oh! ¡Juliette! ¿Tú estás enfadada conmigo por un gato malo que me ha hecho daño, que tiene un carácter detestable, que no comprende el juego?

—¿Y cómo quieres tú que él se divierta con un juego que le hace doler o por lo menos le aburre?

—Es eso lo que prueba que es un animal.

—¿Y porque es un animal tú le golpeas, le azotas como si tuviese razón, como si pudiese comprender? Tú le haces a él peor de lo que te haría la prima Mac'Miche.

—Vamos, Juliette, no estés más enfadada; perdóname. Yo estaba de cólera, tú ves. El me había arañado antes de que yo lo haya golpeado.

—Yo te perdonaré si tú me prometes de no volver a comenzar y de no volver a golpear a mi gato.

—Yo te lo prometo; yo jugaré con él sin golpearle y sin atormentarlo.

—Bien; entonces te perdono. —Dijo Juliette sonriendo y tomándole de la mano—.

Y Carlos le dijo abrazándola:

—¡Gracias, mi buena, mi querida Juliette! ¡Cuán diferente eres de la vieja prima! ¡Cómo seré yo de feliz junto a ti! ¡Y cómo te obedeceré! ¡Tú ya ves cómo soy de dulce! En lugar de encolerizarme, en seguida yo te he pedido perdón.

Juliette le dijo sonriendo:

—¿A eso llamas ser dulce? ¿Y tu cólera contra el pobre gato?

Carlos también se ríe y le dice:

—¡Ah! Es verdad. Pero tú sabes que yo he prometido no volver a hacerlo. Dí, pues, Juliette, si corro hasta la casa de la prima para saber cómo está ella y si Betty no me necesita.

—Yo lo quiero; solamente te haré observar que ya es tarde, y que tú no has ordenado ni barrido la sala.

—Entonces voy a comenzar por allí.

* * *

Carlos, encantado de sí mismo, casi sorprendido de su docilidad, se pone a la obra con tal ardor que un cuarto de hora después todo estaba limpio, arreglado y puesto en orden. Y dijo:

—He terminado; y si tú verías cómo está bien, cómo está limpio, cómo todo está bien en su lugar, ¡tú estarías hermosamente contenta de mí!

Juliette le dice sonriendo:

—Sé modesto en la prosperidad, mi buen Carlitos. Tú tienes un aire triunfante que parece un poco de orgullo.

—¡Eso se debe a que hay razón para ello! ¡Esta escoba es excelente! ¡Ella ha barrido! ¡Ella fue toda sola! Yo también estoy contento. ¡Hasta la vista, Juliette! ¿No necesitas algo?

—Nada, gracias. No te ausentes demasiado tiempo.

—No, no, quédate tranquila; dentro de media hora estaré de regreso.

* * *

De un salto estuvo en la calle. Corrió hasta la casa de su prima Mac'Miche. Betty no estaba en la cocina. Ella había subido al dormitorio. Allí había encontrado a Mac'Miche sola, debatiéndose en su cama, diciendo frases incoherentes en un verdadero delirio. Betty estaba ausente. Ella abrió sus ojos asustados, la miró, tuvo el aspecto de reconocerla y le hizo ver sus manos vacías. Carlos le pregunta:

—¿Le han despojado de su oro?

—Todo, todo. Lo han robado todo: El oro, la llave, todo.

—Pero, ¿quién le ha robado el oro y la llave?

—¡Carlos! ¡Este Carlos maldito, que es amigo de las hadas; ellas lo han tomado todo! ¡Oh, mi oro! ¡Mi pobre oro!

Ella cayó sobre su almohada, y comenzó sus gritos y sus alaridos. Carlos estaba muy avergonzado, no sabiendo qué hacer, ignorando quién había quitado sus piezas de oro. El intentó darle de beber como había hecho antes. Después de haberle preparado un vaso de agua de grosellas se la presentó. Ella lo tomó, lo miró y lo arrojó en medio del dormitorio diciendo:

—¡Esto no es mi oro! ¡Yo quiero mi oro!

CAPITULO XVIII REMORDIMIENTO DE CARLOS

Carlos se sentó ante la cama de la desdichada loca y reflexiona. El se acordó de numerosas venganzas que él había ejecutado contra ella, del gozo que había experimentado al hablarle de sus cincuenta mil francos, y al observar la conmoción que esta revelación había ocasionado en el espíritu de la señora Mac'Miche, se acordó de las represalias a las cuales él quedaba expuesto ante cada injusticia o violencia de las que había sido víctima. El se acordó de los consejos sabios y moderados de la buena Juliette, y lamentaba haberlos desechado. El delirio, la agonía de esta mujer malvada despertaron remordimientos dentro de esta alma naturalmente derecha y buena. El se acusaba de haber provocado este delirio al hacerla creer de sus relaciones con las hadas.

El se arrepintió y lloró. Después de haber llorado, él oró arrodillado junto a la cama de esta mujer cuya boca vociferaba imprecaciones. El oró por ella, por él mismo; él imploró el perdón de Dios por ella y por él.

Cuando Marianne vino a saber las nuevas de su prima Mac'Miche, él encontró a Carlos orando y llorando aun. Sorprendida y asustada, ella lo levantó y le dijo:

—¿Qué tienes, mi Carlitos? ¿Está muerta? ¿Dónde está Betty?

La señora Mac'Miche estaba extendida pálida y sin movimiento; su delirio había cesado.

* * *

Carlos le dijo a Marianne:

—Ella aún está viva, pero estaba hablando cosas horribles. Ella pedía su oro, gritaba al ladrón y blasfemaba contra el buen Dios. Y yo oraba por ella. . . y por mí que contribuí a meterla en este terrible estado. No sé dónde está Betty. Cuando yo entré mi pobre prima estaba sola y en delirio.

Marianne le dice:

—¡Pobre Carlitos! Tú tienes buen corazón. Está bien haber orado por ella. Tú has sido tan desdichado con ella. . .

—Pero yo la he hecho llenarse de rabia en convenio con Betty. Temo haber contribuido a su enfermedad.

—Si tú has contribuido a su enfermedad, tú vas a contribuir a su sanidad por el cuidado que le das. ¿A dónde planeas ir al salir de aquí?

—A Juliette, que está sola desde hace tanto tiempo, y con quien tenía que juntarme dentro de media hora.

—Eh bien, mi amigo, para comenzar tu expiación, antes de volver, vé a buscar al médico. Le dirás que yo lo espero aquí, y le explicarás el estado en que has encontrado a tu prima.

—Sí, Marianne, yo corro allá. . .

—Pobre mujer, —dice él lanzando una última mirada sobre la prima Mac'Miche—,

¡cómo está asustada! ¡Qué sonrisa malévola tiene! ¡Vaya, ella abre los ojos! ¡Mira como les da vuelta!

—Es cierto que ella tiene la mirada. . . de un diablo, por decir las cosas tales como son. Sí, tú tienes razón. . . ¡pobre mujer! ¡Dios tenga compasión de ella! Yo la creo muy enferma, y quizás después del médico sea necesario ir al sacerdote.

* * *

Carlos corrió sin tomar aliento hasta el médico, a quien explica la situación alarmante de la señora Mac'Miche y la espera de su prima Marianne.

El médico bajó la cabeza y dijo que él la consideraba como perdida a consecuencia de la exaltación a la cual la llevó la restitución de los cincuenta mil francos operada por el juez de paz. El prometió volver allí después que terminase su cena.

Carlos se retiró muy triste y reprochándose amargamente haber provocado esta restitución por su carta al señor Blackday. Al volver abrió rápidamente la puerta, y fue a tomar lugar junto a Juliette. Ella le dijo, después que él hubo abierto la puerta:

—¡Eres tú, por fin, mi buen Carlos! ¡Cómo has estado tanto tiempo lejos! ¿Qué ha ocurrido? Tú estás triste, y no me dices nada.

—Estoy triste; es verdad, Juliette. Mi pobre prima está muy mal, y yo tengo remordimiento de haber contribuido a su enfermedad por los temores que le he ocasionado, las contrariedades que le he hecho soportar, y sobre todo por la parte que he tomado en la gestión del juez; él le ha tomado lo que me pertenecía a mí. El médico dice que es esto lo que le ha producido el delirio, la fiebre, y quizás lo que la matará, y soy yo quien habrá causado su muerte. Yo he rogado al buen Dios por ella y por mí, Juliette.

—¡Oh, Carlos, cuán feliz soy de oírte hablar así! ¡Qué bien me hace este retorno serio a los buenos sentimientos! Yo tanto había pedido por ti al buen Dios. . . ¿Tú lloras, mi buen Carlos? ¡Que Dios bendiga estas lágrimas y a aquel que las derrama!

En efecto, Carlos lloraba; él se echó al cuello de Juliette, que mezclaba sus lágrimas con las suyas, y él lloró aun por algún tiempo mientras su corazón oraba y se arrepentía.

* * *

Juliette le dijo:

—Carlos, toma mi *Imitación de Cristo* y lee allí un capítulo; eso nos hará bien a los dos.

Carlos obedeció y leyó con un acento emocionado un capítulo de este libro admirable. Cuando había terminado se sintió recuperado de su problema, y Juliette estaba calmada. Ella le dijo:

—Sabe tú que aunque tú no hubieras dicho nada ni pedido nada de la fortuna que te ha dejado tu padre, Marianne ya había hablado de ello al juez, y que mientras tú estabas en tu horrorosa Fairy's Hall, ellos habían hablado seriamente de ello. Marianne había entregado al juez el recibo de la señora Mac'Miche, y el señor Blackday se había cruzado con una carta del juez que le pedía reseñas sobre las sumas que te pertenecían y que retenía injustamente tu prima. Así, tú ves que tú no le has hecho ningún mal y que no debes tener

ningún remordimiento.

—¡Dios sea loado! ¡Gracias, Juliette, por esto que tú me das a conocer! ¡Qué peso quitas de encima de mi corazón!

Carlos besó la mano de Juliette que tenía entre las suyas.

* * *

Juliette le dijo:

—¿Entonces está muy enferma esta pobre mujer?

—Marianne la encuentra muy mal, pues ella ha hablado del sacerdote después del médico. Ella tiene un horrible delirio, y la pobre desdichada no habla más que de su oro; es difícil de entender.

—¡He allí los avaros! Ellos aman tanto su oro, que no tienen más corazón para amar al buen Dios ni a los seres humanos.

Alguien tocó la puerta. Carlos fue a abrir. Era Betty y el carretero Donald.

Carlos le dice:

—¡Por fin apareces, Betty! ¿Dónde estabas? Marianne está junto a mi prima Mac'Miche, que está muy mal.

Betty le dice:

—Yo le creo que está mal, después de lo que ha ocurrido. El señor juez ha venido a tomar la llave de la caja para que nadie pueda tocar allí durante la enfermedad de la señora Mac'Miche, no sea que alguien se diera cuenta de las piezas de oro que ella tenía en sus manos. Visto su estado el señor juez teme que ella los pierda, que alguien los tome. Cuando ella vio que el señor juez y el otro señor fueron a abrir la caja, ella gritó como una poseída. El juez, que no se turba así de fácil, vino junto a ella para tomar sus piezas de oro y meterlas en la caja. Ella se debatía y gritaba con toda la fuerza de sus pulmones. El otro señor vino en ayuda del señor juez y procedieron a arrancarle su oro, que ellos encerraron dentro de la caja y se llevaron la llave. A partir de ese momento ella se ha vuelto loca de furia. Ella me dio miedo, ¿sabes tú? Yo me dije que jamás yo no pasaría la noche sola junto de esta enajenada que llamaba a las hadas para que la socorran, y que me haría falta alguien que me ayude. He corrido de derecha a izquierda sin encontrar a nadie que quisiese darme este servicio. Yo me sentía desolada, he llorado, hasta que encontré a este buen señor Donald, que quiere hacerlo. Solamente venimos para ver a la señorita Marianne para que ella arregle el precio con el señor Donald por el tiempo que él pasará junto a la prima Mac'Miche.

Juliette dijo:

—Usted encontrará a Marianne junto a mi prima; ella está allí desde que Carlos fue a buscar al médico.

Betty dijo:

—¡Vaya! ¿Ella está entonces muy mal, para que se haya ido al médico?

—Carlos dice que Marianne la encuentra muy mal.

—Vamos de inmediato, señor Donald. Estas damas le pagarán bien, esté tranquilo.

Y Donald dijo:

—Sí, si es que no es vuestra burguesa la que paga.

Betty le dice:

—No, no; eso se arreglará. Hasta la vista, compañía.

* * *

Juliette le dijo a Marianne:

—Betty acaba de llegar con un carretero de sus amigos para hacer vigilia junto a la prima esta noche, para levantarla, hacerle cambiar de posición y sobre todo para dar seguridad a Betty, quien tiene un temor horrible de todo lo que dice la prima y de los gritos que lanza sin cesar.

Betty y Donald fueron pronto remplazados junto con Carlos y Juliette por Marianne, quien les dijo que el médico estaba muy preocupado, que había encontrado una fiebre ardiente, el cerebro bien comprometido. El había hecho una fuerte sangría la cual no había aún dado ningún alivio. El encontró que la idea de Carlos, de dejarle tener el oro en sus manos había sido excelente y había ya aportado calma, pero el temía mucho que el despojo violento de este oro condujera a los más funestos resultados. Marianne continúa:

—Y ahora, Carlos me va a ayudar a preparar la cena. Nuestra jornada ha estado toda afectada desde hace once horas. Tú estás pálida, mi pobre Juliette, ¿quieres dar un pequeño paseo con Carlos mientras yo pongo el cubierto?

Juliette aceptó la propuesta de su hermana y Carlos la condujo, y ella le dijo:

—Si nosotros fuéramos a pasar algunos instantes a la iglesia, Carlos, ¿quisieras? Y de allí nos iremos a la casa del señor cura para hacerle conocer el estado de nuestra desdichada prima y para pedirle que venga a verla.

—Con placer, Juliette; yo oraré mejor en la iglesia que en la casa de mi prima Mac'Miche.

Ellos fueron allá y encontraron saliendo al excelentísimo señor cura, a quien informaron del estado de la señora Mac'Miche. El dijo:

—Yo voy a ir allá; yo pasaré la noche allí si fuera necesario, pero no la dejaré morir sin sacramentos.

Carlos y Juliette acortaron su paseo, porque Carlos no quería dejar a Marianne preparar ella sola para la cena.

Después de la comida vino el momento de acostarse; y se dieron cuenta, en el último momento que no había cama para Carlos. El propuso acostarse sobre dos o tres sillas, pero Juliette rehusó eso absolutamente. Ella se acostó con Marianne, y deja su cama a Carlos, a pesar de una resistencia desesperada.

CAPITULO XIX

CARLOS HEREDERO DE TODO

Carlos se despertó temprano. El tuvo dificultad de abandonar su excelente cama, pero él quería ir a saber las nuevas de la enferma antes de conducir a Juliette a la misa. Eran las cinco; no había tiempo que perder. El saltó pues de su cama, corrió a la cocina para hacer sus abluciones, se lavó desde la cabeza hasta los pies en una cubeta de agua bien fresca, se peinó, se cepilló, se vistió sus ropas usadas, rotas y sin color definido, y sonrió al momento en que Marianne entró para hacer el fuego y preparar el desayuno.

Marianne le dice:

—¿Ya estás listo, Carlitos? ¿Y a donde vas tan de mañana?

—Yo voy a saber las nuevas de mi prima y dar a Betty una hora y media de descanso. Ya es cerca de las seis, yo estaré de regreso a las siete y media

—Vé, vé, mi amigo; está muy bien. Vuelves exactamente a las diez. Sin hacer un aseo de la casa, vé. Es necesario que un poco antes de las ocho nosotras hayamos desayunado y que yo esté lista a partir para comprar una cama, ropa, sábanas, todo lo que te falte, en fin, y después iré a trabajar de jornada en la casa del señor juez.

—Yo seré exacto, a menos que alguien me retenga como prisionero, lo que no pienso.

* * *

Carlos corrió a la casa de la señora Mac'Miche, a quien encontró en un estado cada vez más alarmante. La noche había sido horrible. Ella había rechazado al cura una parte de la noche, tomándolo por uno de los ladrones de su tesoro. Pero a fuerza de dulzura, de caridad, de exhortaciones afectuosas y paternas, el cura había logrado a hacerse escuchar. El también obtuvo una confesión, aunque incompleta, porque ella le interrumpía varias veces para gritar: “¡Yo no quiero hablar de los cincuenta mil francos de Carlos; me los han tomado!”

Después ella había parecido más calmada, pero cuando el cura, agotado por la fatiga se retiró para tomar dos o tres horas de reposo, ella fue presa de su agitación que siempre iba en aumento hasta la llegada de Carlos. La pobre Betty estaba extenuada. Donald dormía y roncaba en un sillón, después de haber velado toda la noche. Carlos prometió a Betty buscarle y enviarle una mujer para remplazarla y tomó su velocidad acostumbrada para informar a Marianne de lo que pasaba. Marianne le dijo:

—Yo misma iré a remplazar a Betty; ella va a comer algo, se va a acostar a dormir hasta la tarde. Y yo, después de haber hecho mis compras, pasaré la jornada allá abajo en lugar de ir al juez de paz. Anda a anunciarle, Carlitos, dile por qué yo no voy a su casa el día de hoy. Yo te confío mi pobre Juliette; cuídala, y ve a hacer el almuerzo y la cena lo mejor que puedas para todos nosotros, porque puede ocurrir que nosotros demos de comer a Betty y al guarda de la enferma que ella se ha escogido para acompañarla.

—Pero tú, Marianne, ¿no vas a quedarte todo el día en casa de mi prima? ¡Qué

fatiga para ti! ¡Y qué espectáculo de esta pobre mujer moribunda que no sueña más que en su oro!

—Tú me enviarás a alguien para relevarme a la hora del almuerzo. En la noche, Betty volverá a tomar su puesto junto a la enferma, y yo el mío junto a Juliette.

* * *

Carlos hizo la comisión de Marianne al juez que le recibió muy amablemente y que prometió enviar su mucama dos o tres veces en el día para dejar a Marianne la libertad de tomar su comida y de hacer la limpieza.

Todos ellos tomaron su café al regreso de Carlos, y cada uno se fue a sus asuntos. Marianne liberó a Betty y le hizo tomar su desayuno, lo mismo que a Donald que se había despertado y que se tragó un jarro lleno de café con leche con una libra de pan que él metió dentro para remojarlo. Betty se acostó, Donald se fue a dar una dormidita en la sala y Marianne se quedó sola junto a la enferma, que estaba calmada.

La calma continuó y dio a Marianne tiempo de arreglar el dormitorio, de lavar lo que estaba sucio, de enjuagar todo, limpiar. La prima Mac'Miche dormía siempre. Marianne pensó: “Esta es una crisis favorable; al despertarse ella habrá recobrado todo su conocimiento.”

Carlos había conducido a Juliette a la misa; después, en lugar de pasearse ellos volvieron a casa para hacer la limpieza. Juliette dijo:

—Marianne podrá descansar bien cómoda cuando vuelva, porque no tendrá que hacer nada.

Carlos fue sorprendido al ver la parte que tomó Juliette en el trabajo que parecía imposible para una ciega. Mientras que Carlos barrió, ella lavó y enjugó la vajilla, la colocó en el armario, y limpió el horno. Enseguida fueron a hacer las camas, y a barrer y limpiar por todos los lados. Ellos recibieron la ropa de cama y los efectos que había comprado Marianne y los pusieron todo en su lugar.

Carlos se probó en seguida su ropa nueva. Le quedaban a la maravilla y le ocasionaron un gozo que compartió con Juliette. Cuando todo fue terminado, Juliette tomó su tejido, y Carlos tomó un libro y leyó en voz alta. Era un libro instructivo y divertido, intitulado *Instrucciones familiares* o *Lecturas de noche*.

* * *

Después de haber leído por algún tiempo, Carlos dijo:

—¡Qué libro tan bueno e interesante! Estoy contento de leerlo. ¡Qué historias divertidas se narran en él! ¡Todo el mundo debería tener este libro! Cuando yo tenga dinero, yo lo compraré, de seguro. ¿Cuesta caro?

Juliette le responde:

—¡Pero sí! Caro para nosotros que no somos ricos. Los dos volúmenes, que son muy gruesos, es verdad, cuestan cinco francos.

—¡Qué lástima! ¡Es muy caro! Yo no tengo ni un centavo.

—Pero cuando tú tengas tu fortuna, lo podrás comprar.

- Dime, Juliette, ¿cómo ha hecho la prima Mac'Miche para ser tan rica?
 —Yo no sé; ella la habrá amasado privándose siempre de todo.
 —Pero, ¿de qué le servía su plata si ella se privaba de todo?
 —De nada; no le ha procurado jamás la menor dulzura.
 —¡Qué absurdo es ser rico para vivir como si una fuera pobre! Dime, Juliette, si ella se muere, ¿qué se hará con su dinero?
 —Yo no sé absolutamente nada; espero que se lo darán a los pobres.
 —Eso estará bien hecho, porque yo no le he visto jamás dar un centavo a un pobre.

* * *

La hora del desayuno se aproximó, Carlos tuvo consejo con Juliette y deciden que comerían una tortilla frita en manteca y una ensalada con crema espesa. Carlos fue a comprar lo que sería necesario, prendió el fuego, y ayudado de Juliette que rompía y batía los huevos, hizo una tortilla muy pasable a la que Juliette dio sazón y daba vueltas a la ensalada hecha de verduras que Carlos había recogido todas frescas en el jardín, y que él había lavado y alistado.

Marianne volvió exactamente para almorzar, y dijo al entrar:

—A la prima Mac'Miche no le va bien; ella no se ha movido desde que yo entré, he aquí casi cinco horas. Betty duerme siempre; yo no he querido molestarla. Pero yo he sacudido y despertado a Donald para hacerle tomar mi lugar junto a la prima, con orden de venir a buscarme tan pronto como se despierte.

Juliette le dijo:

—Has hecho bien, y nosotros no hemos perdido nuestro tiempo, Carlos y yo. Mira, Marianne, si la limpieza está bien hecha, si todo está en orden.

Marianne dice mirando a todos lados:

—¡Bien! ¡Muy bien! ¿Es Carlos que ha hecho todo esto?

Y Carlos le dice:

—Con Juliette, quien me ha ayudado y que me decía lo que había que hacer.

* * *

Carlos escuchó con gran placer los elogios de Marianne y el informe muy favorable de Juliette. El propuso a Marianne remplazarla por una hora o dos junto a la prima, en tanto que Donald y Betty vendrían a almorzar mientras él estaba allá abajo. Marianne consintió en ello, y Carlos que se había despachado un poco como almuerzo, partió dejando a sus primas aun en la mesa.

Cuando él entró en casa de la prima Mac'Miche, se creyó dentro del castillo de la Bella Durmiente. Betty dormía, Donald se había vuelto a dormir, la enferma dormía tan profundamente que ningún ruido la podría despertar. El pensó: “Sería, sin embargo, bueno hacerla tomar una tisana o cualquier cosa, no importa qué. Ella duerme con la boca entreabierta; debe tener la garganta reseca.”

Carlos removió una silla, empujó un sillón, hizo retroceder la mesa, hizo caer un libro. Pero ella dormía siempre. Sorprendido de este largo y tan profundo sueño, él se

aproximó a ella, le tomó la mano y la soltó rápidamente lanzando un grito sofocado: Esta mano estaba helada. Escuchó su respiración, y no sintió nada. Inquieto y alarmado llamó a Donald, pero Donald no escuchaba y dormía siempre.

El pobre Carlos, cada vez más asustado, corrió a la casa del cura para comunicarle sus temores y para pedirle venir a dar a su prima una última absolución y bendición si todavía había tiempo. El cura se apresuró para acompañar a Carlos hasta el lecho de. . . la muerte (porque ella estaba realmente muerta). La examinó algunos instantes, se arrodilló y dijo a Carlos:

—Mi niño, ruega por el descanso del alma de la desdichada prima: ¡Ella no es más!

* * *

Carlos oró junto al cura y con él, y reflexionó con tristeza en la existencia egoísta y en la muerte deplorable de esta mujer desdichada que el amor del oro había matado. El pensó: “Si alguna vez el buen Dios me envía una fortuna parecida a la suya, yo procuraré de emplearla más caritativamente y en hacer que de ella tengan provecho los demás.”

El cura envió a Carlos a despertar a Betty y avisar a Marianne. El se encargaría de terminar con el tan largo sueño de Donald mediante algunas sacudidas vigorosas y fue él mismo a avisar al juez de paz, a fin de que tome las medidas legales necesarias.

El juez de paz fue con el cura y con el señor Blackday para ver los papeles y poner las lacras sobre la caja. Ellos comenzaron por visitar los cajones y los armarios con la esperanza de encontrar allí un testamento, pero no lo encontraron. Ellos abrieron la caja que contenía el tesoro. Ellos constataron la posesión de doscientos y tantos miles de francos, y encontraron un papel escrito por la mano de la señora Mac'Miche. El juez lo abrió y leyó como sigue:

“Para obedecer al voto expresado por mi primo Mac'Lance, yo dejo a su hijo Carlos Mac'Lance todo lo que yo poseo, con la condición de que yo seré tutora del niño después de la muerte de su padre; que yo habré en manos la suma de cincuenta mil francos que le pertenecen a él y que el ingreso de este dinero será gastado por mi como lo juzgue conveniente para su educación y sus necesidades personales, hasta su mayoría de edad. CELESTE, VIUDA DE MAC'MICHE, en Dunstawll, el 12 de Julio de 1740.”

Junto con este papel se encontró una hoja conteniendo la voluntad expresada por el señor Mac'Miche de que Carlos fuera entregado a su prima la señora Mac'Miche, a quien él designaba como tutora del niño. El autorizaba emplear para su educación la renta de cincuenta mil francos que él depositaba en manos de la tutora de su hijo para ser entregados a Carlos cuando alcanzara la mayoría de edad.

El juez dijo:

—Está bien en regla. Todo es de Carlos.

* * *

El señor Blackday comentó:

—Yo me asombro de que ella no haya quemado este papel que asegura los derechos de Carlos a los cincuenta mil francos.

Y el juez le responde:

—Ella lo habrá guardado para constatar en caso de ser necesario que ella era tutora de Carlos por voluntad del padre, y que ella tenía el derecho de conservar el ingreso de esta suma hasta la mayoría de edad de Carlos. Nosotros vamos a contar lo que contiene la caja aparte de docientos mil francos.

Después de haber visto todo y contado todo, el juez encontró 215, 400 francos.

El cerró la caja, retiró la llave y dijo:

—Yo la tomo hasta que Marianne sea nombrada tutora de Carlos; entonces será ella quien tendrá la custodia de todo.

El juez, el señor Blackday y el cura salieron, dejando a Betty con dos o tres amigas a quienes había atraído lo acontecido, a proceder con los últimos cuidados a dar al cadaver de la señora Mac'Miche.

Nadie la amaba ni nadie lamentaba su muerte. Carlos, que había sufrido más de su maldad y de su avaricia fue el único que lloró en su entierro.

* * *

Cuando el cura, el juez y el señor Blackday anunciaron a Carlos que él sólo era el heredero de doscientos mil francos de la difunta, estos señores no pudieron retener una sonrisa ante la profunda estupefacción que expresaba la fisonomía del heredero. La primera palabra de Carlos fue:

—¿Y los pobres?

El juez le dijo:

—Los pobres no tendrán más de lo que tú querrás bien darles. Todo es tuyo.

Carlos dijo:

—Señor juez, entregue, yo le ruego al señor cura, para los pobres lo que usted quiera dar.

—Ni tú ni yo podemos dar nada, Carlos; pero cuando Marianne sea tu tutora, ella hará lo que quiera.

—¡Bien! ¡Marianne querrá hacer como yo quiero.

Y Marianne dijo:

—Esto no es muy seguro, mi amigo. Eso dependerá de lo que tú pidas.

Carlos dijo:

—¡Bien! Yo quiero que ustedes estén como se debe en cuanto a comodidad. Y tú, mi buena, mi querida Juliette, tú serás cuidada como una princesa. Tú no estarás jamás sola.

Juliette dijo:

—¡Oh! En cuanto a mí yo no pido que cambie nada. Yo me encuentro muy feliz contigo y mi querida Marianne; yo no quiero ser cuidada más que por ustedes.

* * *

El juez, el cura y el señor Blackday se fueron, y Carlos pudo conversar libremente con sus primas de sus nuevas riquezas y de su empleo. Dijo Carlos:

—Para empezar quiero decirles lo que querré. Que ustedes den a los pobres todo lo

que sobrepasa a los docientos mil francos. Además que den al cura para arreglar nuestra pobre iglesia, cinco mil francos. Además, que todos los años hayan tres mil francos para los pobres. Además que tengamos a Betty con nosotros. Después que yo pueda tomar con el señor cura las lecciones de todo lo que yo querré saber y que no sé. . .

Juliette le dijo:

—Basta, basta, Carlos; tú mandas demasiado.

—No, no demasiado, porque mi solicitud más fuerte no ha sido dicha aún, pero yo la diré más tarde.

Juliette le dice:

—¡Ah! Tú ya tienes misterios de propietario. ¿Es que no me los harás conocer?

—No, menos a ti. Pero, Juliette, ¿sabes tú que yo me sonrojo de la educación que yo he recibido hasta aquí? Yo no soy bueno para nada; yo no sé nada. Si la señora hubiera querido bien dejarme ir a la escuela, donde uno trabaja desde las ocho de la mañana hasta las once, además de una a cuatro horas en mi aplicación yo habría aprendido muchas cosas en estas seis horas de trabajo.

—Tú tienes perfectamente la razón, mi amigo; muchas veces yo he gemido por tu ignorancia. La prima Mac'Miche te hacía leer en voz alta las historias cortas. Ella te dictaba algunas cartas de vez en cuando. Esto no es una educación. Habla de eso a mi hermana; ella te dirá lo que se hará al respecto para saber bastante, pero no demasiado.

CAPITULO XX EL GATO PAGA EL PATO

Marianne y Carlos se ocuparon de los funerales de la señora Mac'Miche. Carlos conversó muchas veces con el juez de paz de su nueva situación y del provecho que él podría sacar. El pidió con tanta insistencia pagar las deudas de sus primas, que el juez acabó por permitirselo, pero solamente de sus ingresos. Le dijo:

—Porque tú no puedes disponer de tu fortuna antes de tu mayoría de edad.

Cuando la prima Mac'Miche fue devuelta a la tierra, que se abre y se cierra para todos por igual, el juez hizo nombrar a Marianne tutora de Carlos, a la cual se asignó como gastos de educación y de mantenimiento los ingresos de su fortuna, lo que dio a las dos hermanas un desahogo que ellas disfrutaron cada día y a cada hora del día.

Marianne tomó a Betty en su casa, y para evitar que trabajaran otros en las jornadas necesarias al servicio de la casa y el cultivo del jardín que pertenecía a las dos hermanas, etc., Betty propuso hacer entrar a Donald al servicio de ellas. Y cierto tiempo después Donald propuso a Betty entrar a su servicio al tomarla por esposa. Betty sonrió, se ruborizó, se rió a carcajadas, dio dos o tres cachetadas en señal de adhesión, y un mes después celebraron en casa de las dos hermanas las nupcias de Betty y Donald.

* * *

Poco tiempo después el juez propuso a Marianne una buena inversión para Carlos. Una bella y buena mujer con una propiedad de ochenta mil francos estaba por vender cerca de Dunstanwell. Marianne habló de ello a Carlos, que brincaba de gozo con el pensamiento de tener una granja y de vivir en el campo. La propiedad fue comprada y pagada. Marianne se encargó de los arreglos interiores y de la dirección de la limpieza. Betty se convirtió en ama de la granja y su marido retomó su antigua ocupación de obrero, carretero, segador, etc.

Ellos se quedaron en la casa de Marianne y de Juliette, que era suficientemente grande como para alojar a todos, y que ellos arreglaron convenientemente hasta el momento, impacientemente esperado cuando pudiesen habitar la granja de Carlos.

En la espera de la instalación definitiva, Carlos guiaba a Juliette todos los días, en la mañana y en la noche, para tomar conocimiento de su futura morada para que ella se orientara dentro de la casa y en las afueras. Muy pronto ella pudo ir sin guía dentro de la habitación y sus dependencias, el establo de las vacas, los rediles, la caballeriza, la lechería. A menudo ella creía estar sola, pero Carlos, temiendo algún accidente, la seguía siempre de lejos y no la perdía de vista. El la conducía a los campos, a la represa en un bonito bosque que estaba vecino a la granja.

Juliette se sentía dichosa de respirar el aire puro del campo. Tal vista tranquila y uniforme le caía tan bien a su debilidad y ella se encontraba tan contenta en medio de este entorno alegre, animado, ocupado.

Carlos bendijo a la prima Mac'Miche, que sin quererlo había contribuido tanto a su

felicidad y a la de Juliette y de Marianne. Betty y Donald no cesaban de jactarse de su dicha; se les escuchaba cantar y reír a lo largo del día.

* * *

Solamente el gato no tomaba parte alguna en esta satisfacción general. El pasaba solo y triste gran parte de sus días dentro de la casa de la aldea, buscando a sus amas ausentes, y feliz de ver al final del día a su perseguidor Carlos, cuya amistad le era sin cesar fatal.

Cierta mañana Betty había preparado pasta para hacer fideos. A Carlos no le gustaban, lo que le había ya valido algunos reproches de Marianne. Ella le decía: "Es una mala costumbre, Carlos, de no comer ciertas comidas. Se debe procurar amar todo y comer de todo."

Cuando pues Carlos vio esta pasta que se extendía sobre una fuente como burlándose de él, resolvió deshacerse de ella. Pero, ¿cómo hacer que desapareciera? Minet, que merodeaba alrededor de esa fuente que parecía desear vivamente y llegar a él, le pareció un excelente cómplice. El lo llamó, lo acarició, lo abrazó, le hizo oler el plato, y finalmente, colocándolo en el suelo puso la pasta cerca de él.

Minet se lanzó sobre ella hambriento, mordió, jaló, mordió una y otra vez, y tanto, que tenía la boca llena sin poder separarla con sus dientes para tragársela por bocados.

La incomodidad y la triste figura del pobre gato le parecieron tan placenteras a Carlos que se puso a reír. El gato recurrió a sus patas delanteras para deshacerse de esta pasta que no podía ni tragar ni desechar. Los movimientos convulsivos y desordenados de las patas del gato redoblaron la hilaridad de Carlos y atrajeron a Marianne, Betty y la misma Juliette. Los saltos y los paseos para atrás que ejecutaba el infortunado Minet jalando siempre con él esa gran cinta de pasta le hicieron reír de buenas a primeras a Marianne y a Betty. Juliette interrogó a Betty sin obtener una respuesta. Carlos le explicó la causa de su alegría, y Juliette le dijo:

—Esto no es para nada risible, Carlos. Mi pobre Minet se sofoca; esto es lo que ocasiona los saltos que les divierten a todos ustedes. Yo te ruego, líbrale, quítale esa pasta, sin lo que él se va a ahogar.

Carlos vio a Juliette seriamente inquieta, corrió al gato, jaló la pasta que se pegaba a sus dedos y continuó a jalar hasta que hubo librado al gato, que se escapó desde que pudo respirar libremente.

Juliette dijo:

—¿Por qué, pues, Carlos, te ensañas siempre con este pobre gato? Tú eres sin cesar causa de algún disgusto para él.

Carlos dijo:

—Pero yo te aseguro, Juliette, que yo no sabía en absoluto que esta pasta era como goma de la cual uno no se podía deshacer. Yo creía que le iba a convidar.

Marianne regañó un poco. Betty gritó bastante y lamentó la pérdida de su pasta, que ella había amasado con tanto cuidado. Carlos permaneció insensible a sus lamentos y le pidió nunca más hacer algo semejante.

Otro día Minet, que merodeaba por todos lados y que metía su nariz en donde no tenía nada que hacer, dirigió su inspección en un costado de una canilla de agua sobre la cual se encontraba un tazón de mantequilla salada. La mantequilla le parecía apetitosa a Minet. El lo rozó delicadamente con su nariz, sin prestar atención a Carlos que se encontraba cerca.

Apenas la nariz del gato tocó la mantequilla, Carlos dio vuelta a la llave de la canilla, y un chorro de agua fría vino a empapar al ladrón. Los gritos, los saltos del gato provocaron un nuevo acceso de alegría en Carlos. El gato se escapó a la cocina, donde se metió cerca del fuego para secar su pelambre. Carlos le siguió y dijo: “¡Tú has tomado un baño frío, mi amigo! Eso es para enseñarte a no ser goloso. Pero como soy yo que te ha empapado, seré yo que te secará y te calentará.”

Y Carlos, echando mano de una chaquetita que Juliette acababa de terminar para el hijo de una pobre mujer, tomó al gato sobre sus rodillas sin encontrar ninguna resistencia, le pasó las patas delanteras por las mangas de la pequeña chaqueta, ató los cordones, tomó un gorrito destinado al mismo niño y lo ató a manera de bonete sobre la cabeza y alrededor del cuello del gato. Este comenzó a impacientarse y buscaba deshacerse del bonete con las patas, las cuales estaban a su vez incomodadas dentro de las mangas de la chaqueta. Pero Carlos, ocupado del arreglo aun no terminado de Minet, no dio atención a sus gestos y síntomas significativos, y envolvió los riñones y las piernas del gato con una toalla a manera de mantilla.

Cuando había terminado le hizo acostar sobre una silla y lo cubrió con otra toalla, que remplazaba una frazada. El gato continuó debatiéndose, pero estorvado por las mantillas que lo envolvían, maullaba furiosamente sin poderse escapar.

Betty entró, regañó a Carlos, levantó la toalla que envolvía al gato, e iba a liberarlo del resto, cuando él dio un salto prodigioso y se escapó a la calle por la puerta abierta. El corrió despavorido y los perros del barrio se pusieron a perseguirlo, la chaqueta impedía sus movimientos, y él pronto hubiera sido hecho pedazos si Betty y Carlos, que habían corrido tras él, no hubieran llegado a tiempo para librarlo y poner en huida de los perros de los cuales estaba rodeado.

Betty, indignada contra Carlos, arranchó el bonete y la chaquetita, y llevó a Minet en alto. Carlos, avergonzado y con las orejas bajas la siguió y encontró junto a la puerta de la casa a Marianne y a Juliette que habían venido a ver la causa de este ruido desacostumbrado.

* * *

Marianne preguntó a Betty:

—¿Qué es lo que pasa aquí, Betty? ¿Tras qué corrías tú con Carlos? ¿Por qué esta bulla, y por qué se han juntado estos perros?

—¡Porque Carlos acaba otra vez de hacer de las suyas!. El pobre Minet hubiera sido devorado, o por lo menos hecho pedazos por esta tanda de galgos, si yo no hubiera llegado a tiempo para salvarlo. Tome, señorita Juliette, aquí lo tiene, su pobre gato espantado y temblando.

Betty puso a Minet en los brazos de Juliette. Carlos guardaba silencio y conservaba su actitud humilde y culpable. Juliette no le escuchaba, le creía ausente. Y le dijo a Betty:

—Yo estoy muy apenada de lo que dices, Betty, no a causa del gato, pero por el mismo Carlos. ¡Este pobre Carlos! Con tan buen corazón él se hace temer y se vuelve desagradable a todo el mundo. ¿Qué medio puedo yo emplear para impedirle hacer maldades y tonterías? Yo amo a este pobre niño que me daba lástima desde que yo le conozco. Yo creía que él también me amaba y que por medio de este afecto lograría calmar este carácter hirviente y arrebatado. Es singular que yo me haya equivocado al respecto. El es tan cuidadoso, tan atento conmigo. . . Yo lo he encontrado siempre tan dedicado, tan dócil a mis consejos. . . Yo creía firmemente que él me amaba, y que por este afecto yo le conduciría a buen puerto.

* * *

Juliette lloró. Hasta ese momento, Carlos, emocionado y avergonzado, no había dicho nada. Marianne le había dejado hablar a Juliette, cuyas amonestaciones siempre tenían tanto poder sobre Carlos. Pero cuando él escuchó a Juliette expresar dudas sobre la ternura tan viva y tan reconocida que él le tenía, se puso púrpura, sus ojos tomaron una expresión indignada, y cuando ella acabó de hablar, él por poco la tumba arrojándose a su cuello y oprimiéndola entre sus brazos. Le dijo:

—¡Juliette, Juliette, no digas, no repitas jamás lo que acabas de decir Yo te amo; tú sabes que te amo, y que tú no puedes, no debes creer que yo sea insensible a tu bondad, a tu dulzura! Que yo sea ingrato hacia ti que me has colmado de bondades y de testimonios de afecto. No es una maldad lo que he hecho; es una tontería, una bestialidad. Yo había remojado a Minet que se encontraba sobre la canilla de la bomba; yo he querido secarlo, y le he vestido con algunas prendas que había encontrado aquí.

Juliette sonrió; su descontento había pasado.

Carlos continuó:

—Y él se ha escapado a medio desvestir por las manos de Betty. Yo he corrido tras él con Betty, para impedir que los perros lo muerdan. ¡Eso es todo! ¿Estás resentida conmigo aún, Juliette?

—No, mi pobre Carlos, yo no estoy más resentida contigo. Puesto que me amas, tú me escucharás, y cuando yo llegue a hacerte amar al buen Dios, tú le escucharás también, yo estoy segura.

—¡Oh, sí, Juliette! Yo le escucharé, yo te escucharé, yo escucharé a todos los que tú me ordenes escuchar. . . Con excepción de Betty, —continuó él cambiando de tono—, porque Betty es mala; ella siempre te pone contra mí, y yo no la amo en absoluto.

Y Betty dijo:

—Tómalo como quieras, mi niño. Me ames o no me ames, yo me río de ello. Mientras que eras desdichado con la prima Mac'Miche, yo me interesé en ti, y te he protegido mientras he podido. Pero ahora que tú no tienes necesidad de nada, que eres como un pollo en pasta, yo me río de tu amistad, de tu reconocimiento. Se ingrato a tus anchas, mi niño; no seré yo que te hará un reproche.

Estas palabras de Betty cambiaron en un instante los sentimientos de Carlos. El corrió a ella y le dijo:

—Perdóname, mi buena Betty; sí, yo sería ingrato si no te amara. Realmente yo tengo amistad y reconocimiento para ti. Eso que he dicho en este momento provenía de un resto de humor de lo que le habías hecho creer a Marianne y a Juliette, que yo había cometido una maldad, mientras que yo no había hecho más que una tontería. Espero no comenzar a meter la casa en revolución.

Marianne le dijo:

—Está bien, Carlitos, está muy bien; no pienses más en ello. Eso no vale la pena.

—Yo pensaré en ello, Marianne, para acordarme de las buenas palabras de Juliette y de tu indulgente amistad.

Juliette dijo:

—Y ahora, Carlos, que todo se ha calmado y se ha terminado, ¿quieres tú cuando vayas a la escuela, pasar por la casa de la pobre mujer Aubrey, y entregarle la pequeña chaquetita y el gorrito para su último hijo, el que tiene seis semanas? Tú encontrarás la chaquetita y el gorrito sobre la mesa donde los he colocado esta mañana.

Carlos no respondió; el gato había arrastrado la chaqueta y el gorrito por el polvo y los arroyos, y no estaban presentables.

—¿Es que Carlos no está más aquí? —preguntó Juliette al no escuchar una respuesta.

—Yo estoy aún, Juliette, —dice Carlos con una voz tímida tomándole la mano. . .— Pero tu chaquetita y el gorrito ya no están aquí.

—¿Por qué? ¿Dónde están?

—Yo los había puesto al gato, que saltó con ellos y los ha ensuciado horriblemente.

Juliette, en lugar de enfadarse, como lo temía Carlos, encontró la idea placentera. De buenas a primeras sonrió, y después se puso a reír abiertamente:

—¿Entonces no estás enfadada, Juliette? —dice Carlos con gozo.

—No, eso es un infantilismo, una bobada; eso no es una maldad. Y el vestuario de mi pobre Minet me parece fuertemente absurdo.

CAPITULO XXI IMPRUDENCIA DE GRAVES CONSECUENCIAS

Fue de esta manera que terminó esta tercera aventura del gato, que hizo una gran impresión en Carlos, a causa de lo que Juliette había dicho, creyéndole ausente y a causa del reproche muy justo de Betty. Se observó, pues, más que por lo sucedido; buscó a reprimir sus primeros movimientos y a evitar las bromas o las diversiones que pueden causar sufrimiento a los demás, y sobre todo a Juliette, a la cual él se apegaba cada vez más, y cuya buena influencia se manifestaba cada día más.

Juliette le dice un día, al venir del paseo:

—Carlos, tú vas a tener catorce años y tú aún no has hecho tu primera comunión. Yo deseo mucho que tú aprendas tu catecismo y que tengas dos veces a la semana con el señor cura. El te explicará y te preparará para hacer tu primera comunión.

Carlos respondió:

—Yo me siento a gusto de que me hables de eso, Juliette. Después de algunas semanas yo pienso a menudo, y lamento estar tan poco avanzado. Mañana yo iré a hablar con el señor cura, saliendo de la escuela.

—He allí, convertido del todo en razonable, mi buen Carlos. Desde el arropamiento de Minet no has hecho una sola tontería. Yo espero que tú podrás decir lo mismo dentro de seis meses y que no te harás nunca más resontrar.

—No por ti, jamás. Cuando tú me regañas yo soy desdichado ¡Verdad! Más desdichado que con la prima Mac'Miche, porque con ella era el cuerpo el que sufría, y aquí es el corazón. Y yo preferiría ser golpeado por ella que ser resontrado por ti.

Juliette le dijo sonriendo:

—Y sin embargo yo no te resondro muy fuerte ni por largo tiempo.

—Es precisamente por eso: Tu dulzura me conmueve. La facilidad de perdonar me hace más severo conmigo mismo. Cuando tú resondras, si yo no me contendría lloraría como un bebé y te abrazaría como un niño que espera tu gracia.

—Pero también, ya hace largo tiempo que tú no has renegado. Yo no he tenido el más pequeño reproche que hacerte; Minet es el más dichoso después. . .

—¡Ah! —Exclamó Carlos interrumpiéndola— ¡Allá viene Donald con la carreta! ¡Eh! ¡Donald! ¿A dónde vas?

* * *

Donald le respondió:

—Yo voy a la granja de Cedwin, señor Carlos, para traer una chanchita tiernita que hemos comprado el otro día.

—¡Yo quisiera ir contigo, Donald! ¡Espera un instante! Juliette, ¿quieres que yo

vaya allá? Me divertirá mucho conducir la chanchita. Nosotros estaremos de vuelta para la cena, ¿no es cierto Donald?

—¡Oh, sí señor Carlos! Se requiere apenas una hora para ir y volver, incluido el cargar el animal, que no tomará mucho.

—¿Quieres, Juliette? ¡Yo te ruego! Yo voy a conducirte a la casa, y yo haré en seguida mi paseo de carreta.

Juliette le dijo:

—Sí, mi pobre Carlos, anda. Yo me encargo de la explicación con Marianne, que no lo hallará nada malo; estoy bien segura de eso.

Carlos dio un salto de gozo, le recomendó a Donald esperarlo, abrazó a Juliette y la hizo marchar con paso acelerado.

Juliette le dijo:

—¡No tan rápido, Carlos! ¡Me vas a hacer correr! Yo estoy toda sin aliento. Nos van a tomar como dos que se han escapado de la prisión.

—Perdón, perdón, mi pobre Juliette; yo creía que íbamos suavemente. Por lo demás, ya hemos llegado. ¡Adios, Juliette! ¡Hasta la vista pronto!

El la llevó hasta su cuarto, la acomodó en su sillón, y volvió a partir corriendo. Juliette se reía de buen corazón de su diligencia a dejarla y retomó su tejido, soñando con felicidad en la dulzura y la sabiduría de Carlos.

* * *

Donald le esperaba parado. Carlos saltó dentro de la carreta, y el caballo partió con gran trote. Un cuarto de hora después, ellos estaban en la granja de Cedwin. Subieron la chanchita sobre la carreta, pero no sin dificultad, porque ella se debatía; lanzaba gritos agudos. Y Carlos, ayudando a contenerla y a atarla recibió dos o tres mordidas que le indispusieron contra el animal.

Ellos partieron y a unos cuantos pasos de la granja Carlos pidió conducir el caballo. Donald le dijo:

—No con éste, señor Carlos, no es muy fácil de conducir. En otra vez, cuando tengamos a la vieja yegua negra, yo le dejaré conducir.

—¡Tú siempre me avergüenzas, Donald! ¿Qué peligro puede haber en conducir un caballo sobre la amplia carretera? No hay sino que marchar derecho delante de sí.

—Yo no digo, señor Carlos; pero un caballo que no se siente tenido se puede mandar.

—Si se manda, tú volverás a tomar las riendas y lo detendrás, ya que eres tan hábil.

Al acabar sus palabras, Carlos tomó las riendas y las jaló a sí. Donald tuvo temor de que la tirada impacientara al caballo, y le deja. Carlos, encantado de su éxito, deja que el caballo tome galope, a pesar de las advertencias de Donald, que le decía:

—Tenga cuidado, señor Carlos; el animal es joven y ardiente, y va rápido como un diablo, Si se manda. . .

—No se va a mandar. ¡He aquí hemos regresado bien pronto!

* * *

La chanchita, a la cual no le gustaba esta marcha precipitada, daba gritos con los cuales se divertía mucho Carlos. Para hacerla gritar más fuerte al aproximarse a la aldea, él asestó un latigazo sobre la espalda del caballo que dio un salto y partió como una flecha. Donald arranchó las riendas de las manos de Carlos y reteniéndolas con todas sus fuerzas, masculló:

—¡Pucha! ¡Ya se mandó!

Pero el caballo apretó el freno entre sus dientes y no los sintió. El surcó el aire y causó horribles temores a los apasibles habitantes que volvían a casa. Donald soltaba y tiraba alternativamente las riendas, pero sin éxito. Y Carlos, con la cabeza desnuda porque había perdido su gorra en la primera sacudida, estaba pálido y asustado. La chanchita daba gritos desesperados, y los tres saltaban en la carreta como pelotas sobre la raqueta.

Ellos pasaron así delante de la casa de Carlos. El escuchó dos gritos de horror salir de la cocina, pero no tuvo tiempo de ver a nadie, ya que el caballo les llevó rápidamente. Al salir de la aldea, chocó con una carreta pequeña, subió sobre un montón de piedras y se rodó con su carga a una fosa de dos metros de profundidad.

Carlos y la chanchita se quedaron sepultados en la carreta, que se quedó volteada con las ruedas en el aire. Donald había tenido tiempo y la habilidad de lanzarse fuera durante la caída, y se encontraba sobre sus pies al borde de la fosa. El caballo estaba caído sobre sus espaldas y se debatía para levantarse. Donald no podía acercarse a él por miedo de ser matado por las patadas que lanzaba el animal.

Los obreros que vieron la volteada acudieron en su ayuda. Ellos lograron cortar las riendas y librar al caballo, pues ellas levantaban la carreta sobre la cual se encontraba Carlos, sano y salvo, acostado junto a la chanchita moribunda. Estando amarrada y no habiendo podido seguir el movimiento de la carreta, ella tenía los riñones destrozados y daba su último suspiro.

Carlos salió de la fosa todo avergonzado. Donald juraba que le hacía temblar. El caballo no tenía ningún mal.

* * *

Mientras retiraban la carreta de la fosa, buscaban atar el caballo y recargar la chanchita muerta con los obreros bondadosos que habían venido a ofrecer sus servicios.

Carlos se escapó y corrió a la casa, y se encontró con Betty. Ella llegaba despeinada y alarmada para tener nuevas de su marido. Fue ella que les había visto pasar como el rayo y que había tenido necesidad de informar de ello a Juliette, añadiendo a ello los comentarios más alarmantes. Carlos le aseguraba, no le explicaba nada, y ella continuó su curso.

El llegó a la casa y llamó a Juliette. Ella le respondió con un grito de gozo y acudió hasta él, guiada por su voz. Ella se lanzó a sus brazos, agradeciendo a Dios por haberlo salvado. Juliette le dijo:

—Betty me ha dicho que ustedes deben estar heridos y muertos. Tú juzgas mi temor y de mi desolación al no poder correr a ti con ella. Pero, ¿qué es lo que ha pasado? ¿Cómo es que Donald, que conduce tan bien ha podido dejar al caballo mandarse de tal manera?

Carlos le responde con vacilación:

—Juliette. . . No es su falta. . . Es la mía. El no quería dejarme conducir ese caballo joven, pero yo lo quise con insistencia. Yo tomé las riendas de sus manos, y cuando jalé contra la boca del caballo, él se vio obligado a abandonarlas. Y después el caballo se desmandó y nos ha arrojado dentro de una fosa.

—¡Ah! ¡Dios mío! ¿Donald está herido?

—No, él no tiene nada, felizmente. El había saltado sobre la carretera en el momento en que la carreta se volteaba. Pero lo que le desespera, es que la chanchita que traíamos ha muerto.

—¡Muerta! ¡Pobre animal! Tú ves, Carlos, lo que sucede cuando uno actúa imprudentemente, sin escuchar a la gente más sabia y de mayor edad que tú. Y es muy dichoso que tú te hayas escapado sin sufrir daño. Esta vez el buen Dios te ha protegido. Pero en otra vez no corras el riesgo de una protección que te puede faltar. ¿No es cierto, Carlos, que escucharás a Donald en el futuro, que no te precipitarás a peligros inútiles, y que tú no me causarás inquietud voluntaria como lo has hecho hoy?

—Sí, mi buena Juliette, yo te lo prometo, y yo te agradezco de no estar enfadada contra mí, de dirigirme reproches moderados, cuando yo esperaba un muy serio descontento.

—¡Y tenías razón! Yo he estado tan inquieta que cuando escuché tu voz, he olvidado todo; yo no he sentido más que la dicha de saberte vivo y sin heridas. Sin embargo, no estarás en paz por mi amonestación; Betty va a encolerizarse, así que prepárate para soportar sus reproches humildemente, dulcemente. Piensa que ella ha tenido por su marido la inquietud que yo he tenido por ti, y que ella debe estar resentida contra ti.

—Sin contar la chanchita, que ellos me van a reprochar hasta el último día de mi vida.

—¡Oh! ¡En cuanto a eso, puedes contar con eso! Pero como es para ti, por el interés de tu granja que ella te reñirá, tú tendrás que poner mucho de dulzura, ¿no es así, Carlitos?

Carlos le responde con distracción:

—¡Ciertamente! ¡Ciertamente! ¡He allí, yo la escucho! ¡Qué voz penetrante tiene esta Betty! ¡Qué diferencia con la tuya, aun cuando tú resondras!

* * *

Betty entra muy animada y dice:

—¡Ah, bien! ¡Tú has hecho una bella acción, mal niño! ¡He aquí que tú pasas de las bromas inocentes a la muerte, al asesinato! ¡Tú casi matas a mi marido, mi pobre marido que vale cien veces más que tú! ¡Y no pudiendo lograr a hacer perecer a mi Donald, tú te vengas contra la chanchita! ¡Un pobre animal inocente, un animal hermoso, un animal bueno que nos hubiera dado un soberbio provecho!

Carlos le responde un poco impaciente:

—¡Pero no soy yo el que la matado! Echale la culpa al buen Dios que ha permitido que ella tenga los riñones destrozados. . .

—¡He aquí una buena, por ejemplo! ¡Cómo! Tú te atreves a sostener que es el buen Dios que ha arranchado las riendas de las manos de Donald, que ha hecho que el caballo se arrebatara, y quien ha volteado a Donald dentro de la fosa?

—Para empezar, Donald no se ha volteado. . .

—Porque él ha sido más diestro que tú, y porque tú has querido acompañar al pobre animal dentro de la fosa para atormentarlo mejor.

Carlos le dice impacientado:

—¡Ah, así! ¡Tú me aburres, Betty! ¡Déjame tranquilo! Tú no tienes ningún derecho para resonarme, y te ruego que te calles.

—¡Más a menudo yo me callaré cuando la lengua me pide hablar! ¡No serás tú quien me hará callar, mi niño! ¡Tú no eres nada aquí; es Marianne, tu tutora que es todo! Y yo le informaré de lo que pasa, y yo le abriré los ojos acerca de ti, y. . .

Carlos responde encolerizado:

—Tú eres lo suficiente mala para eso. Yo lo sé sin que tú me lo digas. Y esta no será la primera vez que me habrás calumniado ante Marianne. Felizmente que Juliette no te cree, que ella me defiende contra ti, y que continúa amándome a pesar de ti.

—¡Tú crees eso, que ella te ama! Sí, ¡qué bonito! Ella tiene miedo de ti y de tus cóleras; y es por eso que ella no osa ni reprocharte ni largarte de su lado.

* * *

Carlos estaba preparado para hacer una respuesta sangrienta a Betty, pero a este último reproche no escuchado, él se quedó mudo, temblando de cólera y de indignación. Su fisonomía expresaba tal furor, que Betty tuvo miedo y se esfumó.

Juliette había buscado varias veces intervenir para hacerle callar a Betty y para calmar a Carlos, pero a este último apóstrofe, Juliette, siempre tan dulce, exclamó con violencia:

—¡Mala mujer!

Y acercándose a Carlos, ella lo rodeó con sus brazos, puso un beso sobre su frente, y le dice con su más dulce voz:

—No creas lo que ella te dice, mi pobre Carlos. Esta mujer está fuera de sí. Ella no sabe lo que dice. Tú sabes, mi buen Carlos, que es por amistad y no por temor que yo te guardo cerca de mí. Tú sabes, en fin, que después de Marianne tú eres el que yo amo más en el mundo, el único que amo en este mundo. Olvida entonces lo que ha dicho esta mujer. El peligro de su marido la ha hecho loca. ¿No es así mi buen Carlos, que no la crees, que tú crees en mí, en mi amistad?

—Sí, sí, mi querida, mi buena Juliette. Yo lo creo, yo lo creo. Gracias por amarme a pesar de tan malo que soy. Gracias por decírmelo tan dulcemente, tan afectuosamente. Tu bondad me conmueve el fondo del corazón.

Y Carlos, sentándose a los pies de Juliette, junto al sillón donde ella estaba ubicada, apoyó su cabeza sobre las rodillas de Juliette, dejó escapar algunos sollozos y fue presa de un temblor que alarmó a Juliette.

* * *

Juliette llamó a Marianne, que no debía estar lejos. En efecto, Marianne entra precipitadamente y le dice:

—¿Qué quieres? ¿Qué tienes, Juliette? ¿Tú lloras? ¿Por qué? ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué Carlos también llora?

Juliette le contó a su hermana el nuevo incidente que acababa de ocurrir. Ella le dice sinceramente, atenuando todo lo mejor que pudo el daño de Carlos. El se dio cuenta de ello y le dio testimonio de su reconocimiento apretándole la mano.

Marianne dijo:

—Yo no te reñiré, Carlos, ya que tú te muestras tan sensible a los reproches que Juliette ya te ha dirigido, y yo me limito a pedirte a hacer la paz con Betty, que es una excelente mujer a pesar de su carácter arrebatado, y que pone gran celo en dirigir la granja. Su marido es también un gran hombre y un buen obrero. Ella no ha tenido razón, sin duda, ella te ha herido, te ha causado dolor, pero ella está probablemente muy enfadada a esta hora, y yo estoy segura que con una palabra de afecto tú la harás volver en seguida.

—Yo lo haré, Marianne —respondió Carlos humilde y triste, y salió para buscar a Betty—.

Esta dulzura y esta sumisión conmovieron a Marianne. Juliette que tenía el corazón hinchado después de tanto tiempo, se deja llevar por su emoción y dice llorando:

—Pobre niño! ¡Tiene un corazón excelente! Con la amistad uno hace de él lo que quiere.

Marianne dijo:

—Yo creo como tú, Juliette que él tiene sentimientos excelentes y grandes cualidades. Pero él es tan vivo, tan ardiente en su voluntad, tan impredecible y tan emprendedor, que uno no está jamás en reposo con él.

Juliette le respondió:

—Sin embargo, él no me resiste jamás.

—Así que te dejo la dirección absoluta de su carácter. Tú ya lo has endulzado bastante, pero te queda aun mucho por hacer.

Juliette dice sonriendo:

—¡Oh! Yo llegaré a ello.

—Que Dios te escuche y venga a tu ayuda, y a unos cuantos años de ahora tú habrás hecho de Carlos un hombre verdaderamente notable.

* * *

Juliette sonreía aún cuando Carlos entró. Ella le dijo:

¿Y bien?

—Yo le he pedido perdón; ella ha tenido una expresión de sorpresa. Ella ha vacilado un instante, después me ha apretado en sus brazos, abrazándome, llorando y pidiéndome perdón en su turno. Ella me ha dicho que el peligro de su marido le había hecho perder la cabeza, que yo le había respondido como ella se lo merecía, que nosotros somos todos muy buenos para ella, y que jamás ella no sabrá bastante para darme testimonio de todo lo que ella sentía por mí de ternura y de dedicación. Por fin ella ha terminado diciendo, que si Donald se permitía la mejor palabra contra mí, ella lo arreglará de buena manera. Yo también le he abrazado bien, y nosotros somos mejores amigos que antes.

Marianne le dijo:

—Lo que tú nos has dicho me da mucho placer, mi amigo. Yo estoy muy contenta de ti, y Juliette está muy gozosa y muy reanimada por tu generoso esfuerzo. Allí nosotros, todos satisfechos, espero que Betty no nos hará esperar demasiado nuestra cena. ¿Quieres ir allí, mi amigo?

Carlos corrió a la cocina y volvió a decir que estaba listo. Ellos fueron a la sala, donde encontraron a Donald. Betty le había dado la lección, y aunque él no había comprendido bien este cambio de actitud, él se conformaba con las órdenes de su mujer y no dijo ni una sola palabra ni de la chanchita ni de la volteada dentro de la fosa.

CAPITULO XXII

¡POR FIN EN LA GRANJA!

Desde ese día, Carlos se hizo cada vez más amable, dócil, atento con sus primas, cuidadoso con Juliette, exacto para acompañarla a la iglesia y en sus paseos, sin descuidar su trabajo y su catecismo. El hizo su primera comunión con un fervor que penetró el corazón de Juliette con un gran reconocimiento hacia el buen Dios, lo que aumentó su confianza en Carlos y el afecto más vivo que ella le tenía. Ella amaba otro tanto las bellas cualidades que ella veía crecer en él, que ella ayudaba todos los días y sin cesar a su desarrollo. Ella estaba pues bien tranquila respecto de los méritos de Carlos. Pero nada es perfecto en este mundo, y la sabiduría de Carlos no impidió algunos intervalos, algunas violencias y algunas tonterías.

Al final del invierno, la granja estaba por fin lista a recibirles. Los arreglos interiores estaban terminados. La granja se encontró suficientemente provista de ganado, el corral era lo suficientemente grande como para abastecer de huevos y aves, no solamente a la granja sino a una parte de la villa. Las vacas proveían de leche y mantequilla a todos los alrededores. Los carneros se engordaban para el carnicero después de haber dado algunas esquiladas de lana a su propietario, Carlos.

* * *

Carlos hubiera querido pasar los días allí con Marianne y Betty, que pasaban allí todo el tiempo, pero Juliette de una parte y sus estudios de otra parte no le dejaban mucha libertad. A pesar de este vivo deseo de trasladarse a la granja antes de que ella fuera habitable, jamás él dejaba a Juliette. Para ella, él domaba su carácter arrebatado, su voluntad ardiente, y al verle sentado tranquilamente junto a ella, con un libro en la mano para hacerle la lectura, o bien sosteniendo sus madejas de lana o de hilo para ayudarla a desmadejarlas, uno lo habría tomado por un niño tranquilo, amante del reposo y del estudio, y sin tener ninguna voluntad o ningún deseo pronunciado. Pero cuando Juliette le pedía dirigir su paseo en los alrededores de la granja, la diligencia gozosa que él invertía para acceder a su deseo le hacía adivinar el control que él debía ejercer sobre sí mismo. Así, todas las veces que el tiempo le permitía, ella hacía siempre una o dos visitas a la granja. Ella misma se encontraba allí más a gusto que en su casa en la aldea. Se divertía dando pan a los corderos y grano a las aves.

Apenas llega a la granja sus animales le rodean de tan cerca que difícilmente se abre paso con la ayuda de Carlos. El la guía por todos lados. El no hace excepción ni de la pocilga de los puercos, a pesar del olor repulsivo que exhala, ni de los montones de estiércol que Donald cuida con un afecto particular y de los cuales Carlos veía todos los días aumentar su tamaño. Y cuando él se permitía reírse de ello, Donald decía contemplando con amor estas montañas de estiércol acumuladas por sus cuidados:

—¡Esto es oro, señor Carlos! ¡Es del estiércol que nos viene el oro! ¡El chancho que

se revuelca sobre el estiércol se rueda sobre su mismo alimento!

Carlos le dice riéndose:

—¡Es demasiado fuerte, en verdad, Donald! Yo respeto tu estiércol, pero hacer de ello tu alimento, ¡la idea disgusta!

Donald le dice:

—Sin embargo, es la verdad, señor Carlos. Sin estiércol, el chanco no tendría ni cebada, ni coles, ni papas, ni paja, en fin, nada para su alimentación ni para acostarse encima. Y usted mismo, ¿qué comería sin el estiércol?, ¡Vaya, señor Carlos el estiércol es la riqueza de una granja! Abonar su tierra es abonar su caja fuerte.

* * *

Carlos y Juliette se ríen, pero aprueban los principios de Donald.

Cada visita a la granja enseñaba algo de nuevo a Carlos. Marianne se convertía en una verdadera granjera. Betty no hablaba de otra cosa que del corral, de las aves y de la lechería. Cada vez que alguien hablaba de chanchos delante de ella, un suspiro profundo se exhalaba de su pecho. Ella decía:

—¡Ah! Si Carlos no hubiera matado esa linda chanchita que Donald había obtenido con tanto esfuerzo en la granja de Cedwin, qué hermosos animalitos tendríamos! ¡Cuántos chanchitos ya habríamos vendido! ¡Nosotros no repararemos jamás esta pérdida. . . ¡Tú no necesitas reírte, Carlos! —continúa con un aire indignado— ¡Al matar esa chanchita tú has perdido una fortuna!

Carlos le dice:

—¡Pero no es mi falta si ella está muerta, Betty! ¡Tú siempre me dices que yo la he matado!

—¿Y quién más?, ¿Seré yo, por casualidad? ¿Vas a acusar a Donald ahora? ¡Este pobre Donald! El la ha llorado bastante. ¡Pobre animalito!

Juliette le hacía una señal a Carlos, y Carlos no respondía. El dejaba caer la tormenta; pero este reproche le venía a menudo, y a menudo Carlos debía llamar a su socorro toda la fuerza de su voluntad para no encolerizarse.

* * *

Todos ellos se trasladaron a la granja después de algún tiempo, para la gran satisfacción de Carlos y de Juliette, para quien la única molestia era los reproches un poco agrios de Betty, siempre al respecto de la chanchita.

Un día que ella había sido más tenaz que de costumbre, y que Donald había unido sus lamentaciones a los de su mujer, Carlos, listo a estallar, salió al patio para buscar una distracción a su cólera. El entró en una caballeriza vacía, y le vino la idea de meter allí sus conejos. El le comunicó su idea a Juliette, que la acogió con diligencia. Ellos retiraron sus ocho conejos, muy mal acomodados dentro de una vieja caja, para transportarlos a esta nueva morada que Carlos denominó EL PALACIO DE LOS CONEJOS.

Allí se hallaba paja toda preparada, como si la caballeriza hubiera estado habitada. Carlos y Juliette acomodaron allí a los conejos y les llevaron hojas de coles y de

zanahorias.

Al irse, Carlos quitó la llave, que él metió dentro de su bolsillo. Y le dijo a Juliette:

—Espérame un minuto, yo corro a llevar la llave a mi cuarto, para que Donald y Betty no se metan con nuestros pupilos. Tú y yo, sólo nosotros los cuidaremos.

Carlos corrió en efecto hasta su cuarto, al entrar miró al gato que se encontraba encerrado, le persiguió hasta dentro de la cocina, no pensó más en la llave, que se quedó dentro de su bolsillo, y fue a juntarse con Juliette. Luego se fueron a los campos.

* * *

Los brotes comenzaban a crecer y a reverdecer la planicie. Los manzanos y los perales estaban cargados de flores, el buen olor de estas plantas jóvenes y frescas le daban un vivo disfrute a Juliette. Ella se sentía alegre y reanimada. Su conversación con Carlos estaba más animada que nunca. Y se ponen a hablar de su futuro.

Juliette le dice:

—Cuando tú seas grande, Carlos, será necesario que te cases. Tú desposarás a una buena mujer, bien robusta, que sepa administrar tu granja. . .

Carlos le dice riendo:

—Y que de ser necesario pueda darse de puñetes con Betty.

Juliette, también riéndose le dice:

—No. Te hace falta una mujer fuerte, pero dulce; sin lo cual ella se daría de golpes contigo, lo cual no estará bien. Veamos, busquemos una. . .

Carlos le dice:

—Todavía no, Juliette. Déjame crecer tranquilamente. ¡Aún no tengo quince años!

—¡Es verdad! ¡Pero nosotros podemos siempre ver entre aquellas que conocemos!

—Yo no conozco a nadie; yo estoy siempre en la casa o en la escuela.

—¡Ni yo tampoco conozco a nadie! Pero no te inquietes; nosotros pediremos ayuda a Marianne y a Betty.

—No no quiero una mujer que escoja la Betty. Ella haría que me case con una vaquera gorda.

—Pero, ¿qué clase de mujer quisieras tener?

—Por ahora, ninguna; más tarde yo quisiera una mujer excelente.

—¿A qué llamas tú “excelente”? ¿Excelente como qué?

—Como tú, pero eso no es todo. Yo quiero una mujer robusta que no se fatigue, que no esté jamás enferma ni sufriente.

Juliette le dice riéndose:

—No como yo, por supuesto.

—No, no como tú, que tiene sin cesar necesidad de cuidados; y es por cuidarte a gusto que yo quiero tener una mujer vigorosa. Pero yo la veo linda, agradable, grande como tú, delgada como tú. . .

—Pero si tú tomas una mujer delgada como yo, ella no será ni robusta ni vigorosa. Yo te animo a escoger una mujer como Marianne.

—No, Marianne es demasiado grande y demasiado fuerte.

—¡Ah, ba! Tú no sabes lo que quieres. De hecho tú eres aún demasiado joven para saber lo que te conviene. Pero cuando tú tengas veintidós años o ventitrés años, déjanoslo a Marianne y a mí; yo te respondo que tú tendrás una mujer admirable, porque nosotros seremos difíciles para ti.

—Está bien; convenido. Cuando yo sea grande, ustedes me presentarán mi mujer. Mientras esperamos, podrías sentarte al pie de este manzano en flor, mientras yo trepo encima para sacar el muérdago que hace morir las ramas?

Juliette le dijo:

—Yo no te pido nada mejor, pero no te vayas a caer encima de mí cuando estés allá arriba.

* * *

Juliette se sentó, Carlos trepó como un gato hasta las ramas a las cuales quería librar del muérdago que les obstruía, hizo muy hábilmente su trabajo, y descendió tan rápidamente como había subido. El no se dio cuenta de que un objeto bastante voluminoso se cayó de su bolsillo, y que ese objeto era la llave del Palacio de los Conejos.

El tomó con Juliette el camino de la granja. La conversación no se agotó más en venir que en ir. Carlos la terminó diciendo que “ellos eran más dichosos que todos los reyes de la tierra”.

Juliette dijo:

—Yo lo creo así; los reyes y los príncipes son los más desdichados seres de sus reinos.

Y Carlos respondió:

—Es mucho que decir; ellos están aburridos y a menudo contrariados, pero ellos no son desdichados.

Juliette le responde con vehemencia:

—¡No desdichados! Contrariados desde la mañana hasta la noche en sus gustos, en sus sentimientos, en su voluntad. Cuando son niños y jóvenes, se pasean solos, juegan solos. Ellos no salen más que en auto; se sienten incomodados dentro de sus vestidos elegantes. Ellos saludan a diestra y siniestra sin detenerse. Son separados de sus padres, a quienes ven a penas. Les asignan severos tutores que los cuidan porque les pagan y no por afecto. Ellos jamás tienen amigos, y cuando son grandes, ¡es peor! Un pobre rey que no puede amar a nadie por temor de ser amado por interés; un rey que nadie ama, porque todo el mundo les teme; de quien cualquiera puede decir o inventar mal sin que él pueda defenderse; que no puede tener ninguna libertad, ni siquiera el de pasear a su mujer en los campos ni de criar él mismo a sus niños!

Carlos respondió:

—Es verdad. Tú tienes razón. A mí me gusta cien veces más mi ropa o mi mameluco que esos brillantes vestidos de los reyes; mi almuerzo con dos platos comidos alegremente con aquellos a quienes amo, que la comida exquisita en compañía de enemigos o de indiferentes, y así sucesivamente. Si yo fuera rey, no hubiera podido trepar al árbol, ahora mismo.

Y Juliette le dice:

—Ni tener conejos para criarlos.

Y Carlos:

—Ni ir en carreta con Donald.

—Ni romper tus ropas dentro de las zarzas.

—Ni recogerte fresas en el bosque, ni guiarte para que te pasees todos los días, cuidarte, y en fin, amarte. Porque uno no ama a la gente cuando no hace nada por ellos.

Y Juliette le dijo:

—Tú tienes mucha razón y es por eso que nos vamos a dar de comer a nuestros conejos. ¿Tienes tú la llave?

—No; está en mi cuarto. Yo voy a traerla.

* * *

Carlos desapareció y se tardó en volver. Juliette se asombraba de su larga ausencia, cuando lo escuchó llegar, pero con pasos lentos y en silencio. Juliette le preguntó:

—¿Qué sucede, Carlos? ¿Por qué has tardado tan largo rato en traer la llave? ¿Por qué no hablas? ¿Qué tienes, Carlos?

Carlos responde encolerizado:

—¡Yo lo creo! Este Donald malo o su mala mujer se han llevado la llave de los conejos.

—¡Diles que te la devuelvan! Esto es muy enojoso.

Carlos le dice:

—¡Claro que es enojoso! ¡Esa gente es insoportable, y cuando yo sea el amo, les expulsaré de mi casa!

Juliette:

—Vamos, vamos, mi amigo, no te arrebates por poca cosa.

Y Carlos responde cada vez más irritado:

—¡Poca cosa! ¡Esta es una impertinencia increíble! ¡Venir a llevarse la llave de mis conejos, justo de mi cuarto! ¿Es que no soy el amo en mi casa? ¿Estoy obligado a dejarles que se apoderen de todo, como si la granja fuera de ellos? Pero yo voy a hablarles severamente, y si ellos no están contentos, se irán.

Juliette le dice:

—Carlos, tú sabes bien que esa pobre gente te ama, están ligados a ti, se matan al servicio de tu granja. ¿Por qué hablar de ellos de esa manera? ¿Y cómo sabes tú que son ellos que han tomado dicha llave?

—¿Y quién quieres tú que sea? Ciertamente no es Minet.

Juliette le dice:

—Pueda ser que tú has buscado mal.

—Yo he buscado en todo lugar; yo he invertido bastante tiempo de modo que tú misma has estado inquieta.

Juliette pregunta:

—Pero, ¿dónde están ellos?

—¿Acaso yo lo sé? Ellos están siempre corriendo.

Juliette:

—Si ellos corren es por tu servicio, porque trabajan desde que se hace de día.

* * *

Carlos comenzó a calmarse y a estar un poco avergonzado de su arrebato, cuando Donald acudió, y le dijo:

—¡Ah! ¡Allá están, el señor Carlos y la señorita Juliette! Yo les he buscado por todo lugar para preguntarles si eran ustedes que tenían la llave de la caballeriza de mis potros. Yo les hago acostarse allí dentro desde hace dos días, porque las noches son aun un poco frías. Se necesita que les haga su lecho para la noche, ¡y he aquí el día que avanza!

Carlos le dijo:

—Tú sabes bien que no soy yo el que tiene esa llave. Yo la tenía, es verdad, pero tú o Betty me la han tomado.

Donald le respondió:

—¡Ah! Betty no sabe nada; pero yo, ¿por qué se la pediría si la tuviera?

Carlos le dijo:

—¡Para hacerme rabiar! Porque tú quieres acapararlo todo para ti y para tus animales, mientras que yo, que soy el dueño, estoy obligado de tener mis conejos en un viejo cajón. Y como ustedes son celosos de verles bien alojados dentro de la caballeriza, me habéis tomado la llave del interior de mi cuarto, y hacéis semblante de no encontrarla. Pero yo no soy vuestra víctima, y encuentro muy impertinente que me jueguen semejantes bromas.

Donald respondió:

—¡Pucha! Señor Carlos, si usted fuera mi hijo, yo le daría un puñete en la cara, para enseñarle a tener esas ideas acerca de un hombre honesto como yo. ¿En eso está vuestro provecho? ¿Soy yo el que me embolsico la plata que extraigo de vuestras tierras? ¿Y es para mí que corro desde hace media hora tras usted para tener esta satánica llave que usted me rehúsa? ¡Vaya, señor Carlos! Lo que usted hace es ingrato, es maligno. Y si no dependería más que de mí, yo le dejaría plantado con sus animales, y me iría a otra parte. Pero es Betty que está loca por esto y que lloraría todo el día si os dejara. Y como me haría mal lastimarla. . . a fe mía que me me quedo.

* * *

Carlos había pasado muchas veces de la cólera a la vergüenza y al arrepentimiento, mientras Donald hablaba. Este último testimonio sobre el apego de Betty le conmovió vivamente y le hizo sentir toda su injusticia, y como decía Donald, su ingratitud. A pesar del conflicto de su orgullo, se dirigió a Donald y exclamó:

—¡Mi buen Donald, tú tienes razón; yo soy un ingrato! Yo desconozco vuestra abnegación por mis intereses; yo os acuso estúpidamente sin ningún motivo, y les ocasiono tristeza en lugar de agradeceros. Mi buen Donald, perdóname; yo soy joven, yo me corregiré, así lo espero, de mi apresuramiento, y yo no cometeré más injusticias respecto de ustedes.

Donald le respondió:

—Bien, señor Carlos, no hablemos más de ello. Yo no soy rencoroso de naturaleza. Está bien lo que usted hace. Usted ha tenido dificultades para llegar a esto; pero, usted no lo lamentará. Soy yo quien lo dice. Desde aquel asunto, yo he puesto más corazón que nunca a vuestro servicio. Pero, ¿qué vamos a hacer con respecto a esta llave? ¿Dónde encontrarla?

Carlos añadió:

—¡Y mis pobres conejos que están encerrados y que tienen hambre!

Donald le dice:

—Eso no es lo peor. ¿Cómo acoger a mis potros?

* * *

Entonces Betty, que llegaba del campo, gritó:

—¡Hey! ¡Donald! ¡Mira lo que he encontrado! ¡Eres tú que la había perdido, bien seguro, cuando apartabas los muérdagos de los árboles!

Betty, aproximándose, le entregó la llave del Palacio de los Conejos. Y Donald le dijo:

—¿Dónde la has encontrado?

—Al pie del manzano, junto a las beterragas. Tú sabes bien, este manzano que tenía tanto muérdago sobre sus ramas, y que tú venías de desgajarlo.

Donald le dice:

—Yo no lo he tocado hoy día

Juliette, que se había acercado a Carlos le apretó la mano y le dice en voz baja:

—¿Ya ves?

Carlos se ruborizó mucho y dijo con vacilación:

—¡Era yo, Betty! Yo soy quien ha quitado el muérdago. Ahora veo bien lo que ocurre. Yo había olvidado la llave dentro de mi bolsillo en lugar de. . .

—¿Cuál llave? —interrumpió Betty— ¿No es esta de aquí que le pertenece a Donald?

Carlos iba a confesarlo todo, cuando Donald le miró, sonrió, le puso un dedo sobre su boca y le dijo:

—¡Sin lugar a dudas! Es la mía; dámela rápido. Ven a hacer mis cosas al establo.

Y Betty dice asombrada:

—¿Qué es lo que ocurre? ¿Por qué te ríes? ¿Es que yo he dicho algo risible?

—Nada en absoluto, te lo digo. Ven rápido, que se hace tarde.

* * *

Carlos y Juliette se quedaron solos. Carlos tenía un aspecto pensativo. Juliette le dijo:

—¿Y bien, amigo mío? Tú ves la bondad, el apego de este pobre hombre. . .

Carlos, con fuego, le dice:

—¡Di la generosidad, la nobleza de alma! Este excelente Donald. . . ¡El no quiso

dejar conocer mi injusticia a su misma mujer! El tuvo miedo de avergonzarme delante de ella! ¿Qué puedo hacer para recompensarle, para agradecerle?

Juliette, apretándole las manos con afecto le dice:

—Nada aparte de amarlo, mi buen Carlos, y darle testimonio de la estima que tienes de él. ¿Crees que una dedicación como ésta que ha demostrado puede ser pagada con obsequios? No, no; las palabras buenas y amigables, una gran confianza, la amistad en fin, es la única recompensa digna de él.

—Tú tienes razón como siempre, Juliette, mi pobre Juliette. Cómo te habrás ruborizado de mí. . .

—Yo he sufrido por ti, Carlos, porque yo preví tu arrepentimiento. Pero, —añade ella más alegremente— puesto que ya estás perdonado, no hablemos más del pasado y vamos a ver si Marianne no tiene necesidad de ser ayudada en la lechería o con sus aves.

Ni Marianne ni Betty supieron nada de esta pequeña escena. Pero Carlos no perdió el recuerdo, y después de ese día trató a Donald con una amistad, una confianza tal que este gran hombre fue conmovido y que pagó con un celo reduplicado y con diligencia.

CAPITULO XXIII
LE PROPONEN MUJERES
Y EL NO ATRACA

La granja prosperó en manos de Donald; llegó a ser una de las más bellas y las mejor cultivadas del país. Donald no descuidaba ninguna porción del terreno. Todo estaba trabajado, abonado, cuidado, y todo aportaba diez veces más de cuando Carlos la había comprado. De suerte que cuando hubo alcanzado la mayoría de edad, es decir, veintiún años, Marianne y Donald le rendieron cuentas que constataban que la granja aportaba diez mil francos por año. Carlos tenía aun, además de la granja y gracias a las economías que habían hecho para él sus amigos, doscientos sesenta mil francos en rentas del Estado.

En lugar de regocijarse de sus riquezas, Carlos estuvo consternado. Le dijo con tristeza a Juliette:

—¿Qué haré yo de todo esto, Juliette? ¿Qué necesidad de más tengo yo de mi granja? Juliette, tú que has llegado con tanta dificultad a corregirme de mis más grandes defectos, dime qué debo hacer? ¿Qué me aconsejas hacer? ¿Cómo desembarazarme de todo lo que es superfluo?

Juliette le dice:

—Eso será muy fácil, mi amigo. Toma el tiempo para colocar bien tu dinero, pero aparta previamente la parte de los pobres.

—¡Y la parte de Dios, Juliette! Nosotros vamos a tomar nuestros arreglos con el señor cura para hacer las reparaciones urgentes en nuestra pobre iglesia, para establecer a las hermanas a fin de tener una escuela y un hospital. Y desde mañana, tú me ayudarás a socorrer, pero no como hasta aquí, pobre e imperfectamente, a los pobres de nuestra parroquia, pero completamente, al darles y asegurarles los medios de trabajo y de existencia.

* * *

Los primeros meses de la mayoría de edad de Carlos se pasaron, así como él lo anunció, pero su primera firma fue para conceder un obsequio a Donald y a Betty de una suma de veinte mil francos, que ellos invirtieron muy ventajosamente.

Cuando había terminado con sus generosidades, Juliette le preguntó para quién reservaba los cien mil francos que quedaban. El respondió:

—Yo te lo diré dentro de algún tiempo, en el aniversario del bienaventurado día cuando el buen Dios me ha puesto bajo la tutela de nuestra excelente Marianne y junto a ti, para no dejarte más.

Juliette le dice:

—Este día es el más feliz de mi vida, mi buen Carlos. Y cuando pienso que después de ocho años tú no has descansado un solo día, una sola hora, de tus cuidados afectuosos para con una pobre ciega, mi corazón experimenta tal reconocimiento, que sufro al no podértelo testificar.

—En acto de reconocimiento, soy yo que te estoy más endeudado, mi amiga. Tú me has reformado; me has cambiado; has hecho de mí un hombre pasable, en lugar del verdadero diablo que yo era.

* * *

Y ellos repasaron en sus recuerdos los diferentes acontecimientos de la infancia y de la juventud de Carlos. Estos recuerdos provocan a menudo risas interminables, a menudo también de enternecimiento y de satisfacción. Juliette le dice:

—Y ahora que nosotros hemos hecho una revista general del pasado, hablemos un poco de tu futuro. ¿Sabes tú que Marianne tiene una idea para ti?

Carlos pregunta:

—¿Qué? ¿Una idea acerca de qué?

—Sobre tu matrimonio.

—Pero, ¿qué rabia tienen ustedes por hacerme casar? ¿Con quién quieres tú hacerme casar?

—No soy yo, Carlos; es Marianne. ¿Tú conoces bien a la hija del juez de paz? Es con ella con quien Marianne quisiera hacerte casar. ¿Te gusta ella?

—¡Por mi madre, yo jamás había pensado en ello! Y yo no sé lo que yo pensaría si pensara.

—Pero, en fin, ¿cómo la encuentras tú?

—Bonita, pero coqueta. Ella se ocupa demasiado de su vestido. Ella lleva jaulas, polleras almidonadas. ¡Yo no me casaría jamás con una mujer que lleva jaulas y polleras de cinco metros de vuelo!

—¡Todo el mundo las lleva! Ella hace como las otras.

—¿Es que tú las llevas? No. ¿Por qué? Porque tú eres razonable. Y yo no quiero una mujer loca.

—¿Y la hermana del maestro de la escuela? ¿Qué dices de ella?

—Yo digo que ella es mala con los niños, y que la gente mala con los niños lo son para todo el mundo y son cobardes por encima de todo. Es abusar cobardemente de su fuerza el maltratar a un niño.

—¿Y la sobrina del cura?

—Ella es chillona y rezongona. Ella grita detrás de la mucama, detrás de los pobres, detrás del mismo señor cura. Una mujer que gruñe es un infierno.

—¡Dios mío, qué difícil eres, Carlos!

—Pero ¿por qué también tú quieres hacerme casar cuando yo no tengo ningunas ganas?

Y Juliette le dice con tristeza:

—No soy yo quien te empuja a que te cases, Carlos. Yo no tengo ningún interés. Muy al contrario.

—¿Por qué muy al contrario? ¿Qué es lo que piensas, Juliette? Habla, Juliette; ¿no soy yo tu amigo de la infancia, el confidente de tus pensamientos?

—Bien, mi amigo, yo te diré muy confidencialmente que es Marianne quien me ha preguntado, sabiendo la confianza que tú tienes en mis consejos, de comprometerte a casarte y a no esperar demasiado, porque. . . ¡Oh! Carlos, yo no me atrevo a decírtelo. Tú te enfadarás. . .

—¿Yo? ¿Enfadarme contra ti, Juliette? ¿Me has visto jamás enfadado contra ti? ¿Crees que yo puedo enfadarme contra ti? Habla sin temor, querida Juliette, no me escondas nada, no me disimules nada.

—Es que Marianne se quiere casar.

Carlos le dice todo sorprendido:

—¿Marianne? ¿Casarse? ¿A los treinta y dos años? ¡Ah, ah ah! No es posible. Pero, ¿con quién?

—Con el juez de paz. Ya hace tiempo que él le pide y ella quisiera llegar a ser su mujer. Tú has visto cómo él viene a menudo acá desde hace tres o cuatro años. Parece que él la presiona mucho para que se decida y que ella le ha prometido desposarse con él después que tú te cases, porque no es conveniente, dice ella, que yo me quede contigo sin ella, y que yo no quiera dejarte para ir a vivir en casa de Marianne junto con la hija del juez.

—Y si yo me casaría, tú te quedarías conmigo, Juliette?

Juliette guardó silencio. Carlos le tomó la mano y le vuelve a preguntar afectuosamente:

—¿Te quedarías tú, Juliette?

—No. —Dice ella con esfuerzo—.

Y Carlos le dice con agitación:

—Y tú harías bien, porque eso sería demasiado duro para ti; eso sería imposible. Y eres tú, buena y dulce Juliette, que serás sacrificada. Que Marianne se case si quiere, que ella haga esa tontería; yo no me casaré y yo no te abandonaré. Yo viviré junto a ti y yo moriré junto a ti, bendiciéndote y amándote hasta el último día de mi vida. Y yo no seré jamás ingrato contigo, Juliette. Yo no te abandonaré jamás; yo invertiré toda mi dicha a cuidarte, a pasearte, a hacerte la vida tan dulce como sea posible, como lo hacía en el tiempo de mi infancia, y como yo lo hago con mucha felicidad desde que soy hombre y que comprendo mejor todo lo que te debo.

—¡Oh! ¡Carlos! ¡Mi amigo! ¡Cuán bueno y sacrificado eres!

—¿Qué harías si yo me casara?

—Yo me retiraría a un convento, y espero que allí me muera muy pronto.

—¡Pobre Juliette! ¡Pobre amiga! ¡Qué recompensa de tu bondad!

* * *

Carlos se paseó con agitación dentro del cuarto. Él hablaba en voz alta sin dudar de ello: “¡Es increíble! ¡Ella está loca! ¡A los treinta y dos años! ¡Y un hombre de cuarenta y cinco! ¡Los dos son unos locos! ¡Y esta pobre chiquita! ¡Está mal! ¡Muy mal! ¡Y ellos creen

que yo la dejaré allá, sola! ¡A sufrir, a llorar! ¡Jamás! ¡Yo viviré por ella como ella ha vivido por mí! ¡Si ella viera! ¡Mi Dios, si ella viera!”

Su agitación se calma todo dulcemente. Y le dice a Juliette:

—Juliette, ven a pasearte; ven a respirar en el campo. Uno se ahoga aquí.

Ellos salieron. Carlos invirtió más cuidado que nunca para hacer que evitara las piedras, los atolladeros. El parecía comprender que él sería en el futuro su único apoyo, su único amigo. Sin duda Juliette tenía el mismo pensamiento porque ella invertía más abandono en su prestancia, en sus palabras. Ella no retenía su pensamiento que ella desenrolló completamente cuando Carlos le volvió a hablar de lo que ella acababa de darle a conocer y de sus propias impresiones sobre el proyecto de su hermana y de aquellas presunciones de Carlos. Ella le confesó que desde hacía tiempo soñaba con terror el día cuando ella le vería ligado por el matrimonio a otro deber y a otro afecto. Le dijo:

—Eso no es egoísmo, Carlos, te lo aseguro. Es un sentimiento natural ante la pérdida de una dicha de la cual aprecio todo su valor y que nadie puede remplazar.

* * *

Carlos fue menos confiado; él le habló poco de sus pensamientos íntimos, pero en revancha él le dio testimonio del afecto más vivo y le promete una vez más no abandonarla jamás:

—Este no es un sacrificio, Juliette, te lo aseguro. Es un sentimiento de instinto natural para mi propia felicidad.

Carlos decía la verdad. Profundamente reconocido de la metamorfosis que Juliette había operado en su ser por su dulzura, su paciencia, su piedad, su constancia, su vivo afecto, él se había prometido y había prometido a Dios dedicarse a ella como ella se había dedicado a él. El vio con un doble reconocimiento la ternura siempre creciente que le daba Juliette. El comprendía que ella no podía ser feliz sino con él y por él. El comprendió que si él introducía una mujer a su interior, sería la desdicha de todos: Juliette, que sufriría siempre de no poder estar más que en segundo plano en su afecto; su mujer que temería que Juliette pudiese tomar su lugar en primer rango; él mismo, en fin, que vería sin cesar a los objetos de su ternura sufriendo a causa de él. El juró entonces no casarse jamás y siempre guardar a Juliette junto a él, y si algún acontecimiento extraordinario, como el matrimonio de Marianne, hacía esta posición imposible, de hacer a Juliette su mujer, a menos que ella no quisiera consentir y que ella no prefiera quedarse junto a él como su amiga, su hermana.

* * *

Las semanas, los meses pasaron así. Marianne esperaba con paciencia y no dejaba de ofrecer mujeres a Carlos, quien las rechazaba a todas. El tenía veintitrés años; Marianne tenía treinta y cuatro y Juliette tenía veinticinco. Por fin, un día Marianne entró triunfalmente en la sala donde estaban Carlos y Juliette y dijo:

—Carlos, esta vez yo tengo para proponerte una joven que tú no rechazarás, yo espero, porque ella tiene todo lo que tú puedes desear en una mujer.

Carlos le preguntó sonriente:

—¿Y quién es esa maravilla?

—Es la hija del arquitecto que ha venido para establecerse aquí para construir la fábrica del señor Castel-Oie. Ella es buena, dulce, linda, encantadora. Ellos deben venir aquí esta noche; tú la verás por ti mismo.

—Yo no pido nada mejor, Marianne. Solamente tú sabes que yo no me casaré a primera vista.

—Yo lo sé bien. Se te dará una quincena para que la conozcas bien y la juzgues. Ellos van a llegar pronto. ¿No te vas a poner tu traje para recibirles?

—¿Para qué? Yo no me pongo mi traje más que en el domingo, para dar el brazo a Juliette que está con un gran vestido. El resto del tiempo yo estoy siempre en chaqueta o en mameluco.

—Como quieras, mi amigo; era por ti que yo lo dije.
Y Marianne salió.

* * *

Carlos se dirigió a Juliette:

—No te atormentes, Juliette. Tú sabes lo que yo te he dicho, lo que yo te he prometido.

—Yo lo sé y yo no me atormento. Pero, Carlos, si ella te gusta, si tú crees poder ser feliz con ella, dímelo todo enseguida. ¿No es así? ¿Me lo prometes?

Carlos le dice besándole las manos:

—Yo te lo juro; pero yo te lo repito: Estate tranquila, yo no la amaré.

Una hora después, el arquitecto, el señor Turnip, llegó acompañado de su hija. Carlos fue ante ellos y le dice:

—Es sin duda mi prima Marianne que desea veros, señor. Yo voy a avisarle. Mientras esperan, aquí está nuestra querida ciega que va a hacer conocimiento con usted y con la señorita vuestra hija.

Carlos acercó las sillas cerca de Juliette y fue a buscar a Marianne, que se apresuró a llegar.

Juliette y Lucy Turnip se habían ya presentado. Carlos se sentó junto a ellas y conversó con mucha alegría y espíritu. Como hacía un tiempo magnífico, Carlos propuso un paseo, que fue aceptado.

Marianne fue a tomar el brazo de Juliette, cuando Carlos, acercándose, se apoderó de él y dijo riendo:

—¿Quieres quitarme mis viejas funciones, Marianne? Yo no le cedo a nadie, tú lo sabes.

—Yo pensé que darías el brazo a la señorita Lucy.

—Yo lamento mucho no poder hacer como dices, Marianne; pero en tanto que tenga la dicha de tener a Juliette conmigo, yo la pasearé, yo la cuidaré como en el pasado. Espero, señorita Lucy, añadió volviéndose a ella, que usted no me echará en cara si usted conociese a Juliette, si usted supiese todo lo que yo le debo a ella, todo lo que ella ha hecho y continúa haciendo por mi bien, usted encontraría bueno y natural que ella pasara para mí antes que todo el mundo.

Lucy no respondió y pareció avergonzada. Ella se puso junto a Juliette, que fue buena y amable como siempre. Ella temía que Lucy fuera herida de esta falta de iniciativa de Carlos con respecto a ella. Ella buscaba otro tanto mejor para hacerla olvidar. Carlos fue muy cortés, pero no buscó disimular que su primer pensamiento y su constante preocupación eran para Juliette.

CAPITULO XXIV CARLOS Y JULIETTE SE COMPROMETEN

Cuando la visita se terminó, el señor Turnip interrogó a su hija sobre la opinión que ella tenía de Carlos. Lucy le respondió:

—El está buenazo, pero no me gusta.

—¿Por qué eso? Es un buen muchacho; tiene espíritu, es alegre, amable.

—Es posible; pero será un marido detestable.

—¿Qué es lo que dices, pues? Tu te olvidas lo bueno que se dice de él por todos lados.

—Yo no digo que no; él puede ser admirable en virtudes y cualidades, pero yo no querré jamás aceptar un marido como él.

—¡Ah, bien! ¡Tú eres lindamente difícil! ¿Qué le tienes que reprochar?

—Esa cieguita que él pasea, que él cuida, por quien está constantemente preocupado y que querrá continuar guiando como perro de ciego.

—Pero esto está muy bien; es ella que lo ha criado. ¡Es un muchacho reconocido! Yo no veo nada de malo; al contrario. . .

—Para empezar, ella no lo puede haber criado porque ella tiene el aspecto mucho más joven que él que tiene veintitrés años. Además, ella es fuertemente bonita y siempre está ocupada de él.

—¡Ocupada de él! Yo creo que está bien; esta pobre chiquilla es ciega. Es necesario que ella lo llame tan pronto como tenga necesidad de alguna cosa. ¿Estarás tú celosa de una ciega, por casualidad?

Lucy le responde echando mano del humor:

—Para empezar, yo no estoy celosa, porque eso me da lo mismo. Pero si yo quisiera alentar el deseo que usted me ha explicado de parte de la señorita Marianne y del señor Carlos, yo exigiría antes que nada que hagan que esta chiquilla se vaya y que no la dejen jamás volver a la casa. Con esta condición, yo consentiré a hacer conocimiento más íntimo con el señor Carlos, y puede ser que le acepte como marido.

—¡Y harás bien! Tú ya tienes 26 años, aunque no lo parezcas. ¡Es mayoría de edad, Lucy, es mayoría!

Lucy responde enojada:

—¡Vamos, vamos, no se enoje! Yo hablaré de esto mañana a la señorita Marianne y al señor el juez de paz y te diré lo que ellos habrán respondido.

Lucy se aseguró y volvió a echar mano de su buen humor, no dudando que Juliette no le había sido sacrificada. Durante este tiempo, Marianne interrogaba a Carlos:

—Y bien, Carlos, ¿cómo la encuentras?

Carlos respondió sin vacilar:

—Muy bonita, muy graciosa.

—¡Ah! Por fin encuentras una de tu agrado. . . Y su papá, ¿te gusta?

—Mucho; tiene el aspecto de ser un excelente hombre.

Marianne estaba radiante, y le dice:

—Esto que me dices me da gran placer, Carlos. Entonces podemos esperar verte casado.

—No con esta mujer, nunca.

Marianne dio un salto diciendo:

—¿Cómo? ¿Qué es lo que decías, pues?

Carlos le dice sonriendo:

—¿Qué? Yo dije que ella es bonita y graciosa; ¿eso quiere decir que yo la haré mi mujer? ¿Estoy condenado a casarme con todas las mujeres bonitas y graciosas?

—¡Dios mío, Dios mío! ¡Este niño me hará morir de tristeza! Pero, Carlos, mi buen amigo, escúchame. . . Tú ya tienes veintitrés años; yo ya tengo treinta y cuatro. He aquí, son casi dos años que el señor juez me pide en matrimonio y que yo requiero, para fijarle la fecha, que tú también te cases. Yo no puedo pasar mi vida esperando. . .

—Pero, mi pobre Marianne, ¿qué esperas? ¿Por qué es necesario que yo me case para que tú te cases?

—A causa de Juliette, tú ves bien. Ella no quiere dejarte ni por oro ni por plata. En tanto que yo vivo contigo, que Juliette también se quede aquí, nadie tiene nada que decir. Pero cuando yo haya partido, Juliette no puede quedarse sola contigo. Es necesario que tú te cases para guardar a ella contigo.

Carlos dijo, impaciente:

—Ella no estará sola; Betty y Donald viven con nosotros.

—¡Pero es imposible! Habrá habladuría por ello.

Carlos le dice irritado:

—¡Y bien! Si hablan de ello, yo me las arreglaré para hacer callar las malas lenguas.

Marianne responde con ironía:

—¡Esa será una linda aventura! Establecer una reputación a golpe de horquilla o de palo. ¡Buena acción! ¡Todavía se hace sentir la era de la prima Mac'Miche!

Carlos le dice con cólera:

—Mac'Miche o no, yo no permitiré a nadie decir ni pensar mal de Juliette.

—Tú dirás lo que quieras; tú harás como tu quieras. Tú estás en la edad de tener razón, así como Juliette. Pero yo, ya estoy cansada de esperar, y les prevengo a los dos que de aquí a quince días yo me casaré con el señor juez de paz.

Carlos le dice abrazándola:

—Yo te deseo mucha felicidad, Marianne. Tú has sido muy buena conmigo, y esto es algo que yo no olvidaré jamás. Y tú, Juliette, ¿tú no le dices nada a Marianne?

Juliette se seca los ojos y dice:

—¿Qué quieres que diga, Carlos? Yo estoy desolada por causar dificultad a mi hermana, por atraer discusiones entre tú y ella. Pero, ¿qué puedo hacer? ¿Ir a vivir en la casa del juez? ¡Eso me es imposible! ¿Y a dónde iré yo si no es a tu lado?

Marianne impacientada abandona la sala, y Carlos se sienta al lado de Juliette y le dice:

—Esta es también mi opinión: Tú vivirás en mi casa, lo que quiere decir, en tu casa, con Betty, que te ama, con Donald que te ama y si como dice Marianne, si alguien encuentra la cosa mala, entonces. . . entonces, Juliette. . . tú harás como Marianne: Tú te casarás.

—¿Yo? ¿Casarme?, ¿yo, una ciega? ¿Yo, a los veinticuatro años, casi veinticinco?

—Todo eso no impide que te cases, Juliette.

—No, pero todo esto no permite a ningún hombre a tomarme como su mujer.

—Yo sé de alguien que te conoce, que te ama, que no se atreve a pedirte porque teme ser rechazado, y que vería todos sus votos cumplidos si tú le aceptaras.

—Yo no quiero, Carlos, yo no quiero. Yo te lo suplico, yo te conjuro que no me hables más de esto, ni de ése ni de ningún otro hombre.

—Yo no te hablaré más de ello, con una sola condición: Es que tú me dirás con confianza, con amistad, ¿por qué no quieres?

Juliette le dijo vacilante:

—¿Tú quieres que te diga? Pero. . . yo no sé por qué. . . Yo prefiero no decírtelo.

—No, Juliette, es necesario que tú me lo digas. Es necesario, indispensable para mi tranquilidad, para mi felicidad.

—Entonces, por ti, por tu felicidad, yo te diré el motivo que hace para mí todo matrimonio odioso. Yo rechazo al hombre del cual tú hablas y a todos los hombres que pudieran querer a una pobre ciega, por no dejarte a ti, por no vivir a tu lado, por no amar más que a ti.

—Y yo, mi Juliette, yo rechazo y rechazaré a toda mujer que pudiera querer de mí por no dejarte a ti, por no vivir a tu lado, por no amarte más que a ti.

Juliette lanzó un grito de gozo y tomó las manos de Carlos, y él le dijo:

—Escúchame aún, Juliette. Yo no he terminado. Habrá una modificación necesaria en nuestra vida. Hasta aquí tú has sido mi amiga, mi hermana; en adelante es necesario que seas mi amiga. . . y mi mujer.

—¡Tu mujer! ¡Tu mujer! Pero, Carlos, tú olvidas que yo soy ciega, que yo tengo dos años más que tú!

—Qué me importa que tú seas ciega; es la ceguera que de buenas a primeras me ha ligado a ti. Es ella que me ha hecho amarte a causa de los cuidados que yo te he dado. Y en cuanto a tus dos años más que los míos, qué importa, si tú permaneces para mí más joven y más encantadora que todas las mujeres que me han propuesto; y además, Marianne quería hacerme desposar a esa chiquilla de inmediato. Ella tiene un año más que tú; Betty me lo ha dicho. Ella tiene la certeza. . . Tus objeciones son levantadas, mi Juliette, ahora decide mi destino, nuestra vida.

* * *

En lugar de responder, Juliette tendió sus dos manos a Carlos, que las besó con emoción. Ellos guardaron algún tiempo de silencio. Finalmente, Carlos dijo:

—¡Quién hubiera podido adivinar semejante desenlace cuando yo hacía cincuenta tonterías, cuando tú me resondrabas, cuando yo no era delante de ti más que un pequeño niño! ¡Quién hubiera podido adivinar que este pequeño diablo sería amado por ti, que sería tu amigo, tu marido!

Y Juliette le dijo riendo:

—¡Y quién hubiera podido adivinar que este pequeño diablo llegaría a ser el más sabio, el más excelente, el más consagrado de los hombres; que sabría dominar la impetuosidad de su carácter para hacerse esclavo de una pobre ciega, y que le daría la felicidad a la cual ella no podía pretender, la de ser amada y de unir su vida a aquel que ella ama por encima de todo, después de Dios!

Ellos conversaron aun un largo tiempo, y cuando Marianne volvió, ella les encontró como los había dejado, conversando alegremente. . . de su futuro, que ella ignoraba.

* * *

Ellos convinieron no decir nada a Marianne; los dos eran libres de sus acciones. Juliette había ya sufrido por el enfriamiento de su hermana por causa suya después que ella había rehusado seguirla a la casa del juez. Ella también había retardado este matrimonio que Marianne deseaba ardientemente. Ella temía tanto que su hermana hiciese nacer dificultades para su matrimonio, que ella censurara a Carlos de casarse con una ciega, una mujer mayor que él. Carlos participaba la desconfianza de Juliette y resolvieron no dar a conocer su matrimonio sino cuando el de Marianne se hubiera realizado. Ellos no le hablaron pues de lo que acababan de decidir.

Marianne le preguntó a Juliette:

—¿Por qué te acuestas tan tarde, Juliette? ¡Ya van a ser las diez! ¡Es ridículo!

Carlos le dice:

—¿Por qué es ridículo? Nosotros no molestamos a nadie. Tú no habías aun vuelto, y Betty y Donald ya están acostados desde hace rato.

Marianne les mira con indignación y se retira a su cuarto. Juliette se levanta y dice:

—Marianne tiene razón; ya es tarde. Yo también voy a acostarme, Carlos. Guíame a mi cuarto; Marianne me ha olvidado. Hasta mañana, mi amigo.

—No hay peligro de que yo te olvide, mi Juliette. Hasta mañana. Aquí estás en tu cuarto.

Carlos la dejó; ni él ni Juliette olvidaron, antes de acostarse, de dar gracias a Dios del futuro tan lleno de calma y de felicidad que él les había al fin asegurado.

CAPITULO XXV
MARIANNE SE ENTERA DEL COMPROMISO
DE CARLOS Y JULIETTE

Al día siguiente, mientras Carlos y Juliette estaban en la misa, Marianne recibió en buena hora la visita del juez acompañado del señor Turnip. La visita fue larga, la conversación animada. Ellos se separaron alegremente, pero después de la partida del juez y del señor Turnip, Marianne se quedó preocupada y pensativa.

Cuando Carlos y Juliette volvieron, la encontraron con el codo apoyado sobre la mesa junto a la cual ella estaba sentada, y su mano sosteniendo su frente ardiendo. Ellos le dieron los buenos días y la abrazaron. Y ella le dijo avergonzada:

—Carlos, tengo que hablarte seriamente, así como a ti, Juliette. Acabo de ver al señor Turnip.

Carlos hizo un movimiento de impaciencia, y ella dijo:

—Escúchame, yo te lo pido encarecidamente. Me ha dicho que tú has producido la más favorable impresión sobre su hija y sobre él mismo. Solamente que Lucy tiene una gran vivacidad de sentimiento y por consiguiente, ella estaría dispuesta a los celos.

—¡Ah, ah! —dijo Carlos sonriendo—.

—Ella temería que. . . que Juliette. . . te vaya a tomar demasiado tiempo. . . Que estas costumbres. . . cuidados, afectos. . . no. . . Yo no sé cómo explicártelo. . .

—No lo intentes, mi querida Marianne; yo voy a terminar tu frase: “No la hagan tener rabia.” Por consiguiente, ella pide que yo expulse a Juliette y que yo rompa también mis viejas relaciones de amistad.

Marianne le responde indignada:

—¡Como tú lo dices! ¡Brutalmente, groseramente!

—¿No es pues como te lo dije? ¿No te han hablado de separarme de Juliette?

—Separar, sí; pero no expulsar, como tú dices.

Carlos le dice rápidamente:

—Separar o expulsar da lo mismo. Tú conoces mi vivo afecto por Juliette; tu adivinas mi repulsión por esta gente que se atreven a hacerme una proposición semejante, y yo no tengo necesidad de dictarte mi respuesta. Hazla tú misma; viniendo de mí sería hiriente, porque yo no podría disimular mi indignación y mi desprecio. Y al presente hablemos de otras cosas. ¿Cuándo será tu matrimonio? ¿Ya has arreglado tus asuntos con el juez?

Marianne responde avergonzada:

—No. El señor Turnip estaba aquí; nosotros habíamos solamente convenido que

Juliette se trasladaría abajo conmigo y que la pondrían en el cuarto de Sidonie, la hija del juez, para que haya alguien cerca de ella.

Carlos le dice con ironía:

—Es un arreglo excelente para todo el mundo, excepto para la pobre Juliette.

—Juliette habría de estar muy bien allá abajo. ¿No es así, Juliette?

Juliette responde:

—Yo no estaré bien en ninguna parte fuera de aquí.

—Yo no te reconozco más, Juliette; te has vuelto tonta y egoísta.

* * *

Juliette se ruborizó. Lágrimas le vinieron a los ojos. Carlos se levantó con violencia, y dirigiéndose a Marianne dijo:

—¡No repitas jamás la calumnia que acabas de inventar! Yo no quiero que insulten a Juliette, tan dulce y tan sacrificada como para defenderse. Ella está bajo mi protección, mi exclusiva protección. Ella es dueña de sus acciones, y nadie tiene derecho sobre ella.

Marianne responde con ironía:

—Ella está suficientemente grandecita para eso. Yo lo sé bien

Carlos responde irritado:

—No tan grandecita como la chica con quien tú quisieras hacerme casar.

Marianne hizo un movimiento de sorpresa, y Carlos le dijo:

—¿Piensas tú que yo ignoro que ella tiene veintiséis años? Yo lo sabía antes que tú me la hubieras nombrado.

Marianne dijo indignada:

—¡Yo no busco más hacer que la desposes! ¡Yo no te haré desposar a nadie! Tú vivirás y tú morirás como niño; peor para ti. Cuando seas viejo, vendrás a buscar en mi casa un refugio contra el aburrimiento.

Carlos le dice, endulzado y sonriendo:

—Yo no temo el aburrimiento, Marianne; yo estaré como tú, en familia. Yo tendré una mujer e hijos que me harán la vida feliz como busco.

Marianne le dice asombrada:

—¿Tú quieres entonces casarte ahora?

—¡Por cierto, más que nunca!

—Yo no comprendo nada; ¿con quién entonces?

—Tú lo sabrás cuando nuestros bandos sean publicados, dentro de quince días.

—¿Y Juliette lo sabe? ¿Ella conoce tu futuro? ¿Está contenta ella? ¿Ella permanecerá en tu casa?

—¡Perfectamente! Ella la conoce, ella está contenta. Ella no me dejará sino a la muerte.

* * *

Marianne se dirigió a Juliette:

—¿Es verdad, Juliette? ¿Tú estás realmente satisfecha? ¿Tú vivirás con Carlos y su

mujer?

—Es muy cierto, Marianne; yo soy feliz como jamás lo he sido, y yo me quedaré en la casa de Carlos tanto como el buen Dios lo permitirá.

Marianne se quedó atónita, Juliette sonreía, Carlos se reía y no podía mantenerse en el lugar. Entonces dijo Marianne:

—¡Es increíble! Imposible de adivinar. . . ¿Y tú te casas pronto?

—Ocho días después de ti, para regularizar la situación de Juliette de acuerdo con tus observaciones.

—¡Ah! ¿Entonces tú has reconocido que yo tenía razón?

—¡Claro! Tú tenías razón, e inmediatamente yo he arreglado todo. Esa es la razón por qué nos encontraste ayer en la noche a Juliette y a mí conversando cuando entraste.

—¡Pero tú no sales nunca! ¿Cuándo has visto tú a tu futura?

—Yo salgo todos los días, por lo menos dos veces, y desde hace tiempo.

—¡Sí, pero no solo, sino con Juliette!

—Porque Juliette está en el secreto; yo no tengo necesidad de esconderme de ella.

—¡Eso es asombroso! Yo he buscado bien. . . ¿Lo sabe Betty?

—Ella no sabe ni una palabra de esto; yo no le he hablado jamás de ello. Tú no tendrás nada que informarte por ese lado.

—¡Yo estoy muy contenta que tu te cases! Pero tú te casas de manera absurda. Yo jamás he escuchado de un matrimonio llevado y decidido de esta manera. . . ¡Y la futura esposa quedando en el estado de invisible! Es absurdo todo esto. ¿Me autorizas a hablarle de ello al juez?

—A él sí, pero no a otros.

—¿Puedo referirme a su fortuna? ¿Qué es lo que ella tiene?

—Cincuenta mil francos.

Juliette hizo un movimiento de sorpresa que llamó la atención de Marianne, la cual cada vez más asombrada dijo:

—¡Bella dote, cincuenta mil francos! Tú no lo sabías entonces, Juliette, que tienes el aire tan asombrado?

—No, yo creía que ella tenía poca cosa, casi nada.

Marianne dijo:

—¡No doy! Quizás el juez me va a ayudar a adivinar. Hasta la vista, Carlos; yo voy a llevar la respuesta definitiva para la señorita Turnip.

* * *

Marianne salió. Entonces Juliette le dijo a Carlos:

—Carlos, ¿por qué has anunciado cincuenta mil francos? Tú sabes que yo no tengo nada desde que yo he cedido a Marianne hace un año, y siguiendo tu consejo, mi parte de la herencia de nuestros padres.

—¿Y crees tú, querida Juliette que yo te habría empujado a despojarte de lo poco que tú poseías si yo no hubiera tenido la voluntad de indemnizarte, con creces? Yo he sacado provecho del poder que tú me has dado en esa ocasión para poner a tu nombre

cincuenta mil francos tomados sobre la base de la fortuna tan considerable que yo poseo. Como tú ves, tienes cincuenta mil francos.

—Mi buen Carlos, ¡cuán generoso es todo lo que tú haces para mí, tan afectuoso y hecho con delicadeza! Tú ni siquiera me habías informado de ello.

Juliette buscó la mano que le tendió Carlos y la presionó sobre su corazón diciéndole:

—Tú estás aquí, Carlos, dentro de este corazón del cual no saldrás jamás, y dentro del cual se conserva el recuerdo de todo lo que tú has hecho por mí desde que te conozco.

—¡El buen mérito de dar testimonio de su afecto a aquellos que uno ama!

Juliette apretó de nuevo la mano de Carlos y la dejó ir para volver a tomar su tejido, mientras Carlos le leía.

Cuando Marianne volvió, les dijo que el juez estaba también sorprendido, como ella misma lo estaba, y que él no había podido encontrar el nombre de la mujer que Carlos había escogido. Los cincuenta mil francos la desconcertaban completamente. Y añadió:

—Yo les anuncio mi matrimonio para el lunes próximo, dentro de diez días.

Y Carlos le dijo:

—Y al día siguiente, será fijado el mío.

—Entonces nosotros sabremos lo que tú no quieres decir.

* * *

El día se pasó alegremente con las ocupaciones acostumbradas. En la noche el juez vino a hacer su visita, y a pesar de sus esfuerzos juntados a los de Marianne, no pudo sonsacarles nada ni a Carlos y a Juliette. El les contó que el señor Turnip estaba furioso, pero más contra su hija que había exigido esta tonta condición del despido de Juliette, que contra Carlos, que decía él no podía honorablemente consentir en ello. Y añadió:

—Y yo he sabido en esta escena que la señorita tenía veintiséis años. Me habían dicho veinte. Ellos han querido retraerse de la condición, pero he declarado que ya era muy tarde, que Carlos había estado tan indignado y enfadado por ello que había roto todo, y les he dejado peleando y a la hija llorando. . . Carlos, amigo mío, cuando yo sea tu primo por mi mujer, yo no podré amarte más y querer desearte más del bien que no lo haya hecho hasta el presente. Tú no me has mencionado a la mujer que te has escogido, pero quienquiera que sea tu selección debe ser buena y tú debes haber asegurado tu felicidad. En cuanto al de ella, yo lo conozco; no puedo tener duda al respecto.

Marianne propuso al juez una taza de té, que él aceptó. Mientras ella se fue a prepararla a la cocina, el juez se aproximó a Juliette, le tomó las manos, la besó en la frente, y le dice con un aire misterioso:

—¿Cuándo es la boda, hermanita? ¿Para cuándo te la hemos de fijar?

Carlos le dijo sonriendo:

—¡Ah! ¡Ah! ¿Entonces usted lo ha adivinado, señor juez?

Y el juez, tendiendo la mano a Carlos, le dijo:

—¡De inmediato, a la primera palabra! Y yo no concibo que Marianne no haya tenido el pensamiento que la futura no podía ser otra que Juliette. Y yo os doy a ustedes dos mi más sincera felicitación, muy fraternal, porque yo seré vuestro hermano una vez que los

dos matrimonios se hayan realizado.

* * *

Carlos le dijo:

—¿Entonces usted no encuentra que yo cometa una tontería al desposar a mi buena, a mi querida Juliette?

—¡Tontería! ¡Es la acción más sabia, la mejor de toda tu vida! ¿Dónde encontrarás tú una mujer que valga más que Juliette?

Carlos aprieta la mano del juez y le dice:

—¡Querido señor juez, yo soy muy feliz! Usted me da gran placer al hablarme así. Yo había tenido temor de que alguien echara en cara a mi pobre Juliette de poner el cuidado de su felicidad en manos de un joven tonto como yo.

Y Juliette dice:

—Carlos, no hables así de ti mismo. Que tú hayas sido atolondrado en tu infancia, no quiere decir que lo seas aún. Encuentra en el país un hombre de tu edad que lleve la vida sana y piadosa que tú llevas y que quiera desposar como tú a una mujer ciega y mayor que tú, por reconocimiento y por. . .

Carlos terminó sus palabras:

—Y por el afecto más puro, más vivo, que yo te juro, Juliette. Mi propia vida te demuestra cuán verdadero y profundo es este amor.

El juez respondió:

—Callaos, mis hijos; escucho que viene Marianne. Yo seré discreto, estad tranquilos de mi parte.

* * *

El juez continuó viniendo todas las noches a la granja hasta el día de su matrimonio que se hizo sin pompa ni festín. No hubo más que los testimonios necesarios y una comida en familia después de la cual Marianne fue a tomar posesión de su nuevo apartamento donde le esperaba una sorpresa preparada por Carlos en complicidad con el juez: En medio del dormitorio, sobre una hermosa mesita se encontraba puesta una cajita cuyo peso extraordinario sorprendió a Marianne. Al abrirla ella encontró un papel sobre el cual estaba escrito: “Regalo de bodas de Carlos a su HERMANA Marianne.”

Al levantar el papel, ella vio veinte piezas de mil francos cada una. Una carta afectuosa acompañaba al regalo. Carlos le pedía que le ayudara a deshacerse de lo superfluo, al aceptar las veinte mil libras que él se permitía ofrecerle.

La carta seguía diciendo: “Yo he obsequiado cincuenta mil francos a Juliette; quizás ahora adivinarás el enigma de mi matrimonio. Tú has sido y serás MI HERMANA más que nunca. Al aceptarme como HERMANO tú completarás mis votos y los de mi bien amada Juliette.”

En su sorpresa, Marianne dejó caer la carta.

“¡Juliette! ¡Juliette! ¡Es Juliette!” —exclamó ella— ¡Es necesario que le cuente a mi marido! ¡Va a estar asombrado! ¡He aquí, todo justo! ¡Ven a ver, marido mío, qué

descubrimiento acabo de hacer! ¡La mujer de quien no podíamos adivinar su nombre, la mujer de Carlos, será. . . Juliette! ¿Y bien? ¿No estás sorprendido?

El juez le dijo sonriendo:

—¡Yo lo había adivinado desde que tú me habías hablado del matrimonio fijado de Carlos, mi querida amiga! ¿A quién podía el amar y desposar sino a Juliette, la buena, la dulce, la encantadora Juliette!

—¿Cómo? Este matrimonio no te parece raro, absurdo por los cuatro costados? Carlos desposa una ciega que tiene dos años más que él, y Juliette toma un marido más joven que ella, vivo como la pólvora, ardiente en sus sentimientos, apasionado, absoluto en su voluntad. . .

—Es por eso mismo que ellos se complementan perfectamente. La dulzura, la paciencia, el encanto de Juliette temperarán el ardor de Carlos, endulzarán sus arrebatos, alimentarán su ternura, y harán doblar su voluntad. De la misma manera, la naturaleza apasionada y ardiente de Carlos animará la dulzura algo indolente de Juliette y le dará de ese fuego que le faltaba antes y que no le falta más ahora. Yo le he encontrado todos estos últimos tiempos de más ánimo y vivacidad. En cuanto a la edad, ¿que es dos años? Ella tiene toda la apariencia de una chica de dieciocho años apenas. Ella es más linda y más graciosa como no lo había sido jamás. Además, él la ama a pesar de su ceguera y sus veinticinco años. ¡Y a mi fé, que tiene razón!

* * *

Marianne le dice:

—Puesto que tú apruebas este matrimonio, yo no tengo nada que decir, pero no puedo hacerme a la idea de ver a Juliette casada.

—Y mañana, cuando tu los verás, Marianne, sé buena y afectuosa con ellos. Desde hace algún tiempo tu no eres para Juliette la hermana tierna y dedicada que antes eras. Y en cuanto a Carlos, tú estabas de hecho enfriada con él.

—Es verdad. Yo les he amonestado por obstinarse a no separarse, y de retrasar así mi unión contigo. Carlos ha rechazado a todos los partidazos que yo le presentaba y Juliette rehusaba venir a vivir conmigo en tu casa.

—Pero he aquí que estamos por fin casados, querida Marianne, y tú no tienes más razón para amonestarles.

Marianne le dice sonriendo:

—También yo estoy toda dispuesta a obedecer a vuestra primera conminación y a daros testimonio de toda mi satisfacción. Nosotros iremos a verles mañana temprano, ¿no es cierto?

—A la hora que quieras, querida amiga, yo estoy a tus órdenes.

**CAPITULO XXVI
CARLOS SE CASA
Y CALABAZA, CALABAZA
¡CADA UNO A SU CASA!**

Efectivamente, al día siguiente a las nueve, Marianne y su marido llegaron a la casa de Carlos y Juliette en el momento cuando estos últimos volvían de la misa y comenzaban a desayunar. Marianne corrió a abrazar a Juliette, que la apretó tiernamente en sus brazos. Juliette le dijo:

—Ahora tú lo sabes todo, Marianne. Tú comprendes la obstinación de Carlos a no quererse casar y la mía a no querer separarme de él. Carlos temía que tú te opusieras, y yo, yo soñaba muy poco en la posibilidad de casarme y de ser la mujer de Carlos, que yo no tenía otro pensamiento que de quedarme junto a él, no importa a qué condiciones.

—Yo comprendo y yo apruebo todo, mi buena Juliette. ¡Qué daño que Carlos no me haya hablado al respecto bien pronto!

Carlos le dijo:

—Yo era tan joven, Marianne que tú me habrías tratado de tonto. Es apenas en estos últimos días que yo me atreví a abrirme a Juliette.

Marianne le dice:

—Es mi turno de preguntar: ¿Cuándo es la boda?

Carlos responde:

—Lo más pronto será lo mejor. Si el señor juez quiere arreglarlo todo, nosotros podríamos estar casados dentro de ocho o diez días.

El juez les dice:

—Está arreglado desde esta mañana, Carlos, y dentro de ocho días puedes casarte, a menos que Juliette diga que no.

Juliette dice:

—No será de parte mía que venga la oposición, hermano.

El juez dice:

—A buena hora, mi pequeña Juliette, tú me llamas tu “hermano”. Es necesario que yo te abrace para dar buena constancia de mi fraternidad.

El juez abrazó a su hermanita repetidas veces.

Carlos dijo:

—¿Quieren tomar café con nosotros? Yo no sé cómo llamarle. No vale la pena bautizarle de “primo” porque dentro de ocho días usted será mi “hermano”. ¿Cómo quiere que diga?

El juez responde:

—¡Dime “hermano” desde ahora! Yo lo soy de corazón desde hace tiempo, y lo voy a ser dentro de ocho días por la vía legal.

Carlos apretó la mano de su futuro hermano y fue a buscar en la cocina un suplemento de café, de leche y pan. Todos ellos desayunaron alegremente, porque estaban felices.

* * *

Cuando fueron las diez el juez y su mujer abrazaron a los jóvenes futuros esposos y volvieron a su casa. El juez esperaba al señor Turnip que en la víspera le había pedido una audiencia para el día siguiente a las diez y media. El le dijo a Marianne:

—¿Qué tendrá que decirme? Yo le he dado a entender con transparencia de no contar con Carlos. El no me va a volver a hablar acerca de él, supongo.

Marianne le dice:

—No, sin duda es por algún trabajo con gastos de los habitantes.

—No conozco ninguno; nada se hace sin que yo lo sepa y que yo lo ordene.

Sea como sea, el señor Turnip llegó. Cuando él se encontró ante el juez, él pareció avergonzado, tan incomodado, que el juez, muy sorprendido de buenas a primeras, le tuvo compasión y le dijo:

—¿Qué hay mi buen señor Turnip? ¿Por casualidad le doy miedo?

—Es que voy a hacerle una petición muy singular, que no sé cómo plantearlo.

—¡Vamos! ¡Valor! Dígalo rápido, es el mejor medio.

El señor Turnip le dice con resolución:

—Entonces, ¡allá va! Carlos le gusta a mi hija; la señorita Juliette le dio temor. Mi hija ha pedido que separaran a Juliette de Carlos. Este no ha querido, y yo comprendo. Uno no sabía cómo hacerla convenientemente. Yo vengo a zanjar la dificultad. Yo la pido en matrimonio a Juliette y prometo hacerla feliz. De este modo, Lucy no estará más celosa y Carlos tendrá toda su libertad.

El juez había escuchado con una sorpresa siempre creciente. Cuando el señor Turnip hubo terminado su discurso, el juez no pudo retener una explosión de risa que desconcertó más aun al abnegado padre. Y le dijo sonriente:

—Mi querido señor, vuestra coartada no es practicable por la razón de que Juliette está comprometida y debe casarse dentro de nueve días.

El señor Turnip le dice:

—¡Perfecto! ¡Perfecto! ¡Entonces todo está arreglado! Desde el momento en que Juliette haya desaparecido, mi hija consiente.

—¡Muy bien! Pero hay otra dificultad: Es que Carlos también se va a casar dentro de nueve días, y justamente con Juliette.

Fue el turno del señor Turnip para desvanecerse. Turbado, emocionado, avergonzado, balbuceó algunas excusas y salió.

* * *

Su entrevista con su hija debió haber sido fuertemente tormentosa al juzgar por las explosiones de voz que se hicieron escuchar hasta la calle. Pero unos días después se difundió el rumor de que la señorita Lucy Turnip se desposaba con el señor Old Nick junior, fundador de un nuevo sistema de enseñanza y “recientemente establecido” en el país.

Su exterior elegante había impactado el corazón de la señorita Lucy. El se las daba de hombre rico, que vivía de sus rentas. La señorita Lucy declaró a su padre que siendo mayor y dueña de disponer de su mano, ella escogía por esposo al señor Old Nick junior. El padre luchó, disputó, razonó, suplicó; de nada sirvió. Lucy Turnip se convirtió en Lucy Old Nick quince días después que Juliette Daikins se convirtió en Juliette Mac’Lance.

Se descubrió después que Old Nick no tenía ninguna fortuna. El padre Turnip llevó a la joven pareja a su casa, y Old Nick fue empleado para hacer planos y para supervisar los trabajos de su suegro.

Cierto día se encontró con Carlos; este le reconoció en seguida y se aproximó a él y le preguntó:

—Y bien, señor Old Nick, ¿qué ha hecho de su viejo hermano y del campanero sordo?

Old Nick le respondió asustado:

—¿Quién es usted, señor? Por favor, no me pierda, no me hable de ese triste pasado.

Carlos le dijo:

—Yo soy Carlos Mac’Lance, el mismo que os ha hecho enfurecerse durante algunos días en Fairy’s Hall.

Old Nick le dijo:

—Señor, yo os suplico. . .

—Quédese tranquilo; yo no soy malo. Yo no os traicionaré.

Y Carlos le dio la espalda.

* * *

Antes del gran acontecimiento del ajeteo de la señorita Lucy Turnip, mujer de Old Nick, tuvo lugar el de Carlos. Fue él que había preparado todo y arreglado todo para este día feliz.

Juliette no podía ayudarle más que con consejos. A pesar de esta sobrecarga de ocupaciones, Carlos encontró el tiempo para guiar a Juliette a la misa y al paseo con su regularidad acostumbrada y sin cambiar para nada las costumbres de Juliette. En la víspera de su matrimonio hicieron juntos sus devociones, como siempre, porque ellos arreglaron el dormitorio de Juliette, que siguió siendo el mismo, pero que Carlos adornó con muebles y cortinas nuevas. Marianne, al no ocupar más el cuarto junto al de Juliette, Carlos se trasladó allí para estar más a la mano si ella tenía necesidad de alguna cosa.

Ese día se pasó apaciblemente. Al día siguiente el matrimonio debió tener lugar a las nueve, como el de Marianne, y sólo los testigos debían asistir. Carlos quiso que Donald le sirviera de testigo junto con el señor Blackday, lo que colmó de gozo y de honor a Betty y a Donald mismo. El juez y el médico fueron los testigos de Juliette.

Marianne llegó a buena hora para hacer el ajuar de la novia. El clima era soberbio.

La misa y la ceremonia se terminaron a las diez. Carlos tomó el brazo de su mujer, y cada uno volvió a su casa. Solamente Marianne, su marido y los testigos debían volver a almorzar en la granja.

Betty se lució; la comida fue excelente, aunque modesta.

El resto del día transcurrió alegremente; todos se divertían llamando a Juliette “señora”, y para distinguirla de su hermana, a ella la llamaban “la antigua señora”.

En la noche, después del paseo, Carlos y Juliette acompañaron a su casa al señor juez de paz y a la señora juez de paz, y volvieron a la granja pasando por un rodeo. Betty sirvió una cena más elaborada que de costumbre, y cuando Betty y Donald hubieron terminado su comida, hubieron tomado su taza de café y su pequeño vaso de whisky a la salud de los esposos, Carlos y Juliette volvieron a su calma acostumbrada.

* * *

Con excepción de esta jornada extra, nada cambió en su útil y feliz vida. Solamente que Juliette se ocupó de formar a una joven sirvienta que debía remplazar a Marianne en los cuidados de la limpieza. Betty se metió la granja a la cabeza. Donald dirigía los asuntos exteriores y Betty ejercía su jurisdicción en los corrales, la lavandería, la cocina y generalmente sobre todo lo que concierne al interior.

Todo marchaba lo mejor del mundo como en el pasado. La granja prosperó cada vez más. Carlos la incrementó con la adquisición de algunas parcelas de tierra, praderas y bosques que limitaban con la suya. Juliette no lamentaba nunca el haber confiado a Carlos el cuidado de su felicidad. El no se relajaba ni un instante de sus cuidados más dedicados, de sus atenciones más amables.

Juliette siguió siendo dulce, amante y encantadora como en el día de su matrimonio. Solamente la felicidad de que gozaba le dió mayor alegría, vivacidad y ánimo. Ella estuvo algunos años sin tener un bebé; por fin tuvo un niño, y dos años después una hija. Sus hijos fueron la dicha de sus padres. La hija se llama Mary y es todo el retrato de su madre; Carlos la ama apasionadamente. Edouard o Ned, el muchacho, es la imagen viviente del padre. Juliette lo adora.

Betty sigue sin tener hijos.

Marianne ya tiene cuatro, tres niños y una niña.

La hija del juez se ha casado con un buen muchacho de los alrededores.

El señor Turnip, para consolarse del matrimonio de su hija que trae molestias a la casa a causa de los gastos del señor Old Nick, ha pedido y ha obtenido la mano y la bolsa de una vieja y gorda viuda de cincuenta años. Ella tiene dieciocho mil francos de ingresos y les hace rabiarse desde la mañana hasta la noche a Lucy Old Nick y al señor Old Nick. El señor Turnip recibe los primeros arrebatos de furor de la gorda señora Turnip, y cuando tiene la dicha de escaparse cae en las trampas de su hija Lucy, y sufre de este lado escenas de las cuales no escapa sino con concesiones de dinero que acaban de quitarle el poco de buen sentido que le queda.

La señora Turnip no tarda en darse cuenta de las brechas hechas a su caja fuerte, y toma en sus manos al desafortunado Turnip que siempre termina recibiendo una paliza de su esposa. Cierta día, Carlos, riéndose, le ofreció la vieja receta de las viseras del primo Mac'Miche, pero el desdichado Turnip, no se atreve a ponérselas, por temor de irritar más a

su mujer.

En la casa Old Nick el reino de la mujer ha terminado y el de Old Nick comienza, porque es el marido el que gruñe y la mujer la que se somete.

* * *

Falta informar a mis jóvenes lectores que los niños que habitaban la casa del señor Old Nick fueron devueltos a sus padres pocos días después de la salida de Carlos.

El juez, habiendo sabido del régimen cruel al cual estaban sometidos esos niños, dio conocimiento de ello al Abogado General. Se ordenó hacer una inspección que tuvo como resultado hacer que cerraran Fairy's Hall, hacer juicio a los señores Old Nick y a sus cómplices, los vigilantes y el verdugo en jefe. Tres fueron condenados a trabajar en un molino. Old Nick permaneció allí dos años y los otros seis meses. Al salir de allí, Old Nick junior se lanzó a empresas de pequeña joyería que lo levantaron. La casualidad le condujo a la pequeña villa de Dunstanwell, donde apenas era conocido porque no había abandonado Fairy's Hall durante los pocos meses que él había vivido allí. Su imagen aventajada le gustó a la señorita Lucy Turnip, y ya sabemos la felicidad que resulta de los intereses. Los jóvenes esposos se pelean aún y se pelearán siempre.

Donald y Betty acabaron su dichosa carrera en casa del dichoso Carlos y de la dichosa Juliette. Marianne gozaba de una dicha tranquila pero asegurada. Sus hijos son bellos y buenos. Sus visitas a la granja de la tía Juliette y del tío Carlos son los momentos más felices de su vida que apenas comienza. El pequeño Edouard y la pequeña Mary reciben a sus primos y primas con gritos de alegría. Corren a uncir o a ensillar los burros y se meten en los trabajos del campo.

Carlos trabaja allí con el mismo ardor que Donald y su banda numerosa de obreros.

Juliette se sienta a la sombra de un árbol, escucha las risas y adivina el gozo de los niños. Ella tiene el sentimiento íntimo de la felicidad de Carlos, y jamás se entristece al no poder ver aquellos a quienes ama tanto. Ella encuentra que escucharles, sentirles alrededor de ella, es un gozo muy grande del cual agradece sin cesar al buen Dios. Todas las mañanas, todas las tardes Carlos junta sus acciones de gracias a las de su mujer, a quien quiere cada vez más.

De este modo terminamos la historia del PEQUEÑO DIABLITO BUENO haciendo observar que la bondad, la piedad y la dulzura son los medios poderosos para corregir los defectos que parecen ser incorregibles.

La severidad hace infelices y malos. La bondad atrae, endulza y corrige.

Sólo añadiremos que el gato Minet vive aún y ha desarrollado gran afecto hacia su antiguo atormentador, Carlos Mac'Lance.





BIBLIOTECA INTELIGENTE

| Biblioteca Inteligente | Biblia Decodificada | Biblia RVN | Seguros Académicos | Antologías de Historias Cortas | Estudios Universitarios | Contacto

BARRA AZUL DE ENLACES

www.bibliotecainteligente.com

PAGINA WEB DE MOISES CHAVEZ Y DE LA CBUP

¡UNA BIBLIOTECA GRATIS PARA TI!



Abrela escribiendo su nombre o usando el Código QR de Acceso Inmediato, y en el enlace "Inicio" diviértete con "El Changuito de la Biblioteca Inteligente" y conoce a tu Host y a su Esposa en el video-clip "Caminando por la Vida".

Luego ingresa al enlace "Biblioteca Inteligente" y disfruta el Album de Fotos Siprallas.

Luego ingresa al enlace "Antologías de Historias Cortas" y ¡a todo lo demás!

¡Diviértete y comparte con tus amigos y con tus enemigos!



¡Caminando por la Vida!



EL GRAN PBI
LA BIBLIOTECA INTELIGENTE EN
EL GRAN PBI

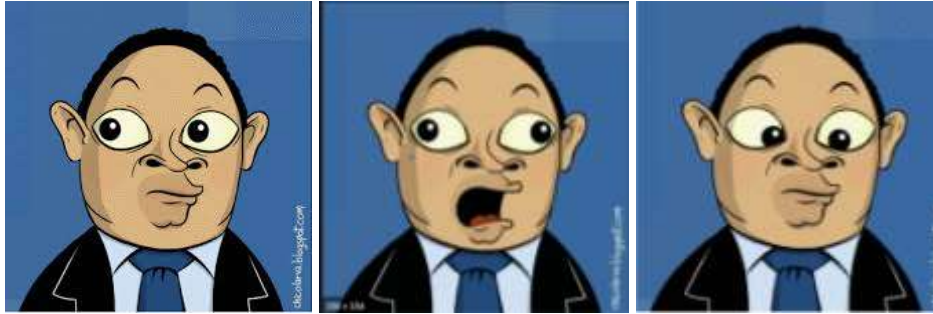
- Instale su programa EL GRAN PBI en su computadora o en su teléfono móvil.
- Vea el Album de Fotos Siprallas en el volumen BIBLIOTECA INTELIGENTE.
- Acceda a los libros de la *Biblia Decodificada* y a sus Volúmenes Auxiliares.
- Acceda a los volúmenes sobre Ciencias Bíblicas en las Series de Antologías.
- Disfrute de 1.500 Historias Cortas llenas de humor en las Series de Antologías.
- Disfrute en especial el Volumen 15 de la Serie SHILICOLOGIA.
- Disfrute de los volúmenes traducidos en la Serie TRADUCCIONES.
- Acceda a las publicaciones del Centro de Estudios Bíblicos "Casiodoro de Reina" (CEBCAR) y de la California Biblical University of Peru (CBUP) en el volumen, ESTUDIOS UNIVERSITARIOS.
- Disfrute de EL GRAN PBI en su formato siempre ACTUALIZADO.

El programa informático ex-internet EL GRAN PBI (Programa Biblioteca Inteligente)
 NO REQUIERE DEL INTERNET como la página web. Consulte a cebcarcbup@gmail.com



**VISTA PARCIAL DE LA BIBLIOTECA INTELIGENTE
Y DEL MUSEO DE LA BIBLIA DEL CEBCAR**
**Al pie, empastados en color azul, están los originales de la Biblia RVA
y de la *Biblia Decodificada***





EL GRAN PBI

Y

MISIONOLOGICAS:

Dra. Silvia Olano, cebcarcup@gmail.com - Teléfonos: (511) 424-1916; Cel. (51) 948-186651